
CIRCULO DEL CRIMEN
FANTASMAS
ED McBAIN
Nº 14

Aunque es Navidad, Carella y Hawes han de investigar el asesinato, ocurrido en misteriosas circunstancias, de dos vecinos de un nuevo y muy seguro bloque de apartamentos.87



Ed McBain

Fantasmas

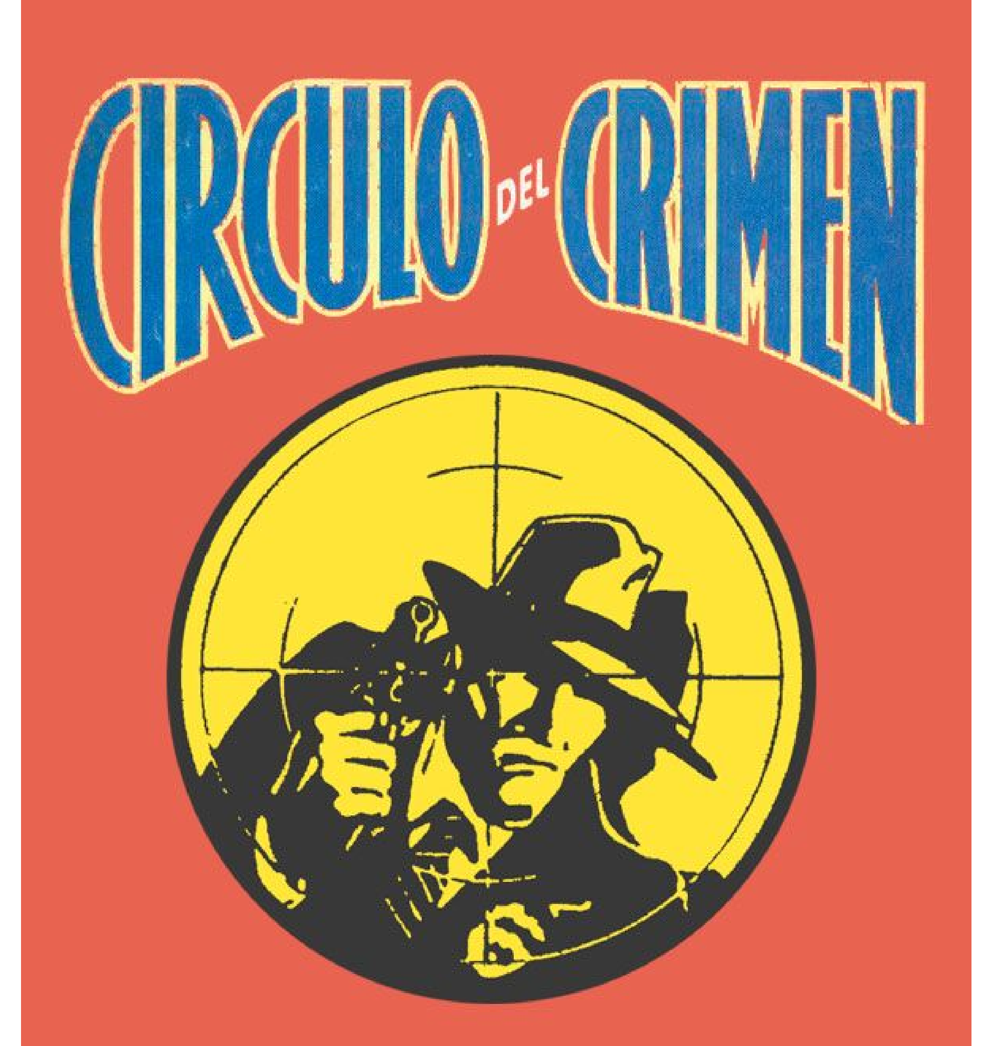
Círculo del Crimen - 14

ePub r1.1
Titivillus 02.03.17

Título original: *Ghosts*
Ed McBain, 1980
Traducción: Salvador Vives

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




CIRCULO DEL CRIMEN

Para Ed Victor

La ciudad de esta novela es imaginaria. Las personas, los lugares, son ficticios. Únicamente la rutina policíaca se basa en la técnica habitual de las investigaciones.

1

Lo mismo hubieran podido ser fantasmas los detectives que permanecían impertérritos bajo la copiosa nieve que ya rodeaba el cuerpo de la mujer caída en la acera. Como amortajados por los arremolinados copos que daban a la nieve un espesor de unos diez centímetros, se apretujaban como espectros inseguros contra la fachada gris del edificio de apartamentos, detrás de la mujer asesinada. Los dos policías de Homicidios que se hallaban en la acera con el detective Cotton Hawes llevaban abrigos negros y sombreros grises. Hawes llevaba la cabeza descubierta. Su cabello rojizo era como un chillido en medio del monocromático silencio, haciendo eco a la sangre que manchaba las ropas de la muerta. Sobre la sien izquierda de Hawes había una cicatriz blanquecina, recuerdo de una pelea durante la investigación de un robo; parecía casi un ancho sendero formado por los cristales de nieve que brillaban en su cabello.

Los detectives de Homicidios tenían las manos metidas en los bolsillos de sus abrigos. Faltaban cuatro días para la Navidad, y eran las siete de la tarde. Monoghan todavía no había comprado ningún obsequio para su esposa, igual que Monroe. Las tiendas estarían abiertas hasta las nueve de la noche, por lo que ambos planeaban ir de compras tan pronto como salieran de servicio a las ocho. En cambio, les habían llamado desde el Ocho-Siete, y sólo Dios sabía cuánto tiempo tendrían que estar en la acera junto con Hawes y su compañero Carella, que ahora se hallaba en el coche hablando con el agente que llegó en primer lugar a la escena del crimen.

—Debía de regresar a casa con la compra —comentó Monoghan.

—Sí, todo está tirado por la acera —respondió Monroe.

—Cereales —observó Monoghan.

—Por lo visto, toma el desayuno de los campeones —corroboró

Monroe.

—Tomaba —le corrigió Monoghan.

—Cayó encima de los sobres del té —manifestó Monroe.

—Tenía unas piernas bonitas —añadió Monoghan.

La mujer caída en la acera aparentaba apenas unos treinta años. Era de raza blanca y llevaba una chaqueta de paño abierta sobre una blusa blanca, una falda negra y zapatos del mismo color. La parte delantera de la blusa, justo bajo el seno izquierdo, había quedado desgarrada cuando el cuchillo penetró en su pecho. Todo el lado izquierdo de la prenda se hallaba manchado de sangre. Al caer, la falda se le había subido más arriba de las rodillas. Yacía de espaldas, con los brazos y las piernas muy separados, un puño apretado, las bolsas de papel con los alimentos esparcidos a su alrededor, una de ellas rota con el contenido derramado sobre la acera. La correa de su bolso de bandolera de piel negra se había escurrido hasta el codo.

—¿No has registrado el bolso todavía? —inquirió Monoghan.

—Espero a que lleguen los técnicos —repuso Hawes.

—Cuando lleguen, el culpable puede encontrarse ya en la Mongolia Exterior.

—Ya están en camino —explicó Hawes.

—¿Llamaste al forense? —preguntó Monoghan.

—No soy nuevo en este trabajo —fue la respuesta.

—¡Oh!, no es nuevo en este trabajo —le dijo Monoghan a su compañero.

—Sí, ya es un verdadero veterano —asintió Monroe.

Sacó un pañuelo y se sonó la nariz. Empezaba a estar resfriado y no le gustaba tener que aguardar en medio de la nieve al lado de un individuo listo del Ochenta y Siete. Sin embargo, en la ciudad donde trabajaban aquellos hombres, era obligatoria la presencia de los detectives de Homicidios en el lugar de un asesinato; los agentes que contestaban desde la comisaría a la llamada, en estos casos, eran los que se ocupaban del mismo, debiendo enviar informes a Homicidios con regularidad.

El detective Steve Carella saltó fuera del coche patrulla equipado con radioteléfono. Era un hombre alto y esbelto, con el paso casual de los atletas, que avanzó lentamente hacia los otros, al parecer perdido en sus pensamientos, y con la cabeza inclinada. Sus ojos,

que parpadeaban contra la nieve que iba cayendo, eran ligeramente oblicuos, dándole a su rostro un aspecto ligeramente oriental que intensificaba la apariencia de profunda e inescrutable meditación. Como Hawes, iba sin sombrero. Como Hawes, llevaba una chaqueta a cuadros sobre una camisa de algodón y pantalones de pana; acababan de regresar de la vigilancia infructuosa de un almacén cuando recibieron la llamada.

—El agente de ronda ha reconocido a la mujer —manifestó—. Vive en ese edificio, pero ignora su nombre.

—Le dije a su compañero que registrara el bolso —masculló Monoghan.

—El nuevo reglamento ordena que esto lo hagan los técnicos —afirmó Carella.

—¡A paseo los nuevos reglamentos! —se sulfuró Monoghan—. Estamos aquí, con la nieve enfriando nuestros traseros, y usted se preocupa por los reglamentos.

—¿Puede usted autorizarlo?

—Yo no estoy autorizado para autorizarlo —gruñó Monoghan.

—Entonces, aguardaremos a los técnicos. Mientras tanto, me gustaría hablar con el guardia de seguridad. ¿Quieren oír su declaración?

—Será mejor que estar aquí aguantando la nevada —rezongó Monoghan.

—Yo empezaré el bosquejo, Steve —se ofreció Hawes.

—Pues haga que luego lo firmen los técnicos —le aconsejó Monroe por encima del hombro, siguiendo a Carella y Monoghan al interior del inmueble.

Aquel edificio de apartamentos formaba parte de un proyecto ambicioso que condenaba al derribo a ciertos barrios pobres. Se elevaba como un esplendor de hormigón y cristal hacia los límites del distrito Ochenta y Siete, en sustitución de la media docena de casuchas que anteriormente habían estado allí. El guardia de seguridad del inmueble era un individuo de unos sesenta años, según calculó Carella, que lucía un uniforme gris con un brazal azul y amarillo, insignia de su cargo de Patrullero de Seguridad, en el brazo izquierdo. Se mostró aprensivo y casi atemorizado, como si

los policías pudieran reprocharle algo.

—Soy el detective Carella, de la brigada Ochenta y Siete —presentóse Steve—. Estos hombres son de Homicidios.

El guardia de seguridad asintió y se humedeció los labios.

—¿Cuál es su nombre?

—Jimmy Karlson.

—¿Es usted el guardia de seguridad de aquí, señor Karlson?

—Sí, señor. Bueno…, somos cuatro… en realidad, cinco, si contamos al que viene después de la medianoche.

—¿Cuáles son los turnos?

—De las seis de la mañana a las doce del mediodía, de las doce a las seis de la tarde, de las seis a medianoche, y después, el último, hasta las seis de la mañana. Cuatro turnos. Sin embargo, de medianoche hasta las seis hay uno más que patrulla con un perro por los espacios abiertos.

—¿A qué hora llegó usted esta tarde, señor Karlson?

—A las seis…, bueno, un poco después. No llevaba cadenas en el coche y la tormenta me retrasó.

—¿Sabe que tenemos una mujer muerta ahí fuera? —preguntó Monoghan.

—Lo sé, sí, señor. El sujeto que la descubrió entró aquí a hacer la llamada.

—¿Quién era? —interrogó Carella.

—No lo sé. Dijo que había alguien caído en la acera y preguntó si podía telefonear. Tan pronto lo hubo hecho se largó. Supongo que no quiso verse envuelto en este asunto.

—¿Qué hizo usted? —insistió Monroe.

—Salí a ver de qué se trataba.

—¿Reconoció a la difunta?

—Sí, vive en este edificio. Se llama Expósito, apartamento siete, cero, uno.

—¿Cuál es su nombre de pila?

—Lo ignoro.

—¿Casada, soltera…?

—Casada. Su marido no puede tardar.

—¿Vio algo de lo ocurrido? —quiso saber Carella.

—No, señor, nada. Mi cubículo está ahí, bastante retirado. Desde él no puedo divisar la acera.

—¿Vio a la señora Expósito cuando salió de casa?

—No, señor, tampoco. Debió de salir por la mañana. Trabaja, y normalmente vuelve poco después de llegar yo…, hacia las seis y diez y cuarto.

—Se detuvo a comprar comida, tal como te dije —Monoghan se dirigió a Monroe al pronunciar estas palabras.

El patrullero con quien Carella habló unos minutos antes se acercó, separándose del coche oficial. Parecía turbado. Vaciló antes de empujar la puerta de cristal del vestíbulo y golpeó fuerte con los pies sobre el suelo a fin de desprender la nieve de sus zapatos. Después, quedó indeciso antes de decir lo que tenía que explicar, como el mensajero de un rey temeroso de perder la cabeza al traer malas nuevas.

—Hay otro —anunció—. Otro muerto. Arriba, en el apartamento tres cero cuatro.

La segunda llamada había llegado a la División de Comunicaciones a las siete y diez minutos exactamente. El agente que la recibió la verificó en el ordenador, y al principio quedó confundido por los incidentes ocurridos en las dos últimas horas en aquel sector. Se había enviado al mismo lugar, media hora antes, el coche Adam Once: una cuchillada en las calles Jackson y Octava. Pero la primera víctima era una mujer blanca que estaba sangrando en la acera, frente al 781 de la Jackson, y esta nueva llamada procedía de una mujer histérica que se hallaba en el apartamento 304, diciéndole al policía que había un hombre apuñalado en el dormitorio y que, por favor, si podían enviar a alguien… El agente receptor de la llamada habló con los del Adam Once otra vez y le ordenó al patrullero que fuese arriba a investigar.

—Supongo que estás bromeando —respondió éste y se dirigió hacia los detectives que interrogaban al guardia de seguridad.

La mujer que había llamado a la Policía estaba aguardándoles en el corredor del tercer piso. Tendría unos veinte años, poco más o menos, supuso Carella, con ojos garzos y cabello negro. Era tan parecida a su propia mujer que al salir del ascensor casi se detuvo con una pierna en el aire. De pronto, comprendió que no podía tratarse de Teddy, ya que ella estaba en su hogar de Riverhead con

Fanny y los niños. Hawes también se fijó en aquella semejanza. Miró a hurtadillas a Carella, y otra vez a lo largo del corredor donde la mujer permanecía como de centinela frente a la puerta abierta del apartamento 304. Tenía puesto el abrigo, con las hombreras todavía mojadas por la nieve ya fundida. En su cara y en sus ojos podía leerse una expresión de pánico infinito. Los policías avanzaron por el pasillo apretando el paso, Carella y Hawes delante, Monoghan y Monroe detrás. El último pensaba que aquello era lo que les hacía falta: otro fiambre.

—¿Dónde está? —preguntó Carella.

—Dentro —tartamudeó la joven—. En… el dormitorio.

La puerta del apartamento daba a un vestíbulo, con un gran espejo y una mesita situada frente a la entrada. El apartamento se bifurcaba a ambos lados del vestíbulo. A la derecha, Carella distinguió por la puerta abierta una cocina. A la izquierda se encontraba el salón. Recorrieron rápidamente la pieza. Ninguna señal de desorden. Era una habitación decorada y amueblada lujosamente dentro de un estilo moderno, con varios cuadros en las paredes y un bar, sobre cuya superficie había una botella de whisky y dos vasos, los dos relucientes, todo limpio y ordenado. El dormitorio ya era otra cosa. Desde el momento en que traspusieron el umbral, vieron que el asunto sería difícil y con complicaciones.

La estancia se hallaba completamente revuelta. Habían sacado los cajones del tocador de fórmica blanca y toda la ropa estaba desparramada por el suelo. Prendas masculinas y femeninas, calzoncillos y sostenes, ropa blanca y pijamas, camisas y blusas de seda, camisones de dormir y calcetines, suéters de cuello alto y bikinis yacían en andrógina confusión sobre la gruesa alfombra. Estaban abiertas las puertas de los dos armarios, y alguien había quitado las ropas de los colgadores, arrojándolas al suelo, sobre la cama y encima de las sillas. Americanas deportivas de caballero, vestidos y faldas de señora, zapatos de tacón alto, calzado normal, zapatillas, abrigos, gabardinas, sobretodos…, todo estaba arrugado y retorcido formando un rastro tortuoso sobre la alfombra, en dirección al muerto, tendido al lado de la cama opuesto a la puerta.

Era un hombre blanco, de unos cincuenta años, según Carella, que llevaba pantalones azules camisa deportiva de color verde lima, y un suéter de punto azul oscuro. Estaba sin zapatos. Tenía atadas

las manos a la espalda con una percha de alambre retorcido. Le habían rajado la camisa hasta dejarla convertida en tiras. Había heridas de arma blanca en el pecho, la garganta, las manos y los brazos. De un lado de la cabeza colgaba casi suelta una oreja, cortada con furiosa saña. Carella miró al muerto y experimentó otra vez la familiar mezcla de horror y tristeza, la misma cada vez, siempre; una revulsión contra la violencia que podía deducir a un ser humano a un 'montón de carne ensangrentada, un profundo pesar por la inutilidad de tanto furor.

—Si el forense está abajo —le dijo en voz baja a Hawes—, dile que suba.

—También sería conveniente avisar a otro equipo de técnicos —agregó Monoghan—. De lo contrario, pasaremos aquí toda la noche.

Adosado a una pared de la habitación, de cara a los ventanales que daban al River Harb, había un gran escritorio de fórmica blanca, con una máquina de escribir encima. Sobre la mesa se veía un montón de cuartillas de color amarillo al lado de un cenicero repleto de colillas de cigarrillos. En el carro de la máquina había una cuartilla a medio mecanografiar. Carella se inclinó sobre la mesa y leyó el contenido de la hoja:

> *Hubo, desde el principio, la palpable sensación de algo extraño en la casa. Me habían llamado para investigar si los poltergeists habían invadido el lugar y no tuve la menor duda antes de dar tres pasos por el vestíbulo, de que tal afirmación era cierta. El aire resonaba con espectros invisibles. Cuando en un sitio hay fantasmas…*

—¿Una nota de suicidio? —sugirió Monroe.

—Seguro —se burló Carella—. Ese tipo está en el suelo con las manos atadas a la espalda y treinta y seis heridas en el pecho y…

—¿Cómo sabe que son treinta y seis? —se interesó Monoghan.

—Pongamos cuarenta —rectificó Carella—. Es un suicidio, sí.

—Nos toma el pelo —se quejó Monroe.

—Opino lo mismo.

—Es un detective con humor.

—Todos los del Ochenta y Siete lo tienen.

—¿Quiere saber una cosa, Carella?

—¡Ande y que le zurzan, Carella!

La joven que tanto se parecía a la esposa de Steve Carella esperaba en el salón. No se había despojado del abrigo. Se hallaba sentada, muy erguida, en una de las butacas de un blanco reluciente, con las manos cruzadas sobre el bolso que tenía en las rodillas. Mientras los otros hablaban, Hawes entró con el médico forense y lo condujo silenciosamente al dormitorio. También llegó el segundo grupo de técnicos del laboratorio y se dedicaron a su tarea con el silencio del cortejo de un entierro.

—¿Cuándo lo encontró? —inició Carella el interrogatorio de la joven.

—Un minuto antes de llamar a la Policía.

—¿Desde dónde efectuó la llamada?

—Desde aquí, desde aquí mismo —señaló el teléfono blanco colocado sobre el bar, junto al whisky y los dos vasos.

—¿Tocó algo más del apartamento?

—No.

—¿Solamente el teléfono?

—Sí…, bueno, el pomo de la puerta cuando entré. Abrí, llamé a Greg y al no obtener respuesta me dirigí directamente al…, al dormitorio y…, y entonces le vi.

—Y llamó a la Policía.

—Sí… Después…, salí fuera para esperarles a ustedes. No quise aguardar ahí…

No con…, no con…

—¿Puede decirme su nombre, por favor? —preguntó con amabilidad Carella, sacando un cuaderno de notas y buscando una hoja en blanco.

Sospechaba que la joven estaba a punto de echarse a llorar y él no sabría qué hacer en tal caso. Nunca lo sabía.

—¿El mío?

—No. El de… él. Por favor.

—Gregory Craig —pronunció ella. Calló, miró fijamente a los ojos de Carella, y éste comprendió que la joven aguardaba una respuesta por su parte. Intrigado, esperó a que fuese ella la que dijese algo más.

—Gregory Craig —repitió la muchacha.
—¿Quiere hacer el favor de deletrear el nombre?
—G-r-e-g-o-r-y.
—¿Y el apellido?
—C-r-a-i-g.
—Ahora su nombre…
—Hillary Scott —ella hizo una pausa—. No estábamos casados.
—¿De dónde venía usted, señorita Scott?
—De trabajar.
—¿Suele llegar a esa hora a casa?
—Esta noche me retrasé un poco. Estábamos esperando una llamada de la Costa.
—¿Qué clase de trabajo es el suyo?
—Trabajo para la Sociedad Parapsicológica —volvió a hacer una pausa y añadió—: Soy médium.
—¿Médium?
—Sí.
—Lo siento, pero ¿qué es…?
—Poseo poderes psíquicos —aclaró ella.

Carella la miró atentamente. Parecía estar en posesión de sus facultades mentales, sentada allí con su abrigo mojado, las manos cruzadas sobre el bolso y los ojos humedecidos por las lágrimas. En su cuaderno de notas, el detective escribió la palabra «médium», y a continuación un signo de interrogación. Cuando volvió a mirarla, la joven estaba secándose los ojos con un pañuelo sacado del bolso.

—¿Dónde trabajaba el señor Craig? —indagó.
—Aquí.
—¿Aquí?
—Es escritor —calló un instante y explicó—. Gregory Craig, el escritor.

Aquel nombre no significaba nada para Carella. En su cuaderno, debajo de la palabra «médium» anotó «víctima, escritor». De pronto, recordó que ella había dicho «Gregory Craig, el escritor», suponiendo que él reconocería el nombre.

—¿Qué es lo que escribía? —preguntó cautelosamente.
—Fue él quien escribió *Sombras Mortales* —respondió Hillary Scott.

Miró de nuevo directamente a los ojos del detective y esta vez él

estuvo seguro de que la muchacha suponía que al menos conocería el título de la obra…, si es que era una obra. No preguntó lo que era.

—Y trabajaba aquí, en este apartamento, ¿eh? —trató de precisar.

—Sí, en el dormitorio. Ahí dentro hay un escritorio. Ahí es donde escribía.

—¿Todo el día?

—Generalmente, empezaba a mediodía y lo dejaba a las seis.

—Y escribía…, hum…, libros o… ¿qué era lo que escribió, en realidad, señorita Scott?

—¿Usted no ha leído *Sombras Mortales*?

—No, lo siento.

—Se han vendido ya tres millones de ejemplares en formato de bolsillo. Actualmente están rodando la película.

—Lo siento —repitió Carella—. No estoy familiarizado con el mundo de la literatura.

Ella no dijo nada, simplemente le miró. Carella se aclaró la garganta, contempló el cuaderno de notas, levantó de nuevo la vista y preguntó:

—¿Tiene alguna idea de quién lo hizo?

—No.

—¿Sabe usted si el señor Craig tenía enemigos?

—Ninguno.

—¿Había recibido llamadas telefónicas o cartas amenazadoras?

—No.

—¿Ni en las últimas semanas? ¿Algo por el estilo?

—No, nada.

—¿Le debía dinero a alguien?

—No.

—¿Cuánto tiempo lleva usted viviendo en este edificio, señorita Scott?

—Seis meses.

—¿Algún problema con los vecinos?

—Ninguno.

—Cuando esta tarde llegó a casa ¿halló cerrada la puerta?

—Sí. Ya le dije que abrí con mi llavín.

—¿Seguro que estaba cerrada?

—Sí.

—Aparte de usted y el señor Craig, ¿alguien más poseía una llave de este apartamento?

—No, sólo nosotros dos.

—Gracias, señorita Scott —terminó Carella, cerrando el cuaderno. Esbozó una sonrisa antes de añadir—. Tendré que buscar *Sombras Mortales*. ¿De qué trata?

—De fantasmas.

El jefe de los guardias de seguridad aguardaba abajo con Karlson cuando Carella regresó al vestíbulo. Se llamaba Randy Judd, un irlandés muy corpulento, de unos sesenta años. Al instante le contó al detective que había sido patrullero del Distrito Treinta y Dos. También mencionó que nunca había ocurrido nada en Harborview desde que fue inaugurado un año atrás. Ni siquiera un robo. Nada.

—Aquí, en Harborview, la seguridad es absoluta.

—Absoluta —repitió Karlson como un eco.

Todavía se mostraba aprensivo, como si estuviese seguro de que la Policía le reprocharía los crímenes.

—Señor Karlson —empezó Carella—, usted me dijo hace poco que entró a trabajar a las seis de la tarde…

—Un poco después.

—Sí, un poco después de las seis. ¿Le avisó la llegada de alguna visita al señor Craig entre el momento en que usted llegó y…?

—No, señor, a nadie.

—¿Es éste el procedimiento normal? Quiero decir, anunciar a los visitantes…

—Es la práctica normal —asintió Judd.

—A todos los visitantes —precisó Karlson—. Incluso a los mozos de reparto.

—¿Y qué sucede después?

—Cuando el inquilino concede el permiso, el visitante puede subir.

—¿En el ascensor?

—A menos que se trate de un chico de reparto. El montacargas está en la parte de atrás.

—¿No vino nadie preguntando por el señor Craig?

—Nadie.

—¿Quién tiene el turno antes que usted? El de mediodía a las seis.

—Jerry Mandel.

—¿Sabe cuál es su número de teléfono? —preguntó Carella.

—Yo sí, pero no le servirá de nada —respondió Judd.

—¿Por qué?

—Porque este fin de semana se iba a esquiar —aclaró Karlson. Tras una pausa, añadió—: Tenía los esquís en lo alto del coche y tan pronto como lo relevé se marchó hacia las pistas, al norte del Estado.

—¿Cuándo volverá?

—El día siguiente a la Navidad —manifestó Judd—. Como se acercaban sus vacaciones le concedí el permiso. Es un gran esquiador.

—¿Saben adónde se marchó?

—Al norte del Estado —repitió Karlson.

—¿No dijo el nombre del hotel o el albergue?

—No dijo nada.

—De todos modos, ¿pueden darme el número de su teléfono? —insistió Carella.

—Claro —asintió Judd—. Lo tengo en el despachito.

Desde aquel lugar, Carella marcó el número del hogar de Mandel. Dejó sonar doce veces el timbre y colgó.

—No hay suerte, ¿eh? —sonrió Judd.

—No —repuso Carella, moviendo la cabeza.

—Ya se lo dije —observó Karlson—. Se fue directamente desde aquí.

—¿Existe alguna forma de entrar en este edificio además de la puerta principal? —quiso saber el detective.

—La basura se recoge por detrás —explicó Judd—. Allí hay una amplia portalada, que abrimos cuando llega el camión de la basura.

—¿Qué clase de cerradura hay?

—Un cerrojo con pestillo.

—¿Quién tiene la llave?

—El portero del edificio.

—¿Está ahora aquí?

—Seguro. ¿Desea hablar con él?

El portero era un negro llamado Charles Whittier. Cuando Judd le presentó a Carella estaba cenando. Al otro lado de la habitación había un televisor en marcha, y Carella divisó por la puerta abierta a una mujer negra, en bata y zapatillas, sentada delante de la iluminada pantalla, con un plato lleno de comida en la falda. Se levantó tan pronto como comprendió que había visitas en el pequeño apartamento y cerró la puerta de acceso. Las voces del televisor sonaron más apagadas. Era un telefilme policíaco. A Carella no le gustaban esos programas.

—Señor Whittier —comenzó Carella—, en el apartamento tres cero uno se ha cometido un asesinato. Recibimos el aviso a las siete y diez. ¿Ha estado abierta, a alguna hora del día, la puerta trasera de este edificio?

—Sí, señor —repuso Whittier.

—¿Quién la abrió?

—Yo, señor.

—¿Cuándo?

—A mediodía, cuando llega siempre el camión de la basura.

—¿Entró alguien en la casa?

—Sólo los basureros. Guardamos los cubos dentro porque no queremos que las ratas puedan meterse en su interior. Hay ratas de este barrio, ya sabe.

—En todos los barrios —precisó Judd, defendiendo su territorio.

—De manera que los basureros entran en el edificio para coger los cubos, ¿verdad?

—No están obligados a ello —confesó Judd—, pero cuando llegan estos días, les damos unos dólares de aguinaldo.

—¿Cuántos basureros vienen? —quiso saber Carella.

—Dos —repuso el portero.

—¿Estuvo usted presente mientras se hallaron dentro del edificio?

—Sí, señor.

—¿Se quedó alguno de ellos en la casa?

—No, señor. Cogieron la basura y yo cerré la puerta cuando salieron.

—¿Volvió a abrirla en algún otro momento?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Cuando espesó la nevada. Salí para barrer un poco antes de que la nieve se helara.

—¿Por dónde barrió?

—Por la rampa de atrás. Para que mañana pudiese entrar el camión de la basura.

—¿Estuvo cerrada la puerta mientras usted barría?

—No, señor. Pero no la perdí de vista ni un segundo en tanto lo hacía.

—¿Vio entrar a alguien?

—No, señor.

—¿Y vigiló la puerta cada segundo?

—No, señor, no cada segundo. Pero no la perdí de vista.

—¿A qué hora ocurrió esto?

—Cuando empecé a barrer. Debían de ser cerca de las cinco y media.

—¿Y no vio entrar a nadie en el edificio?

—No, señor. De haber visto a alguien habría llamado al momento al guardia de seguridad.

—Bien, gracias, señor Whittier. Lamento haber interrumpido su cena.

—Ya le dije —comentó Judd mientras subían— que la seguridad aquí es absoluta.

Carella pensaba que no había servido para impedir que se cometiera un asesinato en el tercer piso ni otro en la acera.

2

Eran diecinueve las heridas existentes en el cuerpo de Gregory Craig. Carella recibió la lista mecanografiada del depósito de cadáveres del hospital Buena Vista, diez minutos antes de que llegase Hawes con el diario de la mañana. La lista decía:

RELACION DE HERIDAS: GREGORY CRAIG

1. Cuchillada en la garganta, 4,5 cm. de longitud.

2. Cuchillada en la garganta debajo de la anterior, de 6 cm. de longitud.

3. Corte a 4 cm., a la derecha desde la línea central del cuerpo, encima de la clavícula.

4. Corte a 11 cm., a la derecha desde la línea central del cuerpo y a 10 cm. sobre el pezón.

5. Corte sobre la línea central, horizontal con los pezones.

6. Cuchillada en el pecho que empieza en la línea central, aproximadamente, a 12 cm. bajo el mentón, yendo hacia abajo, y a la izquierda, de 5 cm. de longitud.

7. Corte a 4 cm., a la izquierda desde la línea media y sobre la clavícula.

8. Cuchillada a 21 cm., hacia la izquierda desde la línea media del cuerpo y a 7,5 cm. bajo el pezón.

9. Corte (entrada y salida) a medio camino entre el codo y la axila, en

la cara interna del brazo.

10. Cuchillada de 2,5 cm. de longitud en la cara externa de

la muñeca izquierda.

11. Cuchillada de 3 cm. de longitud en la cara interna de la muñeca derecha.

12. Corte en la espalda a 37 cm., debajo de la base del cráneo y a 13 cm., a la derecha desde la línea media.

13. Corte en la espalda a 37 cm., debajo de la base del cráneo y a 7,5 cm., a la izquierda desde la línea media.

14. Corte en la espalda, a 34 cm., debajo de la base del cráneo y a 8 cm., a la izquierda desde la línea media.

15. Corte en la espalda, a 30 cm., debajo de la base del cráneo y a 20 cm., a la izquierda desde la línea media.

16. Corte en la espalda, a 50 cm., debajo de la base del cráneo y a 9 cm., a la izquierda desde la línea media.

17. Cuchillada en la cara interna del dedo anular de la mano derecha.

18. Cuchillada (entrada y salida) en lo alto del dedo medio de la mano derecha.

19. Cuchillada en el lado derecho de la cabeza sobre la oreja yendo hacia abajo, de 4 cm. de longitud.

Era una cantidad infernal de cortes y cuchilladas. No tantos como calculara Carella delante de los de Homicidios en la escena del crimen, mas sí suficientes como para indicar que el asesino de Craig deseaba ansiosamente su muerte; nadie apuñala a una persona diecinueve veces, a menos que quiera estar seguro de haberla eliminado. Por otra parte, Marian Expósito, como fue identificada gracias a su permiso de conducir hallado en el bolso, sólo recibió una cuchillada, justo debajo del seno izquierdo. La hoja penetró en el pecho y llegó al corazón, por lo que aparentemente la muerte fue instantánea. Si ambos crímenes estaban relacionados entre sí, como opinaban todos, la lógica decía que la pobre mujer se había interpuesto en el camino del asesino cuando éste huía del lugar del primer crimen. Ya antes de que llegase Hawes con el periódico de la mañana, Carella había decidido que la línea de investigación debía concentrarse en Gregory Craig. Marcó la carpeta

del caso con la numeración «R-76532», y en la de Marian Expósito escribió «Caso compañero R-76532», y a continuación el número de referencia «R-76533».

La sala general de la Comisaría del distrito aquel viernes por la mañana, 22 de diciembre, se hallaba relativamente tranquila. Los suicidios no empezarían hasta la Nochebuena, después bajaría un poco el índice de casos y volvería a elevarse por Nochevieja. Miscolo, del Departamento de Administración, había mencionado casualmente que en Nochevieja habría luna llena. La luna llena siempre aumentaba el número de suicidios. Nunca fallaban las lunas llenas ni las fiestas. Mientras tanto, habría un ligero aumento de robos en las tiendas, de robos por el sistema del tirón y los carteristas actuarían a su placer, pero en cambio descendería el número de asaltos, timos, violaciones y otros delitos comunes. Esto sucedía siempre. Tal vez los ladrones, los timadores, los violadores y los atracadores estuviesen de compras en las tiendas, dejando que otros les robaran la cartera.

La tabla de servicios de la brigada estaba colgada en la pared al lado del refrigerador del agua, donde el teniente tenía el convencimiento de que sería leída. El Departamento de Policía no respetaba las fiestas, pero la tabla de servicios de la víspera y del mismo día de Navidad tan sólo contenía, normalmente, los nombres de los detectives judíos que habían cambiado el servicio con sus colegas cristianos. Este año, no obstante, las cosas eran distintas. ¿En qué se diferenciaba este año de todos los demás? En este año, Navidad y el primer día de Chanukah coincidían en la misma fecha, naturalmente el veinticinco de diciembre, lo que en cierto sentido, evidenciaba la fraternidad del hombre y la solidaridad del ideal democrático. Solamente, planteaba problemas a los policías. Todos querían estar libres de servicio el lunes, cuando habría dos fiestas distintas en el mismo día. Sin embargo, todos no podían quedar libres el lunes porque en ese caso los ladronzuelos gozarían de una inmerecida impunidad para sus fechorías.

Compromiso.

En la labor policíaca, como en el matrimonio, el compromiso era esencial. El repertorio de Henny Youngman incluía un chiste

respecto al hombre que desea comprar un nuevo coche y a su esposa que quiere adquirir un abrigo de pieles. Llegan a un compromiso. La esposa compra el abrigo y lo guarda en el garaje. Steve Carella y Meyer pactaron el compromiso arrojando una moneda al aire. Ganó Carella. El trabajaría la víspera de Navidad y Meyer el primer día de la Chanukah. Mas esto fue antes de que el Ochenta y Siete se encargase del doble homicidio. Con un caso como aquél era preciso actuar sobre el terreno durante los primeros días, que son los más importantes. Carella tenía el presentimiento de que este caso sería largo: un bocadillo caliente de pastrami y un botellín de soda en la sala general de la comisaría el día de Navidad. Maravilloso.

Sentado a su mesa al otro lado de la ni sala, junto a uno de los enrejados de alambre que protegían la habitación contra los misiles arrojados a las ventanas por los ciudadanos poco amables con la comisaría, y que incidentalmente impedían que los presos saltasen a la calle, el detective Richard Genero mecanografiaba un informe sobre un robo ocurrido tres semanas atrás. Genero era un individuo bajo y moreno, de cabello rizado y ojos pardos. Desde hacía poco tiempo usaba lentes «Benjamín Franklin» siempre que redactaba un informe, presumiblemente para mejorar su ortografía. Todavía escribía «perpetrador» como «pertrepador», fallo fatal en cualquier departamento de Policía. Encima de la mesa tenía un transistor en marcha, y las notas melancólicas de «Noche de Paz» inundaban la sala. Carella escuchaba la música y pensó que si el teniente Byrnes aparecía en aquel momento, Genero estaría patrullando otra vez por las calles antes del nuevo año. Genero, ignorante de estos pensamientos de su compañero, tecleaba al ritmo de la melodía. Carella también pensó que no tardaría mucho Genero en preguntarle cómo se escribe «vigilancia».

Eran las diez treinta y siete de la mañana según el reloj de pared de la comisaría. La nevada de la noche anterior había cesado poco antes de amanecer, y el cielo se teñía de un azul tan brillante como las ligas de una novia. Carella oía, al otro lado de las ventanas, el ruido de las cadenas de los autos, acompañamiento muy apropiado para «Jingle Bells», que reemplazaba a «Noche de Paz» en el transistor de Genero. No tenía ganas de trabajar. Les había prometido a sus hijos que los llevaría a ver a Santa Claus algún día

de la semana…, pero esto también fue antes del doble homicidio.

—¿Dónde estáis todos? —preguntó Hawes desde el otro lado de la barandilla de madera que separaba la sala general del corredor exterior.

—¿Has visto esto, Steve? —volvió a preguntar, cruzando el portillo de la barandilla divisoria—. Tenemos entre manos todo un personaje.

Dejó el diario de la mañana sobre la mesa de Carella y se dirigió al refrigerador del agua. El periódico estaba doblado por la página opuesta a la crítica de libros.

La nota necrológica de Gregory Craig le informó a Carella que aquél era el autor del libro de más venta del año, *Sombras Mortales*, y que probablemente había basado la obra en sus propias experiencias con los fantasmas de una casa que alquiló en Massachusetts tres años antes. El libro había figurado a la cabeza de las ventas de obras extraídas de la vida real durante más de un año, y lo habían reeditado seis meses atrás, produciéndole al autor un anticipo por la edición de bolsillo de un millón y medio de dólares. La película la estaban filmando en Gales, con un famoso actor inglés interpretando el papel de Craig, y una galaxia de actrices célebres, ya en decadencia, como las sombras que habían atormentado al autor durante sus vacaciones. La nota continuaba diciendo que Craig había escrito media docena de novelas antes de dedicarse a esa obra realística, y las mencionaba título a título, citando asimismo diversas críticas publicadas en el mismo periódico en el transcurso de los doce años pasados. Se había producido una pausa de cinco años entre la última novela y el libro sobre los fantasmas. Su único familiar vivo era una tal señorita Abigail Craig, hija suya. No se mencionaba el asesinato de Marian Expósito, el «Caso compañero R-76533».

—¿Qué te parece? —quiso saber Hawes, estrujando el vaso de papel que tenía en la mano para arrojarlo a la papelera de Carella, fallando la puntería.

—Me parece que nos ha ahorrado mucho trabajo —respondió Carella, abriendo la guía telefónica de Isola.

Cuando Abigail Craig abrió la puerta a las once y veinte de aquella mañana, lucía un traje de chaqueta muy elegante, sobre una blusa de seda con un pañuelo anudado al cuello, zapatos marrones

de tacón alto y unos aros de oro colgando de las orejas. Los dos detectives habían llamado antes preguntando si podía recibirlos, y si bien la joven se mostró un poco reacia por teléfono, lo achacaron al dolor y la confusión que generalmente siguen a la muerte de un miembro muy querido de la familia. Ahora, sentados frente a ella en un salón dominado por un enorme y costoso árbol de Navidad, no estaban ya tan seguros de que Abigail sintiese dolor o confusión de ninguna clase. Parecía, en realidad, más interesada en poder ir a la peluquería que en hablar de su padre. A Hawes la parecía estupenda aquella cabellera. A Hawes le parecía estupendo todo lo de Abigail.

Era una de esas rubias de matiz cremoso, con una tez sin el menor defecto que normalmente se atribuye a las inglesas que practican la equitación. Sus pupilas mostraban un verde brillante, enmarcadas por unas pestañas tan rubias como su cabello; la cara era algo estrecha, con pómulos altos y una boca generosa que resultaba vivaracha incluso sin carmín. El labio superior se curvaba ligeramente hacia arriba, permitiendo ver una dentadura muy blanca, hasta cuando no hablaba. A Hawes le gustaban las mujeres con esa clase de labios. Le hubiera gustado hallarse en aquel salón para intercambiar regalos de Navidad y no para hacer preguntas respecto a un hombre muerto que parecía tener muy poca importancia, quizá ninguna, para la helada belleza que se sentaba frente a él con las piernas cruzadas y los pies metidos dentro de unos zapatos de tacón alto.

—Siento tener que suplicarles que se apresuren —dijo—, pero tengo hora dada para las doce y Antoine se halla al otro lado de la ciudad.

—Nosotros también sentimos importunarla de este modo —contestó Hawes sonriendo.

Carella miró asombrado a su compañero. No la importunaban en absoluto. Habían llamado media hora antes y ella debió estar perfectamente preparada para la visita.

—Señorita Craig —intervino Carella—, ¿cuándo vio vivo a su padre por última vez?

—Hace un año.

—¿Y no le había visto desde entonces? —inquirió Carella, con cierto sobresalto.

—No desde entonces.

—¿Cómo es eso?

—¿Cómo es eso? —repitió Abigail, arqueando una ceja—. No estoy segura de entender su pregunta.

Su voz era de Vassar o Bryn Mawr, salida de Rosemary Hall o Westover sus modales eran irritados e impacientes. Carella jamás se sentía cómodo delante de esas chicas frías y sofisticadas. Ella tampoco hacía nada para evitarle esa incomodidad. El la miró un instante y estudió su línea de ataque. Decidió continuar como al principio.

—Quiero decir…, ¿no es un poco extraño? Hija única…

—Tiene otra hija —le atajó Abigail.

—¿Otra hija? Teníamos la impresión de que…

—Más o menos —añadió ella—. Es lo bastante joven para ser hija suya.

—¿De quién habla? —preguntó Carella.

—De Hillary.

—¿Se refiere a Hillary Scott?

—Sí.

—Entiendo.

—¿De veras? —se burló Abigail, cogiendo un cigarrillo de una cajita lacada que estaba sobre la mesita de centro. Lo encendió y prosiguió—: Se lo explicaré con toda claridad —aspiró una bocanada de humo y dejó el encendedor de oro encima de la mesita —. Desde que se divorció, mi padre y yo no hemos congeniado. Y cuando se enredó con ese Espectro, acabamos por completo. Punto.

Se acabó. Telón.

—Por ese Espectro…

—Sí, Hillary.

—¿Y cuándo se… enredó con ella su padre, señorita Craig?

—Poco después de publicar *Sombras*…, cuando todos esos imbéciles empezaron a acudir a él con sus necias historias de duendes y aparecidos.

—¿Se refiere a la publicación de *Sombras Mortales*?

—Sí, la obra maestra de mi padre, su gran fuente de ingresos — asintió Abigail, aplastando el cigarrillo en un cenicero.

—¿Cuándo se publicó?

—¿La edición de lujo? Hace un año y medio.

—¿Y poco después conoció a Hillary Scott?

—No sé cuándo la conoció. Yo no descubrí el asunto hasta hace cosa de un año, el día de Acción de Gracias. Sólo Dios sabe cuánto tiempo llevaban ya viviendo juntos. Me invitaron a la cena, para saborear el pavo.

«Hola, querida» —agregó Abigail, imitando a su padre—. «Quiero que conozcas a Hillary Scott, mi amiga más íntima…». ¡Su amiga más íntima! —los ojos de Abigail echaban chispas—. ¡Una jodida puta, cazadora de fantasmas de veintidós años!

Carella parpadeó. Estaba acostumbrado al lenguaje de la comisaría y al de la calle, pues no es posible ser policía durante tanto tiempo como llevaba él y esperar que la gente dijese «maldito» o «perro». Pero aquella obscenidad parecía completamente fuera de lugar en aquel salón festivamente decorado de la Hall Avenue. Hawes, por otro lado, contemplaba a Abigail con una intensidad que bordeaba la obsesión; le gustaban las hembras que decían «jodida» a través do unos labios carnosos y algo curvados.

—Hum…, de manera que la última vez que vio usted a su padre —dijo Carella—, fue…

—El día de Acción de Gracias del año pasado. Cuando me presentó al Espectro. Fue entonces. Aquello fue la última gota.

—¿Cuáles habían sido las otras?

—El divorcio fue la mayor.

—¿Cuándo tuvo lugar?

—Hace siete años. Inmediatamente después publicó Caballeros y Bribones.

—¿Una de sus novelas?

—Su mejor novela. Y la última —la joven cogió otro cigarrillo de la cajita de laca, le aplicó el encendedor y sopló una bocanada de humo en dirección a Hawes—. Los críticos la trataron muy mal. Y él acusó de ello a mi madre. Decidió que Stephanie Craig, pobrecita, tenía la culpa de lo que los críticos dijeron de la novela. Nunca se dio cuenta de que el libro era realmente maravilloso… ¡Oh, no! Se imaginó que si la crítica afirmaba que era espantoso…, pues bien, tenía que serlo. Y se lo reprochó a mamá. Le reprochó su estilo vital (una de sus expresiones favoritas) que le había hecho escribir aquella novela universalmente vapuleada. Añadió que

necesitaba estar solo —Abigail se encogió de hombros—. Alegó que necesitaba «redescubrirse a sí mismo»…, otra expresión favorita de Gregory Craig —chupó de nuevo el cigarrillo—. Y se redescubrió con una cosa tan mala como *Sombras*.

—¿Vive todavía su madre? —preguntó Hawes.

—No.

—¿Cuándo falleció?

—Hace tres veranos.

—¿Cómo?

—Se ahogó. Dijeron que fue un accidente.

—¿Dijeron…?

—Los del departamento del coroner (Juez de primera instancia) de Hampstead, Massachusetts.

—¿Massachusetts? —repitió Carella.

—Sí, se ahogó en el Bight, a unos tres kilómetros del sitio donde mi padre había alquilado su famosa casa encantada.

—¿Cuánto hacía que se habían divorciado?

—Cuatro años.

—¿Y ambos pasaban las vacaciones de verano en la misma localidad?

—Mamá nunca consiguió aceptar la separación —confesó Abigail—. Quería estar cerca de mi padre. A donde quiera que él fuese… —la muchacha sacudió tristemente la cabeza.

—Hace un instante, señorita Abigail Craig, dijo usted que en el departamento del coroner…

—Sí.

—¿Cree que la muerte de su madre fue accidental?

—De estudiante formó parte del equipo de natación de la universidad Holman —manifestó la joven reticentemente—. Ganó tres medallas de oro.

Cuando regresaron a comisaría sobre la mesa de Carella les aguardaba el informe del laboratorio policial. En el mismo se establecía que la cerradura de la puerta del apartamento de Gregory Craig era una Weiser, lo que significaba que podía abrirse por ambos lados, por dentro y por fuera, sólo con un llavín. En la parte de dentro no se encontró llave alguna. Tampoco se encontró señales

de violencia en el marco de la puerta, ningún arañazo en el perímetro de la cerradura ni en torno al agujero de la misma, ni mucho menos signos de haber sido forzada la entrada. La puerta de servicio del apartamento, que se hallaba en un rincón de la cocina, atestado de cubos de basura, también estaba equipada con una Weiser. Tampoco había allí señales de violencia. Un examen del cerrojo del portón que conducía a la rampa trasera del edificio, no aportó ninguna señal de haber sido forzado. La persona que mató a Gregory Craig vivía en la misma casa y era conocido del guardia de seguridad o era un amigo personal del escritor. Si el guardia que, en aquellos momentos, se hallaba esquiando en algún lugar del norte del Estado había anunciado la llegada del asesino, Craig había concedido el permiso para que subiera. En todo el complejo Harborview había sesenta apartamentos. Carella tomó nota para efectuar un interrogatorio puerta por puerta de todos los inquilinos, y otra para recordar que debía pedirle al teniente Byrnes más hombres para el caso…, cosa difícil de obtener tres días antes de Navidad.

A las doce y veinte de la tarde llamó al apartamento del difunto Craig, esperando que estuviese allí Hillary Scott. Dejó que el timbre sonara una docena de veces, devolvió el auricular a su soporte, buscó el número de la Sociedad Parapsicología de Isola y lo marcó.

—He intentado hablar con usted —le comunicó Hillary.

—¿Con qué objeto, señorita Scott?

—¿No recibió mi mensaje?

—No, lo siento. Acabo de llegar.

—Pues le di el recado a alguien de ahí. Uno que tiene un apellido italiano como el suyo.

Carella miró hacia el otro lado de la sala donde Genero estaba zampándose un bocadillo, sentado a su mesa, al ritmo de «Deck the Halls».

—Lo siento…, ¿cuál era el mensaje?

—La autopsia. Tengo entendido que desean efectuar la autopsia.

—Exacto. Es obligatorio en todo fallecimiento por violencia.

—Me niego absolutamente.

—Señorita Scott, temo que esto es algo que…

—¿Qué ocurrirá cuando surja la esencia de Greg? —se irritó Hillary—. Si le cortan y le sacan los órganos internos, ¿qué ocurrirá

cuando llegue al mundo de los espíritus?

—No ejerzo ningún control sobre esto —replicó Carella—. La autopsia es obligat…

—Sí, ya le he oído. ¿Con quién he de hablar?

—¿Para qué?

—Para que suspendan la autopsia.

—Señorita Scott, los forenses seguramente ya han empezado a realizarla. Es vital que establezcamos la causa de la muerte para cuando se vea el juicio…

—¡Es vital que el espíritu de Greg pase intacto al otro lado!

—Lo siento.

Se produjo un silencio en la línea.

—He oído demasiadas cosas respecto a los espíritus mutilados —agregó Hillary.

—Lo siento —repitió Carella—. Señorita Scott, el motivo de mi llamada era…

—Demasiadas cosas —añadió Hillary.

Hubo otro silencio en la línea. Carella aguardó. No tenía sentido continuar la discusión. Era preciso realizar la autopsia, por más que protestase la joven. Además, tal como él había dicho, seguramente el equipo del forense ya la habría empezado. En el depósito de cadáveres, el cuerpo de Gregory Craig estaría ya abierto como un buey, sin sus órganos vitales, que serían escrupulosamente examinados y analizados, con el cráneo desplazado para dejar el cerebro al descubierto. Cuando más tarde el cadáver queda expuesto en una funeraria, ninguno de los que acudiesen a contemplar sus restos sabrían que estaban contemplando sólo la carcasa de lo que había sido un ser humano. El silencio se prolongaba. Carella supuso que la joven estaba convencida.

—Oiga, ¿no podríamos encontrarnos más tarde en el apartamento? —inquirió al fin.

—¿Con qué objeto?

—Existe la posibilidad de que un ladrón sorprendiese al señor Craig. Deseamos saber si falta algo, señorita Scott, y el único modo de saberlo es por medio de una persona que sepa lo que había en el apartamento.

—No fue ningún ladrón el que mató a Craig —afirmó Hillary resueltamente.

—¿Por qué dice esto?

—Fue un fantasma.

Seguro, pensó Carella. Un fantasma ató las manos de Craig a su espalda con una percha de alambre. Un fantasma lo acuchilló diecinueve veces en el pecho, la espalda, los brazos, la garganta, las manos y la cabeza con un cuchillo fantasmal que los técnicos del laboratorio no pudieron hallar en el apartamento. El mismo cuchillo fantasma usado para asesinar a Marian Expósito, la titular del caso R-76533.

—Ayer sentí un fluido muy poderoso en el apartamento —aseguró Hillary.

—¿Podemos vernos allí dentro de una hora?

—Sí, naturalmente. ¡Pero no fue ningún ladrón!

Si no había sido ningún ladrón, ciertamente fue alguien que se llevó gran número de objetos del apartamento de Gregory Craig. Según Hillary Scott, había unos trescientos dólares en la cartera del escritor cuando ella salió del apartamento a las diez de la mañana del día anterior. Lo sabía porque le pidió a Craig dinero suelto para el trayecto en taxi hasta la oficina, y él exhibió un fajo de billetes de cincuenta, buscando otros más pequeños. Bien, faltaba, el dinero, aunque seguían intactas las siete tarjetas de crédito del difunto. Cogieron del joyero situado encima del tocador un reloj de pulsera de oro, Patek Philippe, con correa de oro; un par de gemelos Schlumberger, de oro con diamantes; un anillo de oro con una piedra de lapislázuli, y una pulsera con eslabones de oro. Hillary no se mostró segura del valor total de lo que le faltaba a Craig, salvo del brazalete de oro que ella le había regalado en la última Navidad, y que le costó seiscientos ochenta y cinco dólares. Suponía que el reloj Patek Philippe costaba unos seis mil quinientos. Se refirió con más seguridad al valor de lo que faltaba de la cajita que ella tenía en el cajón superior del tocador. Se trataba de una serie de regalos hechos por Craig durante el año y medio que llevaban viviendo juntos. La lista de lo que faltaba era como sigue:

Un brazalete labrado a mano, Angela Cummings, de jade

birmano, de oro de dieciocho quilates, de 3.975 dólares.

Una diadema para el cabello, Elsa Peretti, en forma de serpiente, de oro de dieciocho quilates, de 510 dólares.

Una gargantilla de oro de dieciocho quilates con diamantes, de 16.500 dólares.

Un colgante de diamantes engarzados en platino, en forma de pera, con una cadena de cuarenta centímetros, de oro de dieciocho quilates, de 3.500 dólares.

Un diamante engarzado en una sortija de platino, de 34.500 dólares.

Unos pendientes de oro de dieciocho quilates, con perlas, de 595 dólares.

Unos pendientes de platino con diamantes, de 1.500 dólares.

Una gargantilla de oro blanco y amarillo, de dieciocho quilates, de 2.950 dólares.

Una pulsera de oro rosa, blanco y amarillo, de dieciocho quilates, de 1.250 dólares.

Cuatro brazaletes de oro de catorce quilates repujado, de 575 dólares cada uno.

Además de las joyas robadas de la caja, Hillary vio que faltaba de la misma un bolso Elsa Peretti, en forma de alubia, de oro de veinticuatro quilates lacado, con madera de magnolia, de 2.500 dólares, y un reloj de pulsera Chopard, de oro de dieciocho quilates, con diamantes, de 14.500 dólares. La joven guardaba el reloj en su estuche, que todavía se hallaba en el cajón, un estuche forrado por fuera con terciopelo negro y por dentro con satén blanco…, pero el reloj no estaba. Hillary conocía el valor de los regalos de Craig porque al asegurarlo recientemente tuvieron que tasarlo.

—¿No aseguraron las joyas del señor Craig? —se interesó Carella.

—Sí, también. Pero tuvimos que firmar pólizas por separado al no estar casados. Por eso, solamente sé lo que se refiere a las mías.

—¿Por cuánto fue la tasación, aproximadamente? —inquirió Hawes.

—No aproximadamente. Se tasó todo exactamente en ochenta y tres mil cuatrocientos treinta dólares.

—Una suma muy importante para guardarla sin más en los cajones de un tocador —observó Carella.

—Craig pensaba comprar una caja de seguridad —respondió Hillary—. Además, todo estaba asegurado. Y los guardias de seguridad de este edificio son excelentes. De no ser así, no habríamos alquilado este apartamento.

—¿Falta algo más? —quiso saber Hawes.

—¿Tenía puesto Greg su sello escolar?

—No había ninguna joya en su cuerpo.

—Entonces, también falta.

—¿De dónde era?

—De la universidad Holman. Allí conoció a su ex esposa.

—¿Qué clase de sello?

—De oro con una amatista.

—¿Dónde lo llevaba?

—En el anular de la mano derecha.

Carella recordó la relación de heridas: «Cuchillada en la cara interna del dedo anular de la mano derecha». ¿Utilizó el asesino el cuchillo para sacar el anillo del dedo de Craig? ¿Había entrado armado en el apartamento o usó un cuchillo encontrado en alguna parte?

Si sólo pretendía cometer un robo, ¿cómo logró pasar a través de la «absoluta» seguridad de abajo? ¿Habría admitido Craig en su apartamento a un desconocido, a alguien que después se llevó joyas por valor de más de ochenta y tres mil dólares, y le mató antes de largarse? Pero Hillary Scott insistía en que no se trataba de un ladrón.

—El fluido es más fuerte en esta habitación —murmuró la joven médium. Anduvo hacia la mesa escritorio que miraba a los ventanales y posó sus manos en la superficie—. Estuvo aquí, en la mesa.

—¿Quién?

—Un espíritu masculino —afirmó ella, rozando con las manos la superficie del escritorio—. Joven. Cabello negro y ojos pardos —había cerrado los suyos; sus manos continuaban rozando la superficie de la mesa y se balanceaba mientras hablaba—. Buscaba algo. Buscaba… Estaba inquieto. Un espíritu agitado.

Carella miró a Hawes y éste le devolvió la mirada. El primero se

preguntó cómo era posible que una muchacha que se parecía tanto a su esposa estuviese completamente loca. Hawes, por su parte, se preguntaba qué tal se portaría en la cama…, ¿entraría en trance a causa del fluido? Inmediatamente sintióse incestuoso porque la joven se parecía demasiado a Teddy Carella. Rehuyó la mirada de su compañero, como temiendo que éste pudiese leer en sus ojos aquel mal pensamiento.

—¿Falta algo del escritorio? —indagó Carella.

—¿Puedo abrirlo? —quiso saber Hillary—. ¿Ya lo han examinado sus… técnicos?

—Adelante —la invitó el detective.

Hillary abrió el cajón situado encima del hueco para las piernas del mecanógrafo. Una bandejita llena de clips, gomas y gomitas, diversos lápices y bolígrafos… Una maquinita para coser papeles. Una caja de etiquetas. Otra de grapillas. Hillary cerró el cajón y abrió los de la derecha de la mesa. El primero contenía una serie de carpetas con un título en cada una.

—¿Es la escritura de Craig? —preguntó Carella.

—Sí…, chist…

—¿Qué son esos nombres?

—Fantasmas —repuso ella—. Chist… —pasó las manos por encima de las carpetas—. El buscó algo aquí.

—Si fue algún individuo —intercaló Hawes—, los del laboratorio tendrían sus huellas.

—Los espíritus no dejan huellas dactilares —observó Hillary.

«Más loca que un cencerro», pensó Carella.

—Esos nombres…

—Sí, fantasmas. Casos que pensaba investigar para ver si eran auténticos. Desde que escribió *Sombras*, recibía llamadas y cartas del mundo entero, de personas que afirmaban haber visto u oído fantasmas.

—¿Falta algo, según usted? —insistió Hawes.

—No, pero él estuvo aquí. Sé que estuvo aquí.

Cerró el primer cajón y abrió el siguiente. Una resma de papel manila, nada más.

—También buscó aquí dentro —susurró Hillary—. Buscó…, estaba inquieto.

—¿Guardaba a veces el señor Craig algo de valor en su

escritorio? —inquirió Carella.

—Los archivos eran muy valiosos —contestó la joven, abriendo bruscamente los ojos.

—Tal vez sí buscaba algo —observó Hawes—. Recuerdo que todo estaba por el suelo.

—Sí, buscaba algo —confirmó Hillary.

—Y lo encontró —gruñó Carella.

Hillary le miró fijamente.

—Más de ochenta y tres mil dólares en joyas —terminó Carella la frase.

—No, no era esto. Era otra cosa. No sé qué era…

La muchacha pasó las manos por el aire como tratando de tocar algo que los detectives no podían ver.

—Registremos la cocina —propuso Carella—. Díganos si falta algún cuchillo.

Registraron la cocina. En una estantería magnética de la pared, situada sobre los fogones, había siete cuchillos de diversos tamaños, uno de ellos de los llamados de cocina, de veinticinco centímetros de longitud. Abrieron los cajones de la alacena. Hillary contó los cuchillos de mesa y los demás que había en la bandeja y aseguró que no faltaba nada.

—Entonces, ese tipo vino ya con el cuchillo —concluyó Carella.

Hillary cerró de nuevo los ojos, separó mucho los dedos de ambas manos y pareció presionar el aire con las palmas.

—Buscaba algo —susurró—. Algo.

Fue Cotton Hawes quien soportó la andanada de Warren Expósito. Tal vez sus recriminaciones fuesen merecidas. Hawes podía haber hallado la misma indignación en cualquier capital del mundo, sin excluir a Pekín ni a Moscú. Sea cual sea la política de una nación, queda en pie el hecho de que si asesinan a alguien conocido del público, ese crimen obtendrá más atención por parte de la Policía que la muerte violenta de un borracho o un proxeneta. Marian Expósito no era ni borracha ni prostituta; en realidad, era la secretaria de una empresa especializada en la venta de objetos de regalo por correo. Mas, no existía la menor duda de que era mucho menos importante que Gregory Craig, el famoso escritor. Mientras

el esposo, Warren de nombre, se paseaba furiosamente por la sala general de la comisaría, Hawes se preguntaba si le habrían prestado tanta atención al asesinato de la mujer, de haber sido ella la acuchillada diecinueve veces, y Craig el muerto de una sola puñalada en la acera, delante de aquel edificio. Finalmente, decidió que la prioridad habría sido la misma. Craig era «importante»; Marian Expósito no era más que otro cadáver en una ciudad donde los muertos aparecían como setas.

—¿Qué diablos hacen? —gritó Expósito.

Era alto, corpulento, con cabello negro muy espeso y ojos pardos muy penetrantes. Aquella tarde de viernes llevaba unos téjanos azules, un suéter de cuello alto y una chaqueta forrada de lana, desabrochada, mientras se paseaba por la sala.

—¡Ni siquiera ha venido a verme un solo policía, maldita sea! Tuve que efectuar seis llamadas telefónicas antes de averiguar dónde la habían llevado! ¿Es esto lo que hacen en esta ciudad? ¡Acuchillan a una mujer frente al portal de su casa, y la Policía la esconde bajo una alfombra como si nunca hubiese existido!

—Hay otra muerte en el caso… —musitó Hawes.

—¡Me importa un pito la otra muerte! —chilló Warren Expósito —. ¡Lo que quiero saber es qué están haciendo para descubrir al asesino de mi esposa!

—Suponemos que…

—¿Suponen? —le cortó Expósito—. ¿Esto es lo que hace la Policía? ¿Suponer?

—Nuestra opinión es que…

—¡Ah, ahora es una opinión!

—Señor Expósito —le atajó Hawes gritando también—, creemos que la persona que mató a Gregory Craig mató accidentalmente a su esposa. Opinamos que pudo ser…

—¿Accidentalmente? ¿Es un accidente que alguien clave un cuchillo en el pecho de una mujer? ¡Jesucristo!

—Quizá elegí mal las palabras… —concedió Hawes.

—Sí, quizá —replicó agriamente Expósito—. Mi esposa ha muerto. Alguien la mató. Ustedes no tienen ningún motivo para pensar que el asesino fue el mismo que se cargó al escritor del tercer piso. Ningún motivo en absoluto. Ah, claro, él era una celebridad, ¿verdad? Por eso, ustedes concentran todos sus

esfuerzos en él, y mientras tanto el que mató a Marian continúa gozando de libertad para seguir matando a seres indefensos —dio medio vuelta y señaló las ventanas. Luego, volvió a girar sobre sí mismo, enfrentándose otra vez con Hawes—. ¡Y ni siquiera sé dónde está su cadáver para poder disponer todo lo referente al funeral!

—Está en el depósito del Buena Vista —repuso Hawes—. Ya han terminado la autopsia. Puede…

—Sí, sé dónde está. Lo sé ahora, después de seis llamadas telefónicas y una serie de preguntas a todos los policías del Departamento. ¿Quiénes contestan aquí al teléfono? ¿Unos retrasados mentales? ¡Las dos primeras veces que llamé nadie había oído hablar de Marian! ¿Marian Expósito, señor? ¿Quién es, señor? ¿Desea denunciar un crimen, señor? Cualquiera pensaría que se trataba del robo de una bicicleta y no de…

—La mayor parte de las llamadas a la Policía pasan por el departamento central de Comunicaciones —le interrumpió Hawes —. Comprendo su enfado, señor Expósito, mas no esperará que un telefonista que recibe centenares de llamadas cada día conozca los detalles de…

—De acuerdo, ¿quién conoce esos detalles? —preguntó Expósito —. ¿Los conoce usted? Abajo me dijeron que usted es el detective encargado del caso de mi esposa. Bien, ¿es verdad o no?

—Mi compañero Carella y yo, sí.

—Entonces, ¿qué demontres están haciendo? —estalló Expósito —. A Marian la mataron ayer. ¿Tienen ya alguna pista o saben al menos por dónde empezar?

—Siempre empezamos de la misma manera —explicó Hawes—. Empezamos tal como empezaría usted, señor Expósito. Tenemos un cadáver, bueno, en este caso dos cadáveres, no sabemos quién los convirtió en cadáveres, y esto es lo que intentamos averiguar. No, no es como en el cine o la televisión. No hacemos preguntas con trampa, ni tenemos presentimientos o premoniciones. Realizamos una labor metódica, rastreamos todo lo que podemos, por poco importante que parezca y tratamos de descubrir el porqué. No quién, señor Expósito; aquí no nos dedicamos al juego de «quién lo hizo». En la rutina policiaca no hay misterios. Sólo hay crímenes y la persona o las personas que los cometieron. En un robo con asalto,

sabemos el porqué antes de responder al teléfono. En un asesinato, si logramos averiguar el porqué, a menudo descubrimos el quién…, si tenemos suerte. En estos momentos, hay en nuestros archivos unos trescientos asesinatos sin resolver. Es posible que el año próximo resolvamos una media docena de ellos…, si tenemos suerte, repito. Si no, los asesinos gozarán de perfecta impunidad en algún sitio —indicó las ventanas como hiciera antes Expósito— y jamás los atraparemos. El asesinato es un delito de un solo disparo, a menos que el criminal sea un lunático o alguien que mata mientras comete otro delito. Los asesinos, por lo general, matan una vez y nunca más. O los atrapamos y los ponemos a la sombra, con lo que nunca más tendrán ocasión de matar, o cierran su tienda y desaparecen.

Expósito le miraba con tremenda fijeza.

—Lo siento —agregó Hawes—, no pretendía hacer un discurso. Estamos enterados de lo de su esposa, señor Expósito, estamos bien enterados. Pero creemos que el crimen principal fue el cometido en el tercer piso, en el apartamento tres cero uno, y por esto hemos empezado por ahí. Cuando tengamos al asesino de Gregory Craig, también tendremos al individuo que asesinó a su esposa. Esto es lo que creemos.

—¿Y si se equivocan? —objetó Expósito.

Su cólera había desaparecido. Tenía las manos dentro de los bolsillos de la chaqueta forrada de lana y escrutaba el rostro del detective en busca de cierta seguridad.

—Si nos equivocamos volveremos a empezar. Desde el principio —replicó Hawes, deseando que no estuvieran equivocados.

La llamada de Jerry Mandel, el guardia de seguridad esquiador, llegó justo cuando Carella y Hawes se disponían a irse a casa. Por entonces, habían sostenido una conferencia infructuosa con el teniente Byrnes, quien se negó rotundamente a aumentar el número de hombres asignados al caso en Navidad, y les aconsejó que efectuasen los interrogatorios puerta a puerta en Harborview ellos solos, aunque no terminasen hasta el día de San Serenín, cuando quiera que fuera. Les comunicó, además, que había recibido una llamada del abogado de un tal Warren Expósito, el cual afirmaba

que el asesinato de Gregory Craig gozaba de preferencia sobre el asesinato de la esposa de su cliente, que si algunos individuos no empezaban a menear el trasero, tendrían noticias de un amigo del leguleyo que trabajaba en la oficina del fiscal de distrito de la ciudad. Byrnes les recordó a los dos detectives que en tan perfecta ciudad, el asesinato era tal vez el gran nivelador y que, sin tener en cuenta la raza, la religión, el sexo ni la ocupación, un cadáver debía ser tratado exactamente igual que otro cadáver…, afirmación que tanto Carella como Hawes aceptaron sólo á medias.

Acto seguido, recibieron los informes de las autopsias de Gregory Craig y Marian Expósito, mas aquellos párrafos médicos apenas les dijeron nada que no supieran. Se habrían sentido preocupados de no saber que las respectivas causas de la muerte eran una serie de heridas en el caso de Gregory Craig, y una sola en el de Marian Expósito. A los forenses no se les remunera para que efectúen adivinanzas, por lo que en los dos informes no se leía la más leve insinuación respecto a que el mismo instrumento podía ser el utilizado en las dos muertes. Los informes decían, eso sí, que Gregory Craig bebió bastante antes de su muerte, ya que el índice de concentración alcohólica de su cerebro era del 16 por ciento, y que los miligramos de alcohol etílico por mililitro de sangre eran 2,3. El análisis cerebral indicaba que Craig había alcanzado la fase de intoxicación comparativa en que el efecto fisiológico es de «poco cuidado propio».

El análisis de sangre señalaba que Craig estaba «claramente embriagado». Los dos detectives tomaron nota para preguntarle al Espectro (ya la llamaban de esta forma) si Craig bebía habitualmente cuando trabajaba. Carella recordaba los dos vasos al lado de la botella de whisky del salón y se preguntó si era el asesino quien los había limpiado. La lista de artículos hallados en el dormitorio no incluía ni una botella de whisky ni un vaso.

La llamada de Jerry Mandel se produjo a las 6,20 de la tarde. Carella estaba sacando su Especial 38 del cajón archivador de su mesa y se disponía a metérsela en el cinto, cuando sonó el teléfono. Lo arrancó casi del soporte y consultó el reloj de pared. Llevaba trabajando en el caso desde las ocho de la mañana y ya no podía hacer nada más, a menos que empezara a llamar a las sesenta puertas de Harborview, cosa que no quería hacer hasta el día

siguiente.

—Carella, del Distrito Ochenta y Siete —se anunció.

—¿Podría hablar con el detective que se ocupa de los crímenes de Harborview? —preguntó una voz.

—Soy yo.

—Aquí, Jerry Mandel. Oí por radio lo ocurrido…

—Sí, señor Mandel —dijo Carella al instante.

—Sí, oí que habían matado al señor Craig, de modo que llamé al edificio para averiguar lo ocurrido. Hablé con Jimmy Karlson, el del turno de las seis a medianoche, y él me dijo que ustedes deseaban localizarme. Bien, aquí estoy.

—Le agradezco su llamada, señor Mandel. ¿Estuvo trabajando desde mediodía hasta las seis, ayer, señor Mandel?

—Sí, en efecto.

—¿Se presentó alguien preguntando por el señor Craig?

—Sí.

—¿Recuerda quién era?

—Un hombre llamado Daniel Corbett.

—¿A qué hora sucedió esto?

—Hacia las cinco. Empezaba a nevar.

—¿Avisó usted al señor Craig?

—Sí.

—¿Qué dijo el señor Craig?

—Que subiese.

—¿Subió ese Corbett?

—Sí.

—¿Le vio usted subir?

—Sí, le vi entrar en el ascensor.

—¿Hacia las cinco?

—Poco más o menos.

—¿Le vio volver a bajar?

—No, no le vi.

—Usted se marchó a las seis…

—Casi a las seis y cuarto, cuando me relevó Karlson. Jimmy Karlson.

—Y ese individuo, Daniel Corbett, no bajó estando usted de servicio, ¿es así?

—No, señor, no bajó.

—¿Puede decirme cuál era su aspecto?

—Sí, era joven, alrededor de los treinta años, con cabello negro y ojos castaños.

—¿Cómo vestía?

—Llevaba un abrigo negro, marrón o negro, no me acuerdo con exactitud. No vi si llevaba traje o chaqueta deportiva debajo del abrigo. Lo que sí vi fue una bufanda amarilla al cuello. También llevaba una cartera de mano.

—¿Iba con sombrero?

—Sin sombrero.

—¿Guantes?

—No me acuerdo.

—¿Sabe cómo se escribe el nombre?

—No se lo pregunté. Dijo Daniel Corbett, y este fue el nombre que le di por teléfono al señor Craig.

—Y el señor Craig dijo que podía subir, ¿es eso?

—Estas fueron sus mismas palabras.

—¿Dónde se hospeda usted, por si le necesitamos?

—En el albergue de Los Tres Robles, en Mount Semanee.

—Muchas gracias, me ha ayudado usted mucho.

—Apreciaba al señor Craig —fue la respuesta de Mandel, y colgó.

Carella dejó el aparato en su horquilla y se volvió hacia Hawes sonriendo.

—Empezamos a tener suerte, Cotton —dijo.

Su suerte terminó casi al instante.

No había ningún Daniel Corbett en las cinco guías telefónicas de la ciudad. Por si acaso, Hillary Scott conocía el nombre, la llamaron al apartamento, mas no les sorprendió que el teléfono no contestase. No hay muchas personas que pasen una noche en un apartamento en el que se ha cometido un asesinato. Llamaron a la oficina parapsicología y una voz femenina les comunicó que todo el mundo se había marchado a casa, que ella era solamente la mujer de la limpieza. Buscaron en la guía de Isola un nuevo posible número de Hillary Scott. No hallaron ninguno. Examinaron la lista de los sesenta y cuatro Scott del listín, esperando que uno de ellos estuviese relacionado con la Espectro. Llamaron a todos los números. Nadie tenía la menor idea de quién era Hillary Scott.

Tendrían que esperar al día siguiente.

3

Hillary Scott llamó a casa de Carella a las ocho y media de la mañana del sábado. El detective todavía estaba en la cama. Se apoyó en un codo y levantó el auricular del teléfono de la mesilla de noche.

—Hola…

—¿Quería hablar conmigo?

—Sí.

—Lo presentí —afirmó Hillary—. ¿De qué se trata?

—¿Cómo obtuvo mi número telefónico? —preguntó a su vez Carella.

—Por el listín.

Gracias a Dios, pensó él. De haber Hillary conseguido el número gracias a algún espíritu, habría creído ya cualquier dislate parapsicològico. En realidad, ya resultaba un poco fantástico hablar con ella por teléfono, imaginándola mientras hablaba, conjurando la duplicada imagen de su propia esposa, que yacía a su lado con los brazos en torno a la almohada y el cabello negro esparcido sobre la misma. Teddy Carella era sordomuda, por lo que no oyó la llamada ni la conversación de su marido con la joven que tanto se le parecía. Carella se preguntó con brusquedad que si…, si Teddy tuviese voz, sonaría como la de Hillary Scott.

—Me llamó al apartamento, ¿verdad? —inquirió ella.

—Sí.

—Ahora estoy en él. He venido a recoger unas ropas. El fluido era más fuerte en torno al teléfono.

—Sí, claro… —se amoscó Carella—. ¿Puede decirme dónde vive ahora, por si la necesitamos?

—Puede llamarme a casa de mi hermana —fue la respuesta—. Se llama Denise Scott. El número es Gardner 4-7706. Será mejor que lo anote, pues no está en la guía.

Carella ya lo había anotado.

—¿Y la dirección?

—Treinta y uno diecisiete de Laster Drive. ¿Qué es lo que quería, detective Carella?

—El guardia de seguridad que, normalmente tiene el turno desde mediodía hasta las seis de la tarde, en Harborview, llamó ayer por la tarde. Se trata de un tal Jerry…

—Jerry Mandel, sí.

—Sí. Dijo que el señor Craig tuvo un visitante hacia las cinco de la tarde del día en que lo mataron. Un tal Daniel Corbett. ¿Significa algo ese nombre para usted?

La línea se quedó muda.

—¿Señorita Scott…?

—Sí. Daniel Corbett fue el editor de *Sombras*.

—Jerry Mandel lo describió como un hombre joven, de pelo negro y ojos pardos.

—Sí.

—Señorita Scott, cuando ayer estuvimos en el apartamento…

—Sí, sé lo que va a decir. El espíritu que le describí.

—Usted dijo un hombre joven. Cabello negro y ojos pardos —Carella calló un instante—. ¿Tenía alguna razón para…?

—El fluido era más fuerte en el escritorio.

—Aparte del fluido…

—Sólo el fluido.

—¿Pero conoce a Daniel Corbett?

—Sí, le conozco.

—¿Es joven, en realidad?

—Treinta y dos.

—¿Con cabello negro y ojos pardos?

—Sí.

—¿Dónde puedo encontrarle, señorita Scott?

—En la Harlow House.

—¿Dónde se halla eso?

—És el nombre de la editora. Harlow House. Está en Jefferson y Lloyd.

—Hoy es sábado. ¿Sabe su número de teléfono particular?

—Creo que Greg lo tenía en su agenda.

—¿Está usted en el dormitorio?

—No, en el salón.

—¿Podría entrar en el dormitorio, por favor, y buscar ese número?

—Sí, claro. Pero no fue a Daniel Corbett al que presentí ayer. No fue a Daniel en absoluto.

—Aunque así sea…

—Sí, aguarde un momento, por favor.

Aguardó. A su lado, Teddy dio media vuelta, se estremeció y al final se sentó en la cama. Llevaba un camisón color crema que Carella le había regalado en su cumpleaños. Teddy se desperezó y le sonrió, le besó en la mejilla, saltó de la cama y cruzó el dormitorio hacia el cuarto de baño. Sin bragas. Las dos medias lunas de sus nalgas parecían atisbar por debajo del borde de encaje del breve camisón. Carella la vio atravesar la estancia, olvidando por un instante que era su mujer.

—¿Hola…? —sonó la voz de Hillary.

—Sí, estoy aquí.

La puerta del cuarto de baño se cerró. Carella prestó toda su atención a la médium que estaba al teléfono.

—Tengo dos números de Corbett —continuó Hillary—. Uno de Isola y el otro de Gracelands, al norte del Estado. Posee una casita allí para los fines de semana.

—Deme los dos, por favor —en el cuarto de baño se oía el ruido de la cisterna y del grifo del lavabo. Carella anotó ambos números —. Gracias, señorita Scott. Estaré en contacto con usted.

—Repito que no fue Daniel —afirmó ella.

Colgó.

Teddy salió del cuarto de baño. Tenía el cabello alborotado todavía, la cara pálida sin maquillaje, pero sus ojos eran claros y chispeantes; Carella la contempló mientras se aproximaba a la cama y quizá por enésima vez dio gracias a la fenomenal suerte que la había hecho entrar en su vida más años atrás de lo que deseaba recordar. Ya no era la jovencita que conociera entonces, ni poseía ya a su edad el esbelto cuerpo de una chica de veintidós años como Hillary Scott, mas sus senos aún eran firmes, sus piernas largas y bien torneadas. Teddy vigilaba su peso como un halcón a su presa.

Mimosamente se tendió a su lado mientras él marcaba el primero de los dos números telefónicos. La mano de Teddy se escondió bajo la manta.

—¿Sí…? —inquirió una voz masculina.

—¿El señor Corbett?

—¿Sí…?

La voz sonó algo enojada. Carella comprendió que apenas eran las nueve de un sábado por la mañana, el sábado del gran fin de semana de Navidad, nada menos. Por debajo de las ropas de la cama, mano de Teddy se paseaba con gran familiaridad.

—Lamento molestarle tan temprano —se excusó el detective—. Soy Carella, del Distrito Ochenta y Siete. Estoy investigando el asesinato de Gregory Craig.

—¡Oh!, sí —asintió Corbett.

—Pensé que tal vez podríamos vernos esta mañana, más tarde —añadió Carella—. Deseo formularle ciertas preguntas.

—Sí, claro.

Carella consultó el despertador.

—¿Le parece bien a las diez?

A su lado, Teddy leía en sus labios y sacudió la cabeza.

—Mejor a las once —rectificó Carella—. Será más conveniente para usted.

—Sí, a las once será mejor hora —concedió Corbett.

—¿Puede darme sus señas, por favor?

Corbett se las dio. Mientras Carella las anotaba, la mano de Teddy se tornó más insistente.

—Le visitaré a las once —prometió el detective—. Muchas gracias.

Colgó y se volvió hacia su esposa.

—Antes he de llamar a Cotton —murmuró.

Teddy elevó los ojos hacia el techo.

—Sólo tardaré un instante.

Ella le dejó libre con la misma rapidez con que lo había apresado, y lanzando un suspiro descansó la cabeza en la almohada, con las manos cruzadas en la nuca, las ropas de la cama bajadas hasta sus muslos y el camisón dejando vislumbrar al desgaire el triángulo negro por debajo del borde del encaje.

—Cotton —dijo Carella por el teléfono—, estoy citado con

Daniel Corbett a las once. Vive en el Quarter. ¿Nos reuniremos allí?

—¿Cómo lo has encontrado? —quiso saber Hawes.

—Me llamó la Espectro.

—¿Por las buenas?

—Por el fluido. Anota las señas, ¿quieres? —las leyó—. A las once.

—Hasta luego —se despidió Hawes, colgando.

Carella dejó ciudadosamente el receptor en su horquilla y volvióse hacia Teddy. Todavía tenía las manos en la nuca y su cara mostraba una expresión de fastidio.

—De acuerdo —sonrió Carella.

Ella se incorporó de repente. Sus manos se agitaron en el aire. Carella estudió los dedos, leyendo las palabras que formaban y volvió a sonreír.

—¿Cómo dices…, que tienes dolor de cabeza?

Teddy movió de nuevo las manos fluidamente.

«Siempre tengo dolor de cabeza cuando la gente está demasiado tiempo hablando por teléfono», dijeron los dedos.

—Ahora ya he terminado —protestó Carella.

Teddy se encogió de hombros, airadamente.

—Bueno, ¿qué dices?

Ella volvió a realizar el mismo gesto.

—¿No quieres jugar un poco? —preguntó Carella, sonriendo.

Los ojos de Teddy se entrecerraron como los de las vampiresas del antiguo cine mudo. Luego, se humedeció los labios con la lengua. Se bajó una cinta de la hombrera del camisón y dejó al descubierto uno de sus pechos. Volvió a mover las manos.

«Quiero jugar mucho, muchacho».

Se mojó otra vez los labios y cayó ávidamente en los brazos de su marido.

El Quarter, aquel sábado anterior a la Navidad, estaba muy concurrido con los compradores de último minuto, que se apretujaban en las aceras e invadían las tiendas en busca de unas gangas que nunca encontraban. En cierta época, no muchos años atrás, cuando aquel sector de la ciudad era conocido como el Quarter de los artistas, era posible hallar allí cuadros o esculturas

de primera clase, objetos de plata y oro de artesanía, piezas de piel no inferiores a las de Florencia, magníficos libros y reproducciones de arte, blusas y camisas cosidas a mano en México, tallas de madera y jade, alfarería y plantas exóticas…, todo a precios razonables. Aquellos días desaparecieron para siempre. No era posible ya alquilar una buhardilla y morirse en ella de hambre. Tampoco se podía hallar algo de calidad a menos de pagarlo a precios exorbitantes. El nombre de la zona había cambiado, incluso en aquellos años, y con ello desapareció el rasgo más característico del barrio. El Quarter ya no era más que otra atracción para turistas en la ciudad, que tendía sus trampas como cualquier buscador de pieles. Sin embargo, los compradores seguían acudiendo allí, esperando siempre hallar algo que no podían adquirir en las elegantes tiendas de la Hall Avenue.

Como en todas las demás partes de la ciudad, los faroles estaban adornados con adornos navideños y guirnaldas de pino o acebo. Los escaparates, pintados con nubes de pintura blanca que simulaba la escarcha. Detrás de sus cristales, montañas de algodón adornados con lentejuelas azules intentaban evocar los prados cubiertos de nieve. Los enormes árboles de las plazas que todavía quedaban en la zona, estaban repletos de bombillas que brillaban débilmente bajo la poderosa luz matinal. Sin embargo, el cielo volvía a oscurecerse y la nieve medio fundida de las alcantarillas era del color eterno de la ciudad: gris sucio. Habían barrido parcialmente las aceras y calzadas para limpiarlas de nieve, mas pese a ello quedaban sitios muy a propósito para pegar patinazos. Nada, no obstante, disuadía a los ávidos compradores de última hora, que avanzaban impertérritos como el salmón al remontar un río para aparearse en aguas heladas.

Daniel Corbett vivía en uno de los hotelitos que aún quedaban en la zona. Una verja de hierro forjado encerraba un pequeño patio enlosado con pizarra, que conducía a la puerta principal de la vivienda situada en un callejón, oculto desde la calle, por una hilera de pinos australianos. La puerta mostraba un color naranja muy vivo, y tenía un poderoso aldabón de bronce. De haberse hallado la puerta más cerca de la calle, antes de diez minutos habrían robado el aldabón. Aun así, Carella decidió que Corbett corría un gran riesgo al tenerlo allí, como en muda invitación. Lo levantó y lo dejó

caer dos veces. Hawes le miró.

—Sabe que venimos, ¿verdad?

Se abrió la puerta.

Daniel Corbett era un hombre joven y bien parecido, de cabello negro y ojos pardos, con una nariz aguileña como sacada de La historia del auge y caída del imperio romano, una boca extraída de El filo de la navaja, y una mandíbula digna de Brighton, parque de atracciones. Vestía, además, un batín rojo con cuello negro de terciopelo, al estilo de Grandes esperanzas. Era un individuo absolutamente literario.

—¿El señor Corbett? —preguntó Carella.

—¿Sí…?

—Somos los detectives Carella y Hawes —anunció el primero, enseñando la insignia.

—Sí, pasen, por favor —les invitó Corbett, haciéndose a un lado.

Lo que Corbett prometía en su persona lo demostraba en su cascarón. El vestíbulo, forrado de madera, daba a una biblioteca llena de estanterías que soportaban el peso de las publicaciones de una editorial durante diez años o más. Los libros, encuadernados en todos los colores del prisma, añadían una nota festiva a la madera de nogal de las paredes. Los libros, encuadernados en piel, aportaban una nota de permanencia. En el hogar ardía un buen fuego, con llamas que danzaban en amarillos, rojos y azules, fuego indudablemente debido a unos leños impregnados de una sustancia química. En un rincón de la estancia se elevaba un árbol de Navidad, adornado con delicadas piezas alemanas de artesanía y luces en miniatura fabricadas en Hong Kong. Corbett se dirigió al lugar donde había dejado una pipa humeante junto a un cenicero, que estaba situado cerca de una poltrona de cuero.

—Tomen asiento, por favor —dijo, cogiendo la pipa y aspirando el humo.

Carella buscó a su alrededor al doctor Watson, mas no logró descubrirlo.

Se sentó en una de las butacas tapizadas que se enfrentaban con la poltrona. Casi estuvo a punto de llamar pidiendo una jarra de cerveza. Ansiaba quitarse los zapatos y ponerse sus zapatillas de

paño. También anhelaba devorar un ganso navideño. Hubiese querido estar ya en el día después de Navidad. Hawes se sentó en la butaca próxima a la de Carella. Corbett, en su calidad de amo de la casa, lo hizo en la poltrona y volvió a aspirar el humo de su pipa.

—¿Y bien…?

—Y bien, señor Corbett —empezó Carella—, iré directamente al grano. El jueves por la tarde, hacia las cinco, unas dos horas antes de ser hallado el cadáver del señor Craig, un hombre llamado Daniel Corbett entró en el complejo Harborview y le dio su nombre al…

—¿Cómo? —se sobresaltó Corbett, dejando casi caer la pipa.

—Sí, le dio su nombre al guardia de seguridad del vestíbulo. El guardia telefoneó arriba y el señor Craig respondió que el señor Corbett podía subir. El guardia describió al señor Corbett…

—¿Daniel Corbett?

—…como un individuo joven de cabello negro y ojos pardos.

—¡Increíble! —exclamó Corbett.

—Hum… —gruñó Carella—. Veamos, ¿dónde estaba usted el jueves a las cinco de la tarde?

—En la oficina.

—¿En Harlow House?

—En Harlow House.

—¿Había alguien más con usted?

—Todo el personal de la casa. Estábamos celebrando nuestra anual fiesta de Navidad.

—¿A qué hora empezó la fiesta, señor Corbett? —intervino Hawes.

—A las tres.

—¿Y cuándo terminó?

—Hacia las siete y media.

—¿Estuvo usted presente todo el tiempo?

—Exacto.

—¿Con alguien en particular o con todo el personal?

—Pasé algún tiempo con personas que pueden atestiguar mi presencia allí.

—¿Qué personas son esas? —quiso saber Carella—. ¿Puede darnos sus nombres?

—Pues…, hay una en particular.

—¿Quién?

—Una de nuestras colaboradoras en libros juveniles, llamada Priscilla Lambeth.

—¿Estaba con ella a las cinco?

—Sí, supongo que a las cinco.

—¿Y corroborará su historia?

—Bueno…, no estoy seguro de que desee hacerlo.

—¿Por qué?

—Es casada.

—¿Y eso…?

—Quizá no quiera admitir que estuvo en una…, ejem…, una posición comprometedora.

—¿Era muy comprometedora la posición? —quiso precisar Hawes.

—Hicimos el amor en el sofá de su despacho —confesó Corbett.

—¡Oh…! —murmuró Hawes.

—¿A las cinco? —insistió Carella.

—A las cinco…, y otra vez a las seis.

—¿Sabe su número de teléfono?

—¿No intentarán llamarla? —se asustó Corbett.

—Podemos visitarla…

—La verdad, caballeros…

—Señor Corbett: el jueves asesinaron a uno de sus autores, y un hombre que encaja con su descripción y dio su nombre estuvo en aquel lugar unas dos horas antes de ser hallado el cadáver. Esto es grave, señor Corbett. No queremos destruir matrimonios felices, pero a menos que la señora Lambeth pueda confirmar que usted estaba con ella a las cinco, en lugar de estar subiendo en el ascensor de Harborview, hacia el apartamento de Craig…

—Su número es Higley 7-8021.

—¿Puedo llamar desde aquí?

—Sí, claro —asintió Corbett, indicando un aparato telefónico colocado en un rincón de las estanterías.

Carella levanto el auricular marcó el número que acababa de darle Corbett y esperó. El editor le contemplaba intensamente con el rostro muy pálido. Al quinto timbrazo respondió una voz de

mujer.

—¿Diga…? —era una voz débil, apenas audible, muy apropiada para una editora de libros juveniles.

—¿La señora Lambeth? —indagó Carella.

—Sí…

—Aquí el detective Carella. Estoy investigando el asesinato de Gregory Craig. Desearía conversar unos instantes con usted en privado. ¿Está sola?

—Sí.

—Estamos en casa de Daniel Corbett…

—¡Oh…!

—Su jefe…

—¡Oh…!

—Y nos ha dicho que usted puede confirmar dónde estaba él a las cinco de la tarde del jueves.

—¡Oh…!

—¿Puede hacerlo?

—Yo…, supongo que sí —vaciló la mujer—. ¿Dónde les ha dicho que estaba?

—¿Dónde dice usted que él estaba, señora Lambeth?

—En…, en mi despacho.

—¿A las cinco?

—Bueno, hacia las cuatro y media, más bien. Es difícil recordarlo con exactitud.

—Ustedes estaban en su despacho a las cuatro y media, ¿es así?

—Sí, hacia las cuatro y media.

—¿Cuánto tiempo permanecieron allí?

—Hasta las seis y media. ¿Es esto lo que él les ha contado?

—Sí, eso mismo.

—¿Les ha hablado de nuestro encuentro…, en mi despacho?

—Pues…, sí —reconoció Carella.

—Está bien —la mujer lanzó un suspiro de alivio—. ¿Algo más?

—Por ahora, nada más.

—Oh… —ella vaciló de nuevo—. ¿Quiere decir que volverá a llamar?

—Es posible.

—Le agradecería que la próxima vez llamase a mi despacho. A mi esposo no le gusta que haya embrollos en casa.

«Naturalmente», pensó Carella. Mas no dijo nada.

—El número de mi despacho es Carrier 2-8100, extensión cuarenta y dos.

—Gracias.

—Por favor, no vuelva a llamar aquí —suplicó ella.

Colgó.

—¿Y bien…? —inquirió Corbett.

—Sí, está bien —concedió Carella—. Entonces, ¿quién supone que estuvo en Harborview usando su nombre?

—No tengo la menor idea.

—¿Sabe mucha gente que usted era el editor de Craig?

—Sí, dentro de la profesión.

—¿Y fuera de ella?

—La verdad, no creo que lo sepa mucha gente.

—¿Se ha escrito en alguna revista o periódico que usted era el editor de Craig?

—Pues sí, ahora que usted lo dice. Hubo un artículo sobre Craig en la revista People. Allí me mencionaban y había una foto de los dos juntos.

—Entonces, es posible que alguien que no pertenezca a la profesión…

—Sí, es posible.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce a Priscilla Lambeth? —inquirió de pronto Hawes.

—No mucho.

—¿Cuánto?

—Es nueva en la empresa.

—¿Desde cuándo?

—Desde el otoño.

—¿Y desde entonces sostiene relaciones íntimas con ella?

—¡Eh, oigan! —se indignó Corbett, adoptando de pronto un aire ofendido—. ¿Qué es lo que se traen entre manos?

—Señor Corbett, en realidad, solamente tenemos la palabra de la señora Lambeth de que estuvo usted con ella el jueves, a las cinco de la tarde. Si se trata de unas relaciones antiguas…

—No, en absoluto.

—¿Fue el jueves la primera vez? —intervino Hawes.

—La verdad, esto es muy embarazoso —comentó Corbett.

—También para nosotros. ¿Fue esa la primera vez?

—No.

—¿Ya había estado con ella?

—Sí.

—¿Muy a menudo?

—La cosa empezó el mes pasado —confesó finalmente Corbett, suspirando.

—¿Cuántas veces más… desde entonces?

—Dos o tres.

—¿Nada más?

—Nada más. No es nada serio, si eso es lo que sugiere. Priscilla no está obligada a confirmar mi coartada. Ni la necesito. No estuve en las cercanías del apartamento de Craig el jueves por la tarde. Estuve, exactamente, donde he dicho: en el despacho de Priscilla, en el sofá de Priscilla.

—¿No era un poco arriesgado?

—No hay nada arriesgado en una fiesta navideña.

—O sea, que se trata de una especie de flirteo casual, ¿eh? —preguntó Hawes.

—Si quiere llamarlo así…

—¿Pues cómo lo calificaría usted, señor Corbett?

—Sí, una cosa casual.

—¿Cómo eran sus relaciones con Craig? —interrogó Carella.

—Profesionales.

—¿Qué significa esto?

—Significa que me envió una obra, me gustó y recomendé su compra. La corregimos juntos y la Harlow lo publicó.

—¿Cuándo fue esto?

—La obra se publicó hace año y medio. Estaba en nuestro catálogo de verano.

—¿Cuándo recibió el manuscrito?

—Unos diez meses antes.

—¿Por medio de un agente?

—Craig no tenía agente. Llegó recomendado a un jefe de sección que ya no está con nosotros. Yo reconocí el nombre al instante, claro, ya que había leído un par de novelas suyas en la universidad.

—¡Pero ésta no era una novela!

—Exacto. Un cambio de estilo. Muy distinto a todo lo que había

escrito antes. Me gustó al momento.

—Dijo que la había corregido junto a él…

—No necesitamos mucho tiempo. Lo normal: fallos de memoria, unos ojos azules en la página doce, verdes en la treinta… Algunos cortes sin importancia, pero en su mayor parte estaba muy bien. Ojalá todos los libros estuvieran igual.

—¿Y éstas fueron todas sus relaciones?

—No, Craig trabajaba en otro libro cuando…, cuando murió. Intercambiamos alguna correspondencia al efecto, y muchas, muchas llamadas telefónicas. Craig pasaba por momento difíciles.

—¿Encuentros personales?

—Varios almuerzos, sí.

—¿La última vez…?

—¡Oh!, hace dos semanas.

—¿Le dijo que tenía dificultades con el libro nuevo?

—Sí. Por esto nos vimos.

—¿Qué le aconsejó usted?

—¿Qué puede aconsejar un editor? Ya había sufrido algo semejante entre su última novela y *Sombras*. Le dije que esto también pasaría.

—¿Le creyó?

—Pareció creerme.

—Señor Corbett —continuó Carella tras una breve pausa—, en la máquina de escribir de Craig había una cuartilla, y creo que… Oh, yo no soy editor y no entiendo de esas cosas, pero me pareció el principio de un libro. En realidad, el primer párrafo.

—No, no lo creo —opinó Corbett, moviendo negativamente la cabeza.

—No me acuerdo con exactitud; sin embargo, estoy seguro de que había escrito algo referente a entrar en una casa por primera vez y…

—Ah, sí. Greg compilaba un historial de casos individuales, respecto a hechos supuestamente sobrenaturales.

—¿Supuestamente?

—Bueno, ya sabe… —sonrió Corbett por primera vez—. Lo que usted vio en la máquina de escribir puede ser el comienzo de un capítulo del libro.

—¿Cuánto tiempo llevaba trabajando en él?

—Casi un año.
—¿Cuántos capítulos tenía?
—Cuatro.
—¿En un año?
—Ya le dije que tenía dificultades. Lo corregía todo una y otra vez. No quedaba tal como quería. Créame, es difícil superar a *Sombras*. Greg no estaba tan familiarizado con la redacción de una obra de ensayo como con las novelas. No pisaba el terreno con tanta firmeza, si comprende a qué me refiero. Ni siquiera *Sombras* le resultó fácil.
—¿Se lo dijo a usted?
—No hubo necesidad. Craig era una masa humana de inseguridad.
—¿No dijo si estaba inquieto por alguna otra cosa?
—No.
—¿No habló de amenazas por carta o teléfono?
—No.
—¿Llamadas de chiflados…?
—No hay ningún escritor de la tierra que no reciba esa clase de llamadas.
—¿Mencionó alguna?
—Específicamente no. Mas sé que el mes pasado hizo que le cambiaran el número de su teléfono, por lo que supongo que tal era el caso.
—Bien, gracias —concluyó Carella—. Señor Corbett, es posible que tengamos que volver a ponernos en contacto con usted…
—No salga de la ciudad, ¿eh? —sonrió Corbett—. En mis primeros tiempos como editor publiqué historias de detectives.
—No era esto lo que iba a decir —protestó Carella.
—¿Qué era, entonces?
—Iba a decir… —vaciló Carella—. Sí, eso es lo que iba a decir.

Ya en la calle mientras se dirigían al lugar donde Carella tenía el coche estacionado, Hawes comentó:
—No era eso lo que ibas a decir, ¿verdad?
—Sí, era eso.
—¿Que no salga de la ciudad?

—Poco más o menos.

Empezaba a nevar otra vez. Cuando llegaron al coche, Carella abrió la portezuela del lado de la acera y luego dio la vuelta hacia el asiento del conductor. Hawes se inclinó para levantar el botón del seguro. Carella se instaló detrás del volante, levantó el visor con la inscripción DETECTIVE DE SERVICIO y puso en marcha el motor. Permanecieron sentados aguardando que el calefactor enviase algunas oleadas de calor.

—¿Qué te parece? —quiso saber Hawes.

—Me parece que tendré que interrogar a algunos otros empleados de la Harlow.

No me gusta que sea solamente esa fulana la que pruebe la coartada de Corbett.

—Tienes razón pero, por otro lado, es una mujer casada que hacía el amor en su despacho, de modo que no es probable que mienta.

—A menos que el asunto sea algo más que un flirteo ocasional, como él afirma, en cuyo caso podría mentir para protegerle.

—Tal vez —asintió Hawes—. Sin embargo, Steve, a mí me ha sonado como a algo casual.

—¿Por qué?

—Si no es un asunto casual, nadie confiesa haber estado acostado con otra persona. Al menos lo dirá con más eufemismo, tratándolo como una cosa sentimental o íntima. Pero Corbett lo ha expresado con bastante crudeza. Sí, es algo casual, Steve. Cree en lo que te digo: es algo casual.

—De acuerdo, es algo casual.

—Además, si fue él quien subió para matar a Craig, ¿por qué darle su nombre al guardia de seguridad? ¿Por qué no le dijo que pertenecía al personal del Time, el Newsweek o el Saturday Review? ¿Por qué dio su nombre?

—Para que Craig lo dejara subir.

—¿Y para que el guardia de seguridad lo recordase más tarde? No tiene sentido.

—Quizá no subió con el propósito específico de matar a Craig. Quizá sostuvieron una discusión…

—El asesino llevaba el cuchillo encima —le recordó Hawes.

—Sí —asintió Carella.

—¿Entonces…?

—Entonces, ¿qué diablos sabemos? —rezongó Carella, limpiando el vaho del parabrisas con su mano enguantada. Reflexionó unos segundos. El limpiaparabrisas iba haciendo caer los copos de nieve. De repente, el detective añadió—: Está bien, he aquí lo que opino. Que debemos llamar a Jerry Mandel a Mount Semanee y decirle que ha de regresar inmediatamente. Deseo poner a Corbett en la fila. Mientras tanto, como estamos muy cerca del palacio de justicia, podríamos tratar de obtener un mandamiento para registrar su apartamento. Del de Craig robaron más de ochenta y tres mil dólares en objetos de valor, y resulta casi imposible deshacerse rápidamente de ellos, especialmente si se trata de un editor poco familiarizado con los peristas. ¿Qué dices?

—Digo que tengo hambre.

Estacionaron el coche delante de un restaurante chino de la calle Cowper, y a continuación se dirigieron al Palacio de Justicia de la High Street. El juez del Tribunal Supremo al que presentaron su petición escrita se mostró poco amigo de conceder el mandamiento solamente sobre la base de una conversación telefónica con un guardia de seguridad, pero Carella puntualizó que existía cierto motivo razonable para creer que alguien que dijo llamarse Daniel Corbett estuvo en la escena del crimen a la hora en que se cometió, y que el elemento tiempo era esencial para localizar las joyas robadas, antes de que fuesen vendidas. La discusión por ambas partes duró quince minutos. Al final, el juez dijo con gravedad:

—Oficial, no estoy de acuerdo en que exista un motivo razonable para llevar a cabo un registro. De conceder yo esta orden, lo haría más adelante, cuando se vea la causa. Solicitud denegada.

Carella fue gruñendo mientras bajaban 112 en el ascensor y también en la calle. Hawes comentó que una de las cosas más agradables de vivir en una democracia era la perfecta protección de los derechos ciudadanos.

—También de los derechos de los criminales —masculló Carella.

Igualmente fracasaron con Jerry Mandel. Cuando llamaron al albergue de los Tres Robles, en Mount Semanee, les informaron que Mandel se había marchado aquella mañana, para buscar en otra parte unas condiciones mejores para su deporte favorito. Carella contestó que si Mandel deseaba nieve en abundancia debería

regresar velozmente a la ciudad. Las calles tenían unos quince centímetros de nieve y continuaba cayendo.

—Envíennos unos cuantos kilos —respondió el conserje del albergue—. Nos vendrían muy bien.

Carella lanzó un bufido y colgó.

4

La primera de las llamadas efectuadas por chiflados se produjo a las dos y media de aquella tarde, demostrando a satisfacción de Carella que no solamente las recibían todos los escritores de la tierra, sino también los policías. La comunicante era una mujer que dijo llamarse señorita Betty Aldershot, y vivía en el 782 de la Jackson Street, justo frente al complejo de Harborview. Añadió que, exactamente a las siete menos veinticinco minutos de la tarde del jueves, estaba mirando por su ventana cuando vio a un hombre y una mujer que luchaban entre la nieve. Carella no se dio cuenta, al principio, de que se trataba de una llamada fantástica, por lo que abrió el cuaderno sobre su mesa y empuñó un bolígrafo.

—Sí, la escucho, señorita Aldershot. ¿Puede describir al hombre?

—Era Supermán.

—¿Supermán?

—Sí. Llevaba un traje azul y una capa roja.

—Ya… —sonrió Carella.

—Exhibió un pene enorme y se lo insertó a la pobre mujer.

—Ya.

—Un pene de supermán —agregó ella.

—Hum… Bien, señorita Aldershot, muchas gracias por…

—Después, huyó. Huyó volando.

—Muy bien…

—Por encima de las casas, con el pene todavía…

—Sí, sí, entiendo. Bueno, muchas gracias.

—Ah, jamás lo cogerán —exclamó la mujer, dejando oír una risa que parecía un cacareo—. Vuela más de prisa que un obús.

Acto seguido se cortó la comunicación.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió Meyer Meyer desde su mesa.

Tenía puesto el sombrero que no se quitaba nunca, un tirolés a

cuadros que le ocultaba la calvicie y le hacía sentirse como un Sherlock Holmes. Los muchachos de la Comisaría estuvieron especulando, la semana anterior, si también llevaría puesto el sombrero en la cama. Hal Willis sugirió que la esposa de Meyer, Sarah, disfrutaba siendo violada por individuos calvos con sombreros tiroleses. Bert Kling añadió: sombreros tiroleses y ligas negras. Nada más. Sólo el sombrero tirolés y las ligas negras Y una potente erección, agregó Hawes. Muy divertido, comentó Meyer.

—Era la madre de Supermán —explicó Carella.

—¿Sí? ¿Qué tal está?

—Magnífica. Estaba intentando comunicar con Danny Gimp. ¿Acaso ha cambiado su número?

—Que yo sepa, no —respuso Meyer—. Oye, ¿qué vamos a hacer el lunes?

—Espero tener resuelto este caso mañana por la noche —replicó Carella.

—Seguro, tú y Supermán. En serio. Si proyectas interrogar a toda la ciudad, déjame celebrar la Chanukah.

—Concédeme hasta medianoche —pidió Carella, volviendo a marcar el número de Danny Gimp.

Sin respuesta. No le gustaba tratar con Fats Donner, pero había más de ochenta y tres mil dólares dando vueltas por la ciudad y una suma tan importante no podía pasar inadvertida en el hampa. Marcó el número de la casa de Donner y escuchó la llamada del otro extremo.

—Donner —murmuró una voz.

—Fats, soy el detective Carella.

—Ah. ¿Cómo está? —preguntó Donner—. ¿Qué ocurre?

Su voz era untuosa y aceitosa; a Carella le evocó la visión del individuo montañoso y fofo que era el informador favorito de Hal Willis… aunque solamente lo era porque Willis sabía tantas cosas de Donner que hubiera podido enviarle a la cárcel por más de veinte años. Fats Donner, sentía una marcada inclinación por las jovencitas, obsesión seductora que le colocaba constantemente sobre la tenue capa de hielo que separa lo legal de lo penado por la justicia. Carella vio mentalmente los dedos gordezuelos que sostenían el aparato telefónico, imaginándose aquellos mismos dedos acariciando los senos turgentes de una chica de trece años.

Donner le daba asco, pero un asesinato todavía le asqueaba más.

—Objetos por valor de más de ochenta y tres mil dólares fueron robados el jueves por la tarde durante la perpetración de un homicidio —explicó Carella—. ¿Sabes algo de este asunto?

Donner silbó por lo bajo. O tal vez sólo fuese un bufido.

—¿Qué clase de objetos? —preguntó.

—Muy variados. Te leeré la lista dentro de un momento. Mientras tanto, ¿ha habido algún rumor por ahí?

—No he oído nada —afirmó Donner—. ¿El jueves por la tarde?

—El veintiuno.

—Estamos a sábado… Tal vez ya lo han colocado.

—Tal vez.

—Procuraré enterarme de algo —prometió Donner, añadiendo —. Claro que esto costará algo…

—Puedes discutir el precio con Willis —le interrumpió Carella.

—Willis es un roñoso. Estamos en Navidad. He de comprar regalos. Ah, soy humano al fin y al cabo. Usted me pide que salga en medio de la nevada y escuche los rumores cuando debería quedarme en casa adornando el árbol.

—¿Para todas tus chiquitas? —se burló Carella.

Se produjo un largo silencio.

—De acuerdo, discutiré el precio con Willis. Sin embargó, quiero algo, aunque no obtenga buenos resultados. Estamos en Navidad.

—Discútelo con Willis —repitió Carella.

Acto seguido le leyó la lista de lo robado.

—Entre esto hay un montón de basura —comentó Donner—. Veré qué puedo hacer —añadió, y colgó.

Carella volvió a marcar el número de Danny Gimp. Sin respuesta. Pensó llamar a «Gaucho» Palacios, pero sabía que un asunto tan importante como éste no llegaría a oídos del vaquero sudamericano. El reloj de la sala marcaba las tres menos diez minutos. Carella no sabía qué más podía hacer. Era imposible poner a Corbett en una línea de identificación hasta que Mandel regresara a la ciudad el día siguiente de Navidad. Tampoco podía conseguir un mandamiento para registrar el apartamento del editor en busca de las joyas robadas, ni podía saber si ya estaban vendidas hasta

que Donner le llamase… si es que lo hacía. Recorrió el pasillo hasta las oficinas y le pidió a Miscolo que fotocopiase la lista de las joyas para distribuirla entre los prestamistas de la ciudad, aunque sabía que al día siguiente y el lunes estarían cerradas todas las tiendas, lo que alargaba el asunto hasta el martes, y entonces Mandel ya habría regresado. De nuevo en su escritorio, marcó el número del albergue de los Tres Robles en Mount Semanee, pidiendo después hablar con el conserje. Continuaba nevando. Al otro lado de la sala, Cotton Hawes efectuaba una tabla de horarios para los asesinatos del jueves por la tarde. Carella esperó unos momentos.

—¿Diga? —sonó una voz femenina.

—Hola, aquí el detective Carella del Distrito Ochenta y Siete de Isola —se presentó él—. No hace mucho hablé con un empleado del albergue, el cual me dijo que Jerry Mandel se marchó por la mañana…

—¿Sí…?

—La persona con la que hablé no tenía la menor idea del lugar adonde se dirigía el señor Mandel. Me pregunto si…

—Tampoco yo tengo la menor idea —le atajó la mujer.

—¿Quién es usted, por favor?

—La señora Carmody, la encargada.

—Señora Carmody, ¿ha habido por ahí alguna nevada importante en los últimos días?

—Por aquí, no. Sin embargo, creo que nieva en la ciudad…

—Sí, en estos instantes, realmente.

—Bueno, espero que la nieve llegue hasta aquí.

—Oiga, ¿dónde podría estar nevando ahora mismo, cerca de ahí?

—¿Quiere decir cerca de Semanee?

—Exacto. Si el señor Mandel se marchó en busca de nieve abundante, ¿dónde puede encontrarla?

—No antes de llegar a Vermont.

—¿Vermont?

—Sí. En Mount Snow las condiciones para esquiar son excelentes, lo mismo que en Bromley, Stratton, Sugarbush y Stowe, según los últimos comunicados. Aquí, en 114 cambio, la falta de nieve nos trae de cabeza, igual que en Massachusetts. Sí, es posible que el señor Mandel se haya ido a Vermont.

—¿A qué parte de Vermont? ¿Cuál es la estación más próxima a Semanee?

—Mount Snow.

—¿Es una zona muy frecuentada? ¿Hay muchos moteles allí?

—Bromea usted ¿verdad? —rió la señora Carmody—. ¿Acaso piensa seguirle el rastro al señor Mandel?

—Pues lo había pensado —admitió Carella.

—Si empieza a llamar a todos los hoteles de Mount Snow en este mismo instante no llegará a ver a Santa Claus bajando por la chimenea —volvió a reír ella, seguramente pensó Carella, por su propio chiste.

—¿Sería posible conseguir una lista completa de todos esos hoteles, moteles, albergues y demás?

—¿Lo dice en serio?

—Sí, señora Carmody. Estamos investigando un asesinato y…

—Bueno, puede llamar al Departamento de Alojamientos de Mount Snow. Tal vez puedan ayudarle.

—Muchas gracias.

Carella colocó el receptor en su horquilla.

Hawes se acercó a su mesa con la tabla de horarios que acababa de pasar a máquina.

—Creo que no he olvidado nada —dijo, entregando la hoja de papel a Carella.

TABLA DE HORARIOS
ASESINATOS CRAIG Y EXPOSITO
JUEVES, 21 DICIEMBRE

5 tarde.—Individuo que afirma ser Daniel Corbett llega a Harborview y sube en el ascensor después de ser anunciado a Craig por el guardia de seguridad Mandel.

6,15 horas.—El individuo no ha salido del edificio cuando Karlson releva a Mandel en la puerta.

6,40 horas.—Un hombre desconocido llama a Urgencias 911 manifestando que hay una mujer herida en la acera, delante del 781 de la calle Jackson.

6,43 horas.—El coche Adam Once responde a la llamada;

más tarde se identifica a la mujer como Marian Expósito, blanca, de treinta y dos años de edad.

7,10 horas.—Llamada a Urgencias 911 efectuada por Hillary Scott comunicando un asesinato en el apartamento 304 del ~81 de la Jackson Street.

7,14 horas.—Los detectives ya en la escena del asesinato de la Expósito contestan a la llamada. Víctima: Gregory Craig, blanco, cincuenta y cuatro años de edad.

—Está muy bien —asintió Carella.

—No nos dice gran cosa, ¿verdad? —se desoló Hawes.

—No mucho —reconoció Carella—, pero no está de más tener aclarados los momentos más significativos del caso.

Cogió el teléfono, marcó la centralita y pidió Información de Vermont. La telefonista le indicó que podía marcarlo directamente; a pesar de ello él dijo que era un detective que investigaba un homicidio, por lo que le agradecería que ella lo marcase para él.

—Oh, le pido mil disculpas —repuso la joven sarcásticamente.

Acto seguido, no obstante, efectuó la conexión. La Información de Vermont le dio a Carella el número del Departamento de Alojamientos de Mount Snow, el detective marcó dicho número directamente, y una agradable voz femenina le manifestó que existían cincuenta y seis hoteles, moteles, albergues y posadas archivados en el Departamento, todos dentro de un radio de treinta kilómetros en torno a Mount Snow. Mencionó de paso que el Departamento no tenía en sus archivos los albergues con menos de cuatro habitaciones, albergues que abundaban en el distrito. Después, preguntó si el detective deseaba que le leyese toda la lista, junto con la capacidad de cada establecimiento.

Carella reflexionó unos instantes.

—No, no importa, gracias —decidió al fin.

Colgó el aparato.

La segunda llamada falsa, o eso pareció al principio, se produjo exactamente veinte minutos después de la primera. Carella levantó el receptor y dijo:

—Aquí, detective Carella, del Distrito Ochenta y Siete.

—Tiene algo que ver con agua —articuló una voz femenina.

—¿Cómo?

—Con agua —repitió la voz.

De repente, la reconoció.

—¿Señorita Scott?

—Sí. El asesinato está relacionado con agua. ¿Podría verle esta tarde? Usted es la fuente.

—¿A qué se refiere?

—Todavía no estoy segura. Pero usted es la fuente. Necesito hablar con usted.

Carella recordó lo que la hija de Gregory Craig le había dicho el día anterior: «Se ahogó. Dijeron que fue un accidente». Agua…

—¿Dónde está usted? —inquirió.

—En casa de mi hermana.

—Nos veremos allí.

Cuando ella le abrió la puerta llevaba una bata corta anudada sobre unos pantis o unas medias de nylon. No llevaba maquillaje, ni carmín en los labios, ni colorete, ni pintura de ojos. Se parecía a Teddy más que nunca.

—Lo siento —murmuró ella al instante—. Me estaba vistiendo cuando llamó mi hermana. Entre.

El apartamento estaba en el sector Stewart City de Isola. Stewart City no era en realidad una ciudad ni siquiera un distrito, sino una serie de edificios de apartamentos que miraban al río Dix en la parte sur de la ciudad. Si alguien se ufanaba de vivir en Stewart City también podía ufanarse de unos ingresos elevados, de un chalet en Sands Spit y de un Mercedes en el garaje de su casa. El individuo en cuestión podía dar sus señas con orgullo y lo que se llama hoy día «snobismo». Había pocas zonas en la ciudad, o lo que es igual, en el mundo, donde se pudiese hacer lo mismo. El apartamento de la hermana de Hillary, tal como correspondía a su situación, estaba decorado con lujo, aunque sin ostentación; a Carella le hizo el efecto de incomodidad. El helado árbol navideño, con su frialdad artificial, en un rincón de la estancia, acabó de fastidiarle. Estaba acostumbrado al aire hogareño del Ochenta y Siete, donde los árboles de Navidad eran auténticos y las alfombras (al revés que el césped que crecía en este apartamento) estaban raídas más que

desgastadas.

—Señorita Scott —comenzó al entrar—. Usted, por teléfono…

—¿Todavía está nevando? —le interrumpió ella.

—Sí.

—Oh, tenía que llegar a las cinco a un cóctel en el centro… ¿Hallaré algún taxi?

—Circulan algunos.

—¿Le preparo una bebida? —preguntó la joven—. Y a propósito, ¿qué hora es?

—Las cuatro.

—No es demasiado temprano para echar un trago, ¿verdad?

—Yo no bebo —respondió Carella.

—Claro, está de servicio. ¿Puedo tomar uno?

—Naturalmente.

La muchacha fue hacia un armarito situado en la pared opuesta al árbol y al abrir sus puertecillas descubrió una colección impresionante de botellas. Se sirvió, generosamente, de una de ellas, metió en el vaso dos cubitos de hielo y se volvió hacia él.

—¡Felices navidades! —brindó.

—Salud —correspondió Carella.

—Siéntese —le invitó ella—. Por favor.

Su sonrisa era tan parecida a la de Teddy que el detective se sintió desorientado por unos segundos. La joven del apartamento hubiese debido estar en su casa de Riverhead. Hubiese debido hablarle del duro día de trabajo que él había tenido, solicitando simpatía por la labor de un policía como él; por su parte, además, hubiera debido prepararle a ella un whisky con soda y encenderle el fuego de la chimenea. Y en cambio, aquí estaban para hablar de agua.

—Bien —preguntó— ¿qué hay del agua?

Ella le miró fijamente y al final contestó:

—Gracias, lo prefiero con hielo solo.

Carella miró a la joven muy intrigado. La muchacha estaba sentada ante él, con la bata algo levantada sobre sus piernas cruzadas. Ante aquella mirada, ella bajó un poco la bata.

—¿Seguro que no quiere un trago? —le preguntó.

—Seguro.

—Bueno, ella quizá tarde un poco…

—Lo siento, pero no entiendo que…

—Mi hermana. Hablé con ella hace una media hora…

—¿Su hermana…?

—Sí.

—¿Qué tiene ella que ver con…?

—Hillary.

—¿Hillary…? —Carella parpadeó. La joven, tal como había sospechado desde el principio, era una candidata a la camisa de fuerza—. Señorita Scott, lo siento, mas no entiendo qué…

—Mi hermana gemela —aclaró ella.

Carella la miró. La muchacha sonreía por encima del borde de su vaso. El detective tuvo la sensación de que esto lo había hecho muchas veces, disfrutando con ello cada vez.

—Entiendo…

—Soy Denise —confesó ella—. Nos parecemos muchísimo, ¿verdad?

—Sí, mucho —concedió el cautelosamente, sin saber si efectivamente eran dos he manas gemelas o si Hillary se estaba burlando de él—. Dice usted que habló con ella…

—Sí, hace media hora.

—¿Dónde estaba su… ejem… hermana?

—En el despacho. A punto de salir. Claro que con esta nevada…

—Oiga —exclamó Carella de pronto ¿realmente es usted…?

—Denise Scott —confirmó ella—. Sí. ¿Cuál de ambas le parece más bonita?

—No sabría decirlo, señorita Scott.

—Soy yo —murmuró Denise. Sonrió, levantó de repente y se dirigió al armarito de los licores. Carella vio cómo se servía otro vaso—. ¿Seguro que no…? —inquirí la joven, levantando su vaso en señal de invitación.

—Lo siento, no puedo.

—Lástima… —Denise volvió a su asiento y se sentó. Esta vez cruzó las piernas con más desenfado. La bata se levantó u poco más y el detective pudo divisar las ligas sujetas a las medias de nylon. Desvió la mirada.

—Yo también tengo mellizos… —comentó.

—Sí, me lo dijo Hillary.

—Yo no se lo dije.

—Poderes psíquicos, ya sabe —explicó Denise, fingiendo horadarse la sien con el índice.

—¿Y usted…?

—No, no, mis talentos van en otra dirección —sonrió Denise—. ¿No le gusta que vuelvan a llevarse las ligas?

—Pues… no me preocupa mucho esta cuestión —confesó Carella.

—Entonces, piense en ello.

—Señorita Scott —observó Carella—, sé que usted tiene una cita… de manera que si desea vestirse, no me importará aguardar aquí, solo.

—Nunca se me ocurriría dejarle solo —replicó ella.

Súbitamente, se inclinó hacia la mesita para coger un cigarrillo de una cajita. Con el gesto, se entreabrió la bata por su parte superior. No llevaba sostén. Mantuvo la postura un segundo más de lo necesario en busca del cigarrillo, mirando fijamente a Carella y sonriéndole.

—Señorita Scott —agregó él, poniéndose de pie—, volveré dentro de un rato. Cuando llegue su hermana, dígale que…

Oyó el rumor de una llave al girar en una cerradura, a sus espaldas. Se abrió la puerta y en la habitación apareció Hillary Scott. Llevaba un abrigo de piel de mapache abierto sobre una blusa colorada y una falda blanca. Los zapatos oscuros estaban mojados. Dirigió su mirada hacia Denise, todavía inclinada sobre la mesita.

—Ve a vestirte —dijo con voz helada—, o atraparás un resfriado —volvióse a Carella y continuó—. Siento llegar tarde. No había ningún taxi libre —de nuevo miró a su hermana—. ¿Denise…?

—Encantada de haberle conocido —murmuró la joven.

Se enderezó, se ciñó bien la bata en torno a su bien modelado cuerpo y se anudó el cinturón. Carella la vio salir de la habitación. La puerta que supuso era la del dormitorio se cerró detrás de Denise.

—No sabía que éramos tres iguales, ¿verdad? —inquirió Hillary.

—¿Tres?

—Contando a su esposa.

—Usted no conoce a mi mujer —se admiró Carella.

—Pero nos parecemos mucho.

—Hum… sí.

—Usted tiene mellizos.

—Sí.

—La pequeña se parece a su esposa. Nació en abril.

—No, pero así se llama.

—Terry… ¿Terry, no es cierto?

—Teddy.

—Sí, Teddy. ¿Franklin…? ¿Su apellido de soltera era Franklin?

—Sí —Carella miraba a Hillary Scott tremendamente asombrado—. Señorita Scott, por teléfono usted dijo que…

—Sí, lo del agua.

—¿Qué pasa con el agua?

—Tiene que ver algo con agua. ¿Le ha hablado alguien de agua recientemente?

Más allá de la puerta del dormitorio, Carella oyó una radio o un disco que dejaba difundir una música rock.

—¡Denise, baja el volumen! —gritó Hillary, volviéndose impaciente hacia la puerta.

Aguardó un momento, vio que la música continuaba a tope y gritó otra vez: ¡Denise!, justo en el momento en que el clamor se reducía unos decibelios. Coléricamente cogió un cigarrillo de la caja de la mesita, lo encendió y soltó una bocanada de humo.

—Esperaremos a que se vaya —gruñó—. Con ella aquí es imposible alcanzar ningún índice de concentración. ¿Quiere beber algo?

—No, gracias.

—Yo sí tomaré algo.

Fue hacia el armarito y vertió una ración abundante de whisky en un vaso, ración que apuró casi de golpe. Carella recordó de pronto el informe de la autopsia de Craig.

—¿Bebía mucho Craig? —preguntó.

—¿Por qué lo pregunta?

—El resultado de la autopsia indicaba que había bebido antes de su muerte.

—Yo no diría que era un gran bebedor.

—¿Un bebedor… social?

—Dos o tres vasos antes de cenar.

—¿Bebía mientras trabajaba?

—Nunca.

En los diez minutos siguientes, mientras Denise se acicalaba en el dormitorio, Hillary apuró otros dos vasos de whisky, presumiblemente para aumentar sus poderes psíquicos. Carella se preguntó qué diablos estaba haciendo en aquel apartamento: recibir una llamada telefónica de una dama que afirmaba ser «médium», relacionarla estúpidamente con una mujer ahogada en Massachusetts tres años atrás, y esperar mientras el reloj dejaba avanzar las manecillas lentamente, y la nieve iba cayendo, a medida que el contenido de una botella de whisky bajaba con suma regularidad. Sin embargo, la dama conocía el nombre de su esposa sin habérselo dicho, sabía que él tenía dos hijos mellizos, y había estado a punto de acertar el nombre de Abril. Carella, ni por un momento, creía que Hillary pudiese leer en los cerebros, mas sí estaba seguro de que existían seres con poderes extrasensoriales, por lo que no podía descartar la posibilidad de que aquel caso tuviese cierta relación con el agua. La esposa de Gregory Craig se había ahogado tres años antes… y su hija afirmaba que no se trataba de ningún accidente.

Se abrió la puerta del dormitorio Denise Scott lucía un vestido verde cuyo corpiño se abría escandalosamente en el escote y se sostenía precariamente por la cintura, gracias a un broche de diamantes del tamaño de la palma de una mano. El vestido era más corto de lo normal, según la moda, con lo que las piernas parecían más largas y esbeltas. También calzaba unos zapatos verdes de tacón muy alto. Carella les concedió treinta segundos de vida en medio de la nieve. Denise se dirigió al armario del pasillo, sin pronunciar una sola palabra, se quitó los zapatos, se puso un par de botas de piel negra, con cremallera a los costados, cogió un abrigo negro, después un bolso de terciopelo negro de una mesa del mismo pasillo, se puso los zapatos debajo del brazo, abrió la puerta del apartamento y le sonrió a Carella.

—Otra vez será, amigo.

Salió sin decirle adiós a Hillary.

—¡Zorra! —murmuró Hillary, sirviéndose otro vaso.

—Tómeselo con calma… —le aconsejó Carella.

—Intentó quitarme a Greg —se quejó Hillary—. Fue al apartamento una tarde, mientras yo estaba trabajando, y le gastó la broma de las mellizas. La encontré en la cama con él, completamente desnuda.

Sacudió la cabeza con tristeza y tomó un sorbo de whisky.

—¿Cuándo ocurrió esto? —indagó Carella rápidamente.

Hillary acababa de ofrecerle el mejor motivo para un asesinato. En la ciudad, las estadísticas de homicidios cambiaban con tanta frecuencia como los policías de ropa interior, pero volvía a imponerse la moda de los «crímenes pasionales» que tan en boga estuvieron años atrás. Los maridos mataban a las esposas y viceversa, los amantes cortaban a hachazos la cabeza de sus rivales, los hijos eliminaban a sus madres y hermanas. Asesinatos que podrían calificarse de «familiares». Hillary Scott había hallado a su amante en la cama con su hermana.

—¿Cuándo? —insistió.

—¿Cuándo… qué?

—¿Cuándo los halló juntos?

—Hace cosa de un mes.

—¿En noviembre?

—En noviembre.

—¿Qué ocurrió?

—Es una zorra ninfomaníaca —masculló Hillary.

—¿Qué ocurrió? ¿Qué hizo usted?

—Le dije a mi hermana que si volvía a acercarse al apartamento… —movió la cabeza con pesar y repugnancia—. Ah, mi propia hermana… Dijo que era una broma, que deseaba ver si Greg sabía distinguirnos una de otra.

—¿Y lo supo?

—Greg afirmó que creyó que era yo. Aseguró que Denise lo había engañado por completo.

—¿Y usted qué cree?

—Que él la reconoció.

—¡Pero usted vive ahora con ella!

—¿Cómo?

—Convive con ella. Después de lo sucedido.

—Hacía varias semanas que no nos hablábamos. Luego, ella me

llamó un día deshecha en llanto… Bah, es mi hermana. Estamos más unidas que nadie en el mundo. Somos mellizas. ¿Qué podía hacer en esta situación?

Carella lo comprendía perfectamente. A pesar de sus constantes disputas, sus hijos eran inseparables. Escuchar sus conversaciones era como oír a una persona hablando consigo misma. Cuando los dos se ponían a fantasear era imposible observar ninguna interrupción en su diálogo, que fluía sin pausa alguna. Carella había leído en cierta ocasión que los mellizos formaban una banda en miniatura, y al instante había entendido la alusión del escritor. Una vez, riñó a Mark por romper un jarrón costoso y lo castigó enviándole a su cuarto. Diez minutos más tarde halló a Abril en su dormitorio. Al decirle que no era ella la castigada, Abril replicó:

—Bueno, pensé que esto ayudaría a Mark a terminar antes su encierro.

Si existe alguna verdad en que la sangre es más espesa que el agua, es mucho más cierto en relación con los mellizos. Hillary encontró a su hermana acostada con Gregory Craig, pero Craig era el extraño y Denise su hermana gemela. Y ahora Craig estaba muerto.

—¿Cómo afectó este hecho a sus relaciones con Craig —quiso saber Carella.

—Confié menos en él. No obstante, seguí queriéndole. Cuando se quiere a una persona, siempre se perdona una falta… incluso dos.

Carella asintió. Sí, Hillary decía la verdad, si bien se preguntó al mismo tiempo qué sentiría él de hallar a Teddy en cama con su hermano gemelo, si lo tuviese… o simplemente un hermano, que tampoco tenía.

—¿Qué es eso del agua? —inquirió—. Usted dijo por teléfono…

—Alguien mencionó el agua, ¿no es verdad?

—Sí, en efecto.

—Alguien le habló de agua. Y de morder.

«Sí, se ahogó en el Bight, a unos tres kilómetros del sitio donde mi padre había alquilado su famosa casa encantada».

Estas habían sido las palabras de Abigail Craig.

—¿Cómo? —se desconcertó Carella.

—Morder —repitió Hillary.

—Sí, ya… ¿y eso qué significa?

—Deme sus manos.

El detective presentó sus manos a la joven. Se hallaban a medio metro uno del otro. Ella le tomó las manos y cerró los ojos.

—Alguien que nada —susurró—. Una mujer. Una cinta. Muy fuerte. La siento pulsar en sus manos. Una cinta. No, la pierdo —exclamó con brusquedad, abriendo los ojos—. ¡Concéntrese! ¡Usted es la fuente! —le apretó un poco más las manos y volvió a bajar los párpados—. Sí —la afirmación surgió como un siseo. Hillary respiraba afanosamente y sus manos temblaban en las de Carella—. Ahogada. Cinta. Ahogada, ahogada —repitió.

De pronto, le soltó las manos, echó los brazos al cuello del detective, siempre con los ojos cerrados, y cruzó los dedos en la nuca de aquél. Carella trató de dar un paso atrás, pero los sensuales labios femeninos encontraron los suyos y la boca se apretó en la de Carella como tratando de aspirar su aliento. Resoplando, Hillary mordió el labio inferior del detective y él la apartó inmediatamente. Hillary continuó con los ojos cerrados, todo su cuerpo convertido en un puro temblor. No parecía enterada ya de la presencia del hombre. De repente, empezó a balancearse y a hablar con una voz muy distinta a la suya, una voz hueca, sepulcral, que parecía surgir de las profundidades de un pantano, retumbando en medio de la niebla y el viento, tan helado como una tumba.

—Robaste —murmuró—. Lo sé, lo oí, robaste; lo sé, repito que robaste, robaste, robaste…

La voz perdió fuerza. La habitación quedó en silencio, un silencio roto solamente por el tictac del reloj de pared. Hillary continuó balanceándose, con los ojos aún cerrados, si bien no temblaba ya. Finalmente, cesó también el balanceo y permaneció inmóvil varios segundos. Abrió después los ojos y pareció sorprendida de ver al detective.

—Necesito… descansar —jadeó—. Váyase, por favor.

Le dejó solo en la habitación. La puerta del dormitorio se cerró tras ella. Carella contempló unos instantes aquella puerta cerrada. Luego, se puso el abrigo y abandonó el apartamento.

La casa de Carella en Riverheal era un caserón excesivamente grande, que adquirieron por cuatro perras, o mejor dicho, por

algunas más, poco después de nacer los mellizos. El padre de Teddy les había presentado una enfermera profesional mientras la joven madre se recuperaba de los trastornos del parto, y Fanny Knowles había decidido quedarse con la familia indefinidamente por un sueldo no muy elevado, afirmando que estaba harta de cuidar ancianos todos los días. Sin ella, no habrían podido jamás vivir en aquel caserón… ni ocuparse de los mellizos como era debido. Fanny era una «cincuentona», según decía ella, de cabello todavía grisáceo, llevaba quevedos, pesaba ochenta kilos y gobernaba la casa de Carella con la misma obstinación irlandesa que los capataces de los obreros debieron desplegar cuando los inmigrantes horadaron el subsuelo de la ciudad a principios de siglo al construir el «metro».

Fue Fanny la que se negó resueltamente a admitir en la casa a un perdiguero extraviado que Carella adoptó cuando investigaba las muertes de un ciego y su esposa. Fanny alegó simplemente que ya tenía bastante que hacer en la casa sin tener que cuidar de un chucho tan grande.

—¡No quiero mierda de hombres ni de bestias! —concluyó, gráficamente.

Esta expresión la oyeron los mellizos cuando estaban aprendiendo a hablar y Mark la usaba ahora con más frecuencia que Abril. La forma de expresarse de ambos mellizos, con gran consternación por parte de Carella, se parecía más a la de Fanny que a la de los demás. Naturalmente, era la única voz que oían cuando su padre no estaba en casa.

Al abrir la puerta intuyó que no había nadie en casa. Había tardado hora y media en efectuar el trayecto desde Stewart City a Riverhead en medio de la tempestad que imposibilitaba el paso por las calles. Normalmente, habría tardado cuarenta minutos. Le resultó imposible conseguir que el coche ascendiese por el sendero de grava del jardín, y al cabo de seis intentos lo dejó estacionado junto a la acera, detrás del auto de la señora Henderson, la vecina de la casa contigua, parcialmente cubierto de nieve. Antes de entrar, pateó fuertemente para quitarse la nieve helada de sus zapatos. La casa permanecía en silencio. Encendió la luz del vestíbulo, colgó el abrigo en el perchero situado detrás de la puerta y gritó:

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa?

No obtuvo respuesta.

El reloj de pared, también regalo del padre de Teddy, dio la media. Las seis treinta. Sabía que Teddy y Fanny habían llevado a los niños a ver a Santa Claus, cosa que hubiese debido hacer él, mas ya debían haber vuelto a casa, incluso a pesar de la nevada. Encendió la lámpara de pie que estaba cerca del piano, y la adquirida en Tiffany, colocada sobre la mesita de centro. Se dirigió a la cocina. Sacó una bandeja de cubitos de hielo del congelador, volvió al salón y se preparó una bebida en el bar del rincón. En aquel momento sonó el teléfono. Al instante, lo tuvo aplicado a su oído.

—¿Sí…?

—Steve, soy Fanny.

—Sí, Fanny. ¿Dónde están?

—Atascados en el centro, cerca de Coopersmith. Es imposible coger un taxi. Bueno, no se ve ninguno. Queríamos tomar un tren hasta la estación de Gladiola… pero no sé si podremos cruzar desde aquí.

—¿Y el metro?

—El tren está más cerca, si logramos llegar. Tal vez tardemos un poco. Llamaré tan pronto sepa qué vamos a hacer.

—¿Qué tal Santa Claus?

—Un viejo repugnante con una barba postiza. Prepárese un trago.

Fanny terminó la comunicación.

Carella dejó el receptor y volvió al bar, maravillándose del poder psíquico del ama de llaves. Todavía sentía en los labios el boca a boca inducido por el trance de Hillary. No había besado a otra mujer desde que se casó con Teddy. Tampoco ahora le parecía haber besado a nadie. Lo ocurrido en el saloncito del apartamento de Denise Scott carecía de toda sexualidad a causa de la ferocidad puesta en el beso por Hillary. Lo mismo podía haberse llevado a la boca la losa de un nigromante. Carella se había asustado en vez de excitarse, temiendo que realmente ella poseyese un poder que absorbiese su alma de su cuerpo y lo dejase convertido en una masa

pulposa sobre la alfombra. Pensó contárselo todo a Teddy tan pronto llegara a casa. Ignoraba qué diría ella, mientras se servía un martini muy seco y dejaba caer dos aceitunas dentro del vaso. Estaba encendiendo las lucecitas del árbol de Navidad cuando sonó de nuevo el teléfono.

—Steve, soy yo —dijo Fanny desde el otro extremo de la línea —. Esto es inútil. Tendremos que quedarnos en un hotel.

—¿Dónde están ahora?

—En Waverly y Dome. Hemos venido andando desde Coopersmith. Los chicos están helados, ya que no llevan más que los chaquetones sobre la ropa de calle.

—¿Waverly y Dome? Prueben en el Waverly Plaza, no está lejos. Llámeme cuando se hayan instalado.

—De acuerdo.

—No me moveré del lado del teléfono.

—¿Todavía no ha bebido nada?

—Sí, Fanny.

—Estupendo. Es lo primero que haré cuando hallemos un maldito sitio donde pasar la noche.

—Llámeme.

—Lo haré —prometió Fanny antes de colgar.

Carella se aproximó a la chimenea, rompió el periódico del día anterior, el que llevaba la nota necrológica de Gregory Craig, en varios pedazos y los arrojó al hogar. Apiló cuidadosamente la leña menuda encima, añadió tres troncos y encendió una cerilla.

Iba por el segundo martini cuando volvió a sonar el teléfono. Era Fanny, que manifestó que tenían dos habitaciones en el Waverly, aunque no las habrían conseguido si ella no se hubiese puesto pesada, insistiendo en que aquellos pobres niños y aquella joven que temblaban eran los hijos y la esposa del detective Stephen Carella, del Distrito Ochenta y Siete. Carella jamás se había considerado famoso, mas por lo visto ser detective en Isola había logrado, al menos, un par de habitaciones para los suyos aquella noche.

—¿Desea dar las buenas noches a los niños? —añadió Fanny.

—Sí, que se pongan.

Oyó cómo llamaba a sus hijos a través de lo que obviamente era la puerta de comunicación de ambas habitaciones. Abril fue la

primera en hablar.

—Papá, Mark no me deja ver mi programa preferido —se quejó.

—Dile que te deje ver tu programa durante una hora, y que después él contemple el suyo.

—En mi vida había visto tanta nieve —exclamó la pequeña—. No pasaremos el día de Navidad en el hotel, ¿verdad?

—No, querida. Dile a Mark que se ponga.

—Un momento. Te quiero, papaíto.

—Yo también te quiero a ti.

Esperó mirando al techo.

—Hola —era Mark.

—Deja que tu hermana vea una hora la televisión, y luego pon tú lo que más te guste. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo.

—¿Todo va bien?

—Fanny ha pedido un manhattan doble al servicio.

—¡Bravo! ¿Y mamá?

—Se está tomando un whisky. Casi nos congelamos, papá.

—Dile que le mando muchos besos. Llamaré mañana por la mañana. ¿Qué número es el de vuestras habitaciones?

—Seiscientos tres y seiscientos cuatro.

—Está bien, hijo. Que durmáis bien.

—¡Oh, todavía no nos vamos a la cama! —protestó Mark.

—Cuando os acostéis, claro.

—Sí, papá.

Carella colgó el teléfono. Apuró su bebida, fue a la cocina donde hizo unos «perros calientes» con judías hervidas, calentó una lata de col fermentada y se lo comió todo en un plato de papel, delante del fuego, con la ayuda de una botella de cerveza. Después, limpió la cocina y a las nueve y media estaba en cama. Era la primera vez que dormía solo en aquel caserón. No podía apartar de su pensamiento lo ocurrido aquella tarde con Hillary Scott.

«Alguien que nada. Una mujer. Una cinta. Ahogada. Ahogada. Una cinta. Robaste, lo sé, lo oí. Robaste…».

Todavía le dolía el labio.

5

No sabía si cambiar o no su servicio con el de Meyer. No deseaba privarle de su fiesta, pero al mismo tiempo estaba seguro de que el interrogatorio de puerta en puerta a los inquilinos de Harborview resultaría inútil, ya que la mayoría de ellos se hallarían celebrando la Navidad/Chanukah con sus parientes en otras zonas de la ciudad. Decidió ir ese mismo día a Harborview, por lo que la primera llamada desde su casa fue para Meyer.

Sarah contestó al teléfono. Dijo que su marido estaba en la ducha y le pidió que volviese a llamar, o mejor aún, que Meyer llamaría cuando terminase sus abluciones. Carella respondió que al menos estaría media hora más en casa. De pronto, se preguntó cómo iHa a trabajar esta mañana. El coche continuaba junto a la acera, bajo siete toneladas de nieve. Colgó y llamó a casa de Hawes.

—Cotton, quiero ir hoy a ese edificio.

—De acuerdo —accedió Hawes.

—Hay doce pisos, con cinco apartamentos en cada uno. Si nos los repartimos, tocamos a treinta apartamentos por barba. Con un promedio de quince minutos en cada uno, tardaremos unas ocho horas.

—Sí, más o menos —asintió Hawes, cuyo fuerte no eran las matemáticas.

—Puedes dirigirte allí cuando quieras —añadió Carella—. Yo saldré de casa dentro de una hora, aproximadamente.

—De acuerdo.

—¿Deseas empezar por arriba o por abajo?

—Mi padre decía que siempre hay que empezar por arriba.

—Estupendo. Yo empezaré por abajo. A la una descansaremos para almorzar. Nos reuniremos en el vestíbulo.

—Hasta luego —se despidió Hawes.

Carella se estaba duchando cuando oyó el timbre del teléfono.

Cerró el grifo del agua, cogió una toalla, pasó al dormitorio y cogió el aparato al sexto timbrazo. Era Meyer.

—Estaba duchándome —explicó Carella.

—Hemos de dejar de encontrarnos en la ducha —rió Meyer—. Los chicos murmurarían.

—Te he llamado por lo de mañana.

—Sí. ¿Qué has decidido?

—Iré hoy a interrogar a esa gente.

—Está bien.

—Lo siento, Meyer.

—Escucha, tú no mataste a esas personas —exclamó el judío—. ¿Te gusta la nieve? ¿Será bastante blanca la Navidad para ti? ¿Cómo piensas ir al centro?

—En metro, supongo.

—Como los pobres —volvió a reír Meyer—. Oye, no te preocupes por lo de mañana, ¿de acuerdo? Este fue el trato.

El interrogatorio puerta a puerta del 781 de la calle Jackson les costó a Carella y Hawes menos de lo imaginado. Carella llegó al Harborview poco después de las diez, a la media hora de haber empezado Hawes por el piso superior. Almorzaron a la una según lo proyectado, y terminaron hacia las cuatro y media. Se detuvieron a tomar café y buñuelos en una cafetería próxima al edificio y compararon sus notas. Más tarde, tardarían varias horas en pasar a máquina un informe conjunto por quintuplicado. Una copia del informe iría a parar a la mesa del teniente Byrnes. Otra a manos del capitán Frick, que estaba al mando de la Comisaría. La tercera copia era para los de Homicidios, y las dos restantes quedarían archivadas, respectivamente, en las carpetas Craig y Expósito. Normalmente, solamente se sacaban cuatro copias, mas éste era un caso doble.

Hasta entonces habían considerado la muerte de Marian Expósito como una simple consecuencia del asesinato de Craig. Sin embargo, ahora empezaban a pensar en ello bajo una luz diferente. Los dos eran policías experimentados y conocían todo lo relativo a los crímenes con cortina de humo. Uno de los primeros casos de Carella, antes de que Hawes ingresara en la brigada, incluso antes

de casarse Carella y Teddy, parecía centrarse en un tipo que odiaba a los policías, el cual los había ido eliminando uno tras otro. No obstante, esto era una pantalla de humo; el criminal deseaba únicamente liquidar a un policía determinado, y los demás crímenes los cometió para ocultar sus verdaderas intenciones. Antes de ser trasladado Hawes al Ochenta y Siete, había investigado un caso en que el asesino le había cortado a la víctima las manos, matando a otras dos personas de la ciudad, a las que también había mutilado de la misma forma. Era un individuo que anhelaba hacerse con el dinero de un seguro, y tuvo que cortar las manos de su verdadera presa porque no quiso que la identificación de las huellas dactilares lo relacionara con él como criminal. Los otros dos asesinatos fueron, pues, pantallas de humo, destinados a inducir a los policías a creer que debían buscar a un loco, una especie de Jack el Destripador.

No habían pensado hasta ahora, por tanto, que el asesinato de Gregory Craig pudiera ser una pantalla de humo para la muerte de Marian Expósito. Todo parecía indicar que el segundo crimen era accidental, cometido cuando el asesino huía del edificio con el cuchillo en la mano tal vez, y al ser visto, ante la posibilidad de una identificación posterior, zasssss, clavó el cuchillo en el corazón de la persona que se oponía a su paso. Sin embargo, ahora empezaban a dudar. Dudaban porque tres vecinos de Harborview habían declarado que el matrimonio de Warren y Marian Expósito se estaba derrumbando por su base.

La pareja que vivía en el apartamento contiguo al de los Expósito, en el 702, uno de los que visitó Hawes, dijo que en dos ocasiones Marian había llamado a la Policía porque su esposo le estaba «pegando». En las dos ocasiones, los de la patrulla habían zanjado lo que la Policía conoce eufemísticamente como «riñas de familia». Pero Marian exhibió durante varias semanas, después de la primera trifulca, los dos ojos morados; y después de la segunda, la nariz rota.

El vecino del apartamento 508, que reconoció a Marian por la poco favorecedora foto tomada en la escena del crimen, le contó a Carella que en cierta ocasión subió en el ascensor junto con el matrimonio Expósito, y que habían empezado a discutir por una trivialidad. Entonces, Warren cogió a su mujer por el brazo y se lo retorció violentamente hacia atrás.

—Creí que iba a rompérselo —dijo el hombre.

Le ofreció un vaso de vino a Carella, que lo rechazó. El hombre aguardaba a su hijo y a su nuera para pasar juntos la festividad. Su esposa había fallecido hacía seis meses, y ésta era la primera Navidad sin ella. Volvió a ofrecerle a Carella un vaso de vino, que también fue rechazado. Estaba de servicio. Sin embargo, se demoró allí más de los quince minutos planeados para cada apartamento, intuyendo la soledad del anciano y deseando que el hijo y la nuera no le defraudaran.

En el apartamento 601, justo debajo del de los Expósito, la inquilina le dijo a Carella que arriba siempre gritaban y chillaban, a veces a las dos o las tres de la madrugada. La mujer estaba envolviendo unos regalos de Navidad en la mesa de la cocina cuando ofreció tal información.

—A veces —continuó, efectuando una gran lazada—, cuando viven niños arriba, una oye ruido y gritos, claro está. Pero los Expósito no tienen hijos. Naturalmente, todos los que vivimos en este edificio sabemos que él la pega…, bueno, le pegaba.

Cogió las tijeras y cortó el extremo de una cinta.

—Por lo visto —comentó después Hawes—, nos las tenemos que ver con un marido violento.

—Eso parece.

—Vino ayer deseando saber qué hacíamos para descubrir al asesino de su esposa —explicó Hawes, moviendo la cabeza con admiración—. Hizo que su abogado llamara al teniente para apretarnos los tornillos. Debe echar en falta el no poder zumbar a su mujer.

—Hay que mirar en los archivos si realmente ella nos llamó dos veces —observó Carella—. ¿Tienes dinero suelto?

Hawes buscó en sus bolsillos y sacó un puñado de monedas. Carella cogió dos y se dirigió a la cabina telefónica, situada junto a la máquina de los cigarrillos. En una de las otras mesas una rubia de unos cuarenta años, que llevaba prendida en el cuello de su abrigo una ramita de acebo, se volvió hacia Hawes y le dedicó una sonrisa. Hawes se la devolvió. Carella estuvo al teléfono el tiempo suficiente para conseguir la información solicitada.

Al salir de la cabina fue hacia la mesa de Hawes.

—Comprobado. La primera llamada tuvo lugar el dieciocho de

agosto, y la segunda el doce de noviembre. Me gustaría interrogar ahora mismo a Expósito. ¿Qué te parece?

—Estoy agotado —replicó Hawes—. Claro que si es nuestro hombre no permitiremos que pase la Navidad en Sudamérica.

A las cinco menos diez llamaban a la puerta del apartamento de los Expósito. El mismo les abrió la puerta, al reconocer a Hawes a través de la mirilla. Sólo llevaba unos pantalones y una camiseta de cuello cerrado. Explicó que se estaba vistiendo para regresar a la funeraria. Estuvo allí parte de la tarde, pero regresó a casa para ducharse y cambiarse de ropa. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos; era evidente que había llorado. Carella recordó la descripción hecha por Hillary del «fantasma» que había asesinado a Gregory Craig. Warren Expósito tenía unos treinta y cuatro años, el cabello negro, muy rizado, y ojos pardos. Naturalmente, en la ciudad vivían muchos hombres con la misma combinación de pelo y pupilas, incluyendo el que se presentó como Daniel Corbett al guardia de seguridad el día de los asesinatos… Además, ¿quién diablos podía creer en «médiums» o fantasmas?

Warren Expósito no era ningún espíritu. Medía un metro ochenta de estatura, o sea, algo más alto que Carella y tanto como Hawes, con un tórax musculoso, gruesos bíceps y poderosos antebrazos. La mujer que viera Carella tendida en la acera tenía una estatura de un metro sesenta, y debía pesar unos sesenta kilos.

«Bello ejemplar, señor Músculos Expósito», pensó Carella, antes de disparar su primera pregunta.

—Señor Expósito, ¿es verdad que en dos ocasiones su esposa llamó a la Policía pidiendo auxilio en una discusión familiar?

—¿Quién le ha dicho eso? —gruñó Expósito—. La gente de este edificio haría M mejor ocupándose de sus propios asuntos. ¿Quién fue? ¿Kruger, el de al lado?

—Los patrulleros que contestaron a ambas llamadas presentaron sendos informes.

—Bueno…, tal vez tuvimos algunas diferencias un par de veces.

—Y su esposa llamó a la Policía, ¿eh?

—Sí, supongo que sí.

—En una de esas «diferencias», usted le puso los dos ojos

morados.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Está en el informe.

—Bueno, discutimos, eso es todo.

—¿Le puso los dos ojos morados?

—Es posible.

—¿Y en la segunda ocasión le rompió la nariz?

—Sí, es posible.

—¿Le retorció con tanta fuerza el brazo que un vecino pensó que iba a rompérselo?

—¡Ya sé quién se lo dijo! —exclamó Warren Expósito—. Fue Di Lucas, el del quinto piso, ¿verdad? Esos malditos entrometidos…

—¿Lo hizo o no lo hizo?

—Supongo que sí. ¿Qué importa eso? ¿Qué intenta demostrar, señor Carella? ¿Intenta decir que yo la maté? ¿Sólo porque discutíamos de cuando en cuando? ¿No discute nunca con su esposa? ¿No está casado?

—Lo estoy —convino Carella.

—¿Y usted y su mujer nunca…?

—Estamos hablando de usted y su esposa, ¿de acuerdo? —le interrumpió Carella.

—¿Dónde estaba usted entre las seis y las siete del jueves por la tarde? —intervino Hawes.

—¡Oigan, si esto ha de convertirse en un tercer grado, quiero llamar a mi abogado! —gritó Expósito.

—No necesita ningún abogado para responder a unas simples preguntas —objetó Hawes.

—Exacto…, a menos que las preguntas sugieran que yo maté a mi mujer.

—Esto únicamente pueden sugerirlo las respuestas.

—¡Quiero llamar a mi abogado!

—Está bien, llámelo —accedió Carella—. Dígale que le estamos formulando unas preguntas que usted se niega a contestar, y añada que tal vez las mismas preguntas obtendrán la debida respuesta ante un gran jurado. Vamos, llámele.

—¿Un gran jurado? ¿Qué diablos…?

—Un gran jurado, sí. Llame a su abogado.

—Voy a llamarlo.

—Claro está. Por el momento, estamos perdiendo el tiempo.

Warren Expósito se dirigió al teléfono y marcó un número. Aguardó unos instantes.

—Joyce —dijo después—, aquí Warren Expósito. ¿Está Jerry? Gracias. —volvió a esperar—. Ah, Jerry, hay dos policías en casa preguntándome dónde estuve el jueves… Me amenazan con un gran jurado… Seguro, un momento —le ofreció el teléfono a Carella—. Quiere hablar con uno de ustedes.

Carella cogió el aparato.

—Diga…

—¿Quién habla? —inquirió la voz del otro extremo.

—Soy el detective Carella, del Distrito Ochenta y Siete. ¿Quién es usted?

—Jerome Lieberman, el abogado del señor Expósito. Afirma que han amenazado a mi cliente con un gran jurado si…

—Nadie ha amenazado a nadie, señor Lieberman. Solamente deseamos hacerle unas preguntas y él ha querido llamar a su abogado. Por eso le ha llamado a usted, y aquí estamos.

—¿Qué es esto de un gran jurado?

—Deseamos saber dónde estaba cuando mataron a su esposa. Su cliente tiene un historial de malos tratos a su esposa…

—Tenga cuidado con lo que dice, señor Carella.

—Sí, señor, tengo cuidado. Desde este apartamento llamaron en dos ocasiones a la Policía. Ya hemos averiguado el motivo. La primera vez, los ojos de la señora Expósito quedaron amoratados por los golpes recibidos. Esto ocurrió el dieciocho de agosto, señor Lieberman. La segunda vez, cuando llegó el agente, la señora Expósito sangraba abundantemente por la nariz, y el policía puso en el informe que la tenía rota. Esto fue el doce de noviembre pasado. Con este historial, es razonable que deseemos saber dónde se hallaba su cliente a la hora en que mataron a su esposa. Si se niega a responder a esta pregunta…

—¿Le han advertido de sus derechos, señor Carella?

—No estamos obligados a ello. Únicamente nos hallamos en los comienzos de la investigación. Su cliente no está bajo custodia.

—¿Piensan ponerle bajo ella?

—¿Por qué motivo, abogado?

—Usted sabrá. Es usted quien tiene todas las respuestas.

—Abogado, dejemos de jugar, ¿eh? Si su cliente no tiene nada que ver con el asesinato de su esposa, no tiene por qué preocuparse. Mas si se niega a contestar, lo citaremos para que comparezca ante un gran jurado, y tal vez entonces accederá a decir dónde estaba a la hora del crimen. Porque si se resiste a decirlo, como bien sabe usted, abogado, quedará detenido por desacato al tribunal. Bien, haremos lo que usted diga, señor Lieberman. Estamos en la víspera de Navidad, y sabe tan bien como yo que no será posible reunir un gran jurado hasta el veintiséis. Claro que si es esto lo que usted desea, nosotros lo haremos con sumo gusto. Si acepta mi consejo…

—¿Es usted abogado, señor Carella?

—No. ¿Lo es usted, señor Lieberman? Solamente deseamos unas respuestas de su cliente. Mi consejo es que usted le recomiende que colabore con nosotros. Este es mi consejo. Libre de gastos.

—Vale una fortuna, gracias —se echó a reír Lieberman—. Dígale que se ponga.

Carella le entregó el teléfono a Expósito.

—Sí… —rezongó el hombre. Escuchó unos instantes—. Hum… ¿Seguro que todo va bien?… De acuerdo, siento haberte molestado de este modo, Jerry… Gracias. ¡Feliz Navidad! —colgó y se volvió hacia Carella—. ¿Cuáles son sus preguntas, señor detective?

—¿Dónde estaba usted la tarde del jueves entre las seis y las siete?

—Viniendo a casa desde mi trabajo.

—¿Dónde trabaja?

—En Techno-Systems, Inc., en Rigby y Franchise.

—¿En qué se ocupa?

—Soy programador de ordenadores.

—¿A qué hora salió de allí el jueves?

—A las cinco treinta.

—¿Cómo vuelve normalmente a casa?

—En metro.

—No debió de tardar más de media hora desde Rigby y Franchise. Si salió del trabajo a las cinco y media…

—Me detuve a tomar una copa.

—¿Dónde?

—En el local de Elmer, justo en la esquina de la fábrica.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Casi una hora.

—O sea, que en realidad no se encaminó hacia casa hasta las seis y media, ¿es así?

—De las seis y media a las siete menos cuarto, sí.

—¿Quién estaba con usted en dicho establecimiento?

—Estuve solo.

—¿Es cliente habitual de allí?

—Entro de vez en cuando.

—¿Dónde suele beber, en una mesa o en la barra?

—En la barra.

—¿Le conoce el camarero?

—Por el nombre, no.

—¿Le conoce allí alguien por su nombre?

—Una de las camareras. No, no trabajaba el jueves.

—¿A qué hora llegó a Harborview?

—Alrededor de las siete y media. Los metros iban con gran lentitud.

—¿Qué hizo cuando llegó?

—Esto estaba lleno de policías. Le pregunté a Jimmy qué pasaba… Me dijo que habían asesinado a mi esposa.

—Al decir Jimmy se refiere a…

—A Jimmy Karlson, el guardia de seguridad.

—¿Qué hizo entonces?

—Intenté averiguar adonde la habían llevado. Por entonces ya habían trasladado el cadáver…, ¿o se dice levantado?

Sí, traté de averiguar dónde estaba. Nadie lo sabía. Subí aquí y llamé a la Policía. Tuve que efectuar seis llamadas antes de obtener alguna información.

—¿Sabía que se había cometido otro crimen en la misma casa?

—Sí, Jimmy me lo dijo.

—¿Le precisó que se trataba de Gregory Craig, del tercer piso?

—Sí.

—¿Conocía al señor Craig?

—No.

—¿No se lo encontró nunca en el ascensor o algo por el estilo?

—De haberle visto no habría sabido quién era.

—¿Qué hizo usted cuando supo dónde estaba el cadáver de su esposa?

—Fui al depósito de cadáveres para efectuar la identificación.

—¿Ante quién?

—No sé quién era. Supongo que uno de los forenses.

—¿A qué hora ocurrió esto?

—Alrededor de las nueve. Dijeron que…, que podría disponer del cadáver el viernes a mediodía. De modo que volví aquí, llamé a la funeraria y dispuse todo lo conveniente para…, para que fuesen a recogerla.

—Señor Expósito —dijo Carella, tras aclararse la garganta—, tendremos que comprobar si realmente estuvo tomando una copa en ese bar de Elmer. Nos serviría de gran ayuda poder enseñarle un retrato suyo al camarero. ¿Tiene alguno reciente?

—Creo que sí —asintió Expósito. Estaba a punto de salir de la habitación cuando dio media vuelta y agregó—: ¡No la maté! Teníamos nuestras diferencias, pero no la maté.

No llegaron al bar de Elmer hasta las siete.

El bar, siendo víspera de Navidad, estaba lleno de hombres y mujeres que no tenían otro sitio donde ir, que carecían de fuego en la chimenea, que no disponían de un árbol de Navidad, que sólo disfrutaban del dudoso consuelo de la mutua compañía. Estaban alineados a lo largo del mostrador y sentados en los veladores, levantaban sus vasos y sus copas en brindis navideños y contemplaban la televisión, donde podía verse una alegre reunión de familia. Detrás del mostrador había dos camareros. Ninguno de ellos trabajó la tarde del jueves, a la hora en que Expósito afirmaba haber entrado a tomar una copa y estuvo casi una hora. Reconocieron el retrato, mas fueron incapaces de decir si estuvo allí el jueves, puesto que ellos no trabajaron. El camarero que atendía la barra los jueves (añadieron que los días laborables solamente atendía el mostrador un camarero, y dos los festivos y los sábados), era un individuo llamado Terry Brogan, bombero de la ciudad. Consiguieron el número del apartamento de Brogan y el de la Brigada de Bomberos Número Seis, de uno de los distritos de la ciudad con el índice más elevado de incendios. Desde la cabina del bar llamaron a casa de Brogan sin conseguir respuesta. Acto seguido comunicaron con el cuartelillo de los bomberos, hablando con un capitán llamado Ronnie Grange, quien dijo que Brogan se había llevado a la esposa y los hijos a Virginia para pasar allí la Navidad;

su hermana vivía allí.

—Te diré una cosa, Cotton —masculló Carella al salir del bar.

—¿Qué es?

—¡No dejes que se asesinen jamás antes de Navidad!

Se estrecharon las manos en la acera, deseándose mutuamente unas felices fiestas, y emprendieron la marcha en dirección opuesta, hacia las dos diferentes líneas de metro que les llevaría a sus respectivos hogares.

Empezaba a nevar otra vez.

Carella no llegó a casa hasta las ocho y media. La nieve ponía mil dificultades a la marcha del Metro en sus tramos de superficie, y los trenes pasaban con gran irregularidad. Al llegar ante el caserón de Riverhead, le costó abrirse camino hasta la puerta en medio de la copiosa nevada. En la calle había un mozalbete que estaba encargado de limpiar las aceras cuando nevaba. Le pagaban tres dólares por hora por el trabajo, mas estaba claro que no había barrido en absoluto desde la tempestad del día anterior. La nieve recién caída empezaba a helarse y el aire estaba lleno de cristalitos invisibles. Se limpió los pies delante de la puerta. La guirnalda se hallaba un poco inclinada; la enderezó, abrió y entró en la casa.

Su hogar jamás le había parecido tan acogedor. En la chimenea ardía un crepitante fuego, y el árbol del rincón resplandecía con las bombillitas rojas, amarillas, azules, verdes y blancas que se reflejaban en los adornos colgados. Teddy llevaba una larga bata colorada, con el cabello recogido en la nuca en forma de cola de caballo. Al instante se precipitó hacia él, besándolo antes de que pudiera quitarse el abrigo. Carella se acordó de la tarde anterior; tendría que contarle a Teddy que Hillary Scott estuvo a punto de amputarle el labio inferior.

Se sirvió un martini, y estaba instalado cerca del fuego cuando los mellizos entraron en el salón. Ambos llevaban pijama y batín. Abril se subió a sus rodillas y Mark se sentó a sus pies.

—De manera —sonrió Carella— que finalmente visteis a Santa Claus.

—Oh, sí… —asintió Abril.

—Papá… —empezó Mark.

—Te echamos mucho de menos, ¿sabes? —intercaló Abril rápidamente.

—Yo también te eché mucho de menos, papá.

—Y yo a vosotros, queridos.

—Papá…

—¡No se lo digas! —exclamó al momento la niña.

—Tiene que saberlo más pronto o más tarde… —razonó Mark.

—No, no tenía.

—Se dice «no tiene».

—¡Eso he dicho!

—¡No lo has dicho!

—Bueno, pues no se lo digas.

—Que no me diga ¿qué? —quiso saber Carella.

—Papá —murmuró Mark, evitando la mirada de su padre—, Santa Claus no existe.

—¡Ya se lo has dicho! —se enfadó Abril, mirando a su hermano con rabia.

—No existe, ¿eh? —repitió Carella.

—No, no existe —insistió Mark, devolviéndole a Abril su malévola mirada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque hay cientos de Santa Claus en las calles —afirmó el chico— y nadie es capaz de trasladarse de un sitio a otro tan de prisa.

—Tienen ayudantes —intervino Abril—. ¿No es cierto, papá? Tienen ayudantes.

—No son ayudantes, son gente corriente —objetó Mark.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabéis? —inquirió el padre.

—Pues… —titubeó Abril, aproximándose más al pecho de Carella.

—¿Cuánto?

—Desde el año pasado —confesó la niña con voz muy baja.

—Pues si sabíais que no existe Santa Claus, ¿a qué ese empeño en ir a verle?

—No queríamos herir tus sentimientos —explicó Abril tímidamente, volviendo a mirar a su hermano con enojo—. Ahora, hemos herido tus sentimientos, papá.

—No, no… Estoy muy contento de que me lo hayáis dicho.

—Tú y mamá sois Santa Claus —exclamó Abril resueltamente, abrazando fuertemente a Carella.

—En ese caso será mejor que os vayáis a la cama para que nosotros podamos alimentar al reno.

—¿A qué reno? —preguntó Abril, abriendo mucho los ojos.

—A toda la tropa —repuso Carella—. A Donder, a Blitzen, a Dopey, a Doc…

—¡Oh, eso es de Blancanieves! —rió Abril.

—¿De veras? —sonrió su padre—. Vamos, es hora de acostarse. Mañana será un día muy atareado.

Los acompañó a sus respectivas habitaciones, los arropó bien en la cama y los besó, deseándoles una buena noche.

—Papá… —le llamó Mark, cuando salía ya del cuarto del niño.

—¿Sí, hijo…?

—¿Te he herido los sentimientos?

—No.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

—Porque…, ¿sabes?, me pareció preferible esto que mentir.

—Siempre es preferible decir la verdad —Carella se inclinó para acariciar el cabello de su hijo, casi a punto de llorar sin saber por qué—. Feliz Navidad, hijo mío —murmuró.

Se apartó de la cama y apagó la luz.

Teddy salió de la cocina con una bandeja de pastelitos de queso caliente y fue a dar las buenas noches a sus hijos. Cuando volvió al salón, Carella se preparaba un segundo martini. La joven le hizo señas para que no bebiese demasiado.

—Ha sido un día muy duro, cariño —articuló Carella—. ¿Quieres un martini?

—Un whisky, por favor —indicó ella con las manos—. Muy ligero.

—¿Dónde está Fanny? —preguntó Carella.

—En su habitación, preparando regalos.

Se sentaron delante del fuego, tomando sus bebidas y mordisqueando los pastelitos de queso. Teddy explicó que la cena estaría lista dentro de media hora, puesto que ignoraba a qué hora

iba a llegar a casa. Ahora se estaba calentando en el horno. Carella se disculpó por no haber llamado, pero él y Hawes no habían tenido ni un instante de descanso desde la mañana, por lo que no había dispuesto de un momento libre. Teddy le preguntó cómo iba el caso, y Carella le habló de Hillary Scott y su hermana gemela Denise, añadiendo que Hillary había adivinado no solamente el nombre de pila de Teddy, sino su apellido de soltera. Contó cómo adivinó el nombre de Abril y que sabía que la niña se parecía mucho a su madre.

Después le contó lo del beso.

Teddy escuchó la relación completamente inmóvil.

Carella explicó que intentó zafarse del abrazo, pero que ella se había pegado a su boca como el trocar de un embalsamador intentando absorber sus fluidos corporales; le describió el trance de Hillary, el temblor y el balanceo de la joven, su voz hueca y fúnebre al referirse a una mujer ahogada, a haber oído y visto robar algo, a alguien robando algo. Teddy escuchó sin decir nada. Durante toda la cena se mostró poco comunicativa, sus manos ocupadas con el cubierto, sus ojos evitando los de su marido. Al terminar de cenar, ambos subieron los regalos desde el sótano, donde estaban escondidos, y los dispusieron debajo del árbol. Carella le recordó a Teddy que era preferible barrer la nieve de los senderos del jardín antes de que se helara por completo, y ella respondió que el chico encargado de este trabajo había telefoneado a Fanny para comunicarle que no podría cumplir con su deber, este fin de semana, ya que se marchaba a casa de su abuela.

Afuera, en tanto barría la nieve, Carella se preguntó si era necesario haberle contado a Teddy lo del beso. No le mencionó que Hillary Scott, aunque más joven, se parecía mucho a ella. Ahora se alegraba de no haberlo hecho. El aire era muy frío. Cuando entró de nuevo en la casa, permaneció delante del fuego unos instantes, para entrar en calor, y luego se dirigió al dormitorio. La luz estaba apagada. Teddy yacía en el lecho. Carella se desnudó en silencio y se acostó al lado de su mujer. Esta permaneció inmóvil, mas su respiración le dijo a Carella que aún no dormía. Encendió la luz.

—Cariño, ¿qué té pasa?

—Has besado a otra mujer.

—No, ella me besó a mí.

—Es lo mismo.

—Además, no fue un beso. Fue… No sé qué demonios fue.

—Fue un beso, esto es lo que demonios fue —replicó Teddy.

—Cariño, créeme, yo…

Ella sacudió la cabeza.

—Amor mío, te quiero. No besaría ni a Jane Fonda si la encontrara mañana por la mañana como regalo en el árbol de Navidad. Y ya sabes lo que opino de Jane Fonda…

—Vaya… —repuso Teddy—. ¿Qué opinas de Jane Fonda?

—Opino que es estu…, bueno, que es una mujer muy atractiva —mintió Carella, con la sensación de que cada vez se hundía más en el charco—. Lo que intento decirte es que…

—Una vez soñé que Robert Redford me hacía el amor —le interrumpió Teddy.

—¿Cómo? —se sobresaltó Carella.

—Maravilloso, si quieres saberlo.

—Cariño…

Teddy estudió los labios de su marido.

—Te quiero a rabiar…

—Entonces, no más besos —gimió ella. Asintió con el gesto—. O te romperé esa maldita cabezota.

6

El alcalde, al ser interrogado por los periodistas sobre cómo pensaba limpiar las calles antes de que diese comienzo el inmenso tráfico del día de Navidad, respondió con su acostumbrado ingenio y estilo: «Amigos, esto no es más que una nevada en un vaso de agua».

A los chicos de la prensa no les hizo ninguna gracia esta contestación. Ni a los policías del Ochenta y Siete.

Los que tuvieron la desdicha de tener que trabajar en el turno desde medianoche hasta las ocho de la mañana del día de Navidad, se vieron obligados a continuar hasta, aproximadamente, las diez, hora en que empezaron a llegar los del relevo. En la Comisaría del Distrito Ochenta y Siete había dieciocho detectives, que se dividían en tres turnos, seis en cada uno. De las ocho de la mañana a las cuatro de la tarde, el primero (o, como sucedía a veces, de las diez a las seis), en el que trabajaban Meyer Meyer, Hal Willis, Bob O'Brien, Lou Moscowitz, Artie Brown, y un detective procedente del Veintiuno, llamado Pee Wee Wizonski. Este medía un metro noventa, pesaba casi cien kilos en camiseta y calcetines, y tenía que soportar toda clase de indirectas debido a su condición de polaco. No pasaba un día sin que alguien de la brigada le gastara alguna broma. El día de Navidad (que era la fiesta de Wizonski) Lou Moscowitz (que celebraba la Chanukah) contó el primer milagro del papa Juan Pablo II: Cambió el vino en agua. A Wizonski no le hizo gracia el chiste. Nadie, incluyendo al alcalde, estaba de suerte aquel día con sus bromas.

Los fuegos de artificio empezaron hacia las diez y media.

Se iniciaron con una «disputa familiar», en las calles Masón y Sexta. Años atrás, la Masón Avenue era conocida como la Vía de las Putas. Los habituales de aquella zona del barrio portorriqueño se habían trasladado a otros «pastos más verdes», donde era posible

recibir un buen masaje por cuarenta u ochenta dólares, según el servicio. La Vía de las Putas era ya solamente la Vía, una combinación de salones de billar, librerías porno, teatruchos pornográficos, restaurantes cochambrosos, tiendas de comestibles, una docena o más de bares, y una iglesia dedicada a salvar las almas de los que frecuentaban el barrio. Excepto el templo, que se hallaba en un edificio de una sola planta, como embutido entre otros dos mucho más elevados, los inmuebles que flanqueaban la calle albergaban a personas dispuestas a pagar los alquileres más bajos de la ciudad. En uno de esos apartamentos tuvo lugar la «disputa familiar».

Los dos patrulleros que respondieron a la llamada se enfrentaron con una escena muy poco navideña. En el salón había un par de cadáveres, víctimas de un tiroteo. Uno de ellos, una mujer, estaba sentada en una silla próxima al teléfono, con el receptor todavía apretado en su mano ensangrentada. Era ella, según supieron más tarde, la autora de la llamada a Emergencias 911. La segunda víctima, una muchacha de unos dieciséis años, estaba tendida boca abajo sobre el linóleo, muerta igualmente.

La que llamó a la Policía había gritado:

—¡Que venga la Policía! ¡Mi marido se ha vuelto loco!

Los policías ya esperaban un altercado familiar, mas no de tales proporciones. Llamaron a la puerta del apartamento y no obtuvieron respuesta, probaron la cerradura y entraron sin una preocupación excesiva; era Navidad, era el día de Chanukah.

Al ver el macabro espectáculo, ambos sacaron la pistola y se dispersaron en abanico por la sala. A un extremo había una puerta cerrada. El primer agente, un negro llamado Jake Parsons, la golpeó, siendo recibido con una andanada de tiros que arrancó trozos de madera de la puerta y habría hecho lo mismo con la cabeza de Parsons si éste no se hubiese arrojado al suelo, lo que demostró sus perfectos reflejos. Los dos agentes abandonaron el lugar.

Por el radioteléfono del coche llamaron al sargento Murchison para informarle de lo que parecía un doble homicidio, aparte de mencionar al tipo con la pistola que se hallaba detrás de la puerta cerrada. Murchison, a su vez, llamó a la brigada. Wizonski, que fue el que habló con el sargento, cogió su pistola del cajón de la mesa,

le hizo señas a Hal Willis, y cruzó la barandilla antes de que Willis se pusiera el abrigo. Murchison llamó desde abajo, donde tenía su cubículo, a Homicidios y a la brigada de Emergencias, que cubría aquel sector de la ciudad. Si había un fulano con una pistola tras una puerta, la tarea debía correr a cargo de los esforzados voluntarios de Emergencias, no de simples mortales, amantes de la vida. Los de Emergencias ya se hallaban allí cuando llegaron Wizonski y Willis. Los dos detectives del Distrito Ochenta y Siete formaban una pareja como la de Mutt y Jeff o la de Laurel y Hardy. Wizonski, en efecto, era el policía más gordo de toda la brigada, mientras que Willis era el más bajo y delgado, cumplía justo con el requisito de la estatura mínima. Los agentes les contaron lo ocurrido arriba; después subieron todos juntos al cuarto piso. Los de Emergencias llevaban chalecos antibalas, por lo que entraron antes. El que estaba detrás de la puerta disparó tan pronto oyó ruido en el apartamento; entonces, abandonaron toda idea de derribarla. En el rellano celebraron una conferencia de alto nivel.

Los dos policías de homicidios asignados al caso se llamaban Phelps y Forbes. Se parecían como dos gotas de agua a Monroe y Monoghan, que en aquel mismo instante estaban en sus domicilios desenvolviendo los regalos de Navidad. (Los del Ochenta y Siete se enteraron más adelante de que la esposa de Monoghan le regaló un revólver con incrustaciones de oro; la esposa de Monroe le obsequió con un video-cassette en el que, secretamente, podría ver las películas porno que obtenía en distintos lugares de la ciudad). Phelps y Forbes refunfuñaban por tener que trabajar en un día tan señalado. Especialmente, el primero se enojaba porque odiaba a los portorriqueños y repetía constantemente que si todos se largaran a su maldita isla del Caribe se acabarían los crímenes en la población. Lo cierto era que una familia portorriqueña les estaba causando molestias en Navidad…, suponiendo que el sujeto que disparaba por detrás de la puerta fuese efectivamente hispano. «Hispano» era la palabra que los policías de la metrópoli usaban para referirse a los descendientes de los españoles, salvo Phelps y alguno más que todavía los llamaban «basura». Incluso el alcalde, que había nacido en Mayagüez, era una basura para Phelps.

—Si nos aproximamos a la puerta —opinó éste—, ese imbécil nos volará la cabeza.

—¿No podríamos entrar ahí por la ventana? —propuso uno de los de Emergencias.

—¿En qué piso estamos? —preguntó el otro.

—En el cuarto.

—¿Cuántos tiene este edificio?

—Cinco.

—Quizá valdría la pena probar desde el tejado con una cuerda.

—Vosotros mantened ocupado a ése de ahí dentro —ordenó el primero de Emergencias—. Uno de nosotros entrará por la ventana antes de que se dé cuenta.

—Cuando nos oigáis gritar —añadió el compañero del anterior—, patead la puerta. Así lo atraparemos por delante y por detrás.

Los agentes que fueron los primeros en llegar allí, hablaban en aquel momento con una vecina del mismo rellano, quien les contó que esos inquilinos tenían dos hijas, la de dieciséis años que encontraron muerta, y otra de diez, llamada Consuelo. Los patrulleros pasaron esta información a los policías que planeaban la estrategia a seguir, y todos convinieron en que el asunto era una «situación de rescate», lo que dificultaba aún más la entrada por la ventana como Batman. Los dos de Emergencias insistían en intentarlo, sin pedir ayuda a la Unidad de Rescate. Sin embargo, Forbes y Phelps se opusieron a tal cosa con energía, pidiéndoles a los agentes que bajasen y llamaran a los expertos para el caso. Nadie, pese a todo, sabía si Consuelo, la hija menor, estaba también detrás de la puerta cerrada, en calidad de rehén del individuo que disparaba a ciegas, o si estaba dando un paseo bajo la nieve.

Una situación de rescate auténtica atrae normalmente gran cantidad de gente, aunque se trate de un sector portorriqueño de la ciudad. A las once de la mañana, cuando llegaron los dos especialistas, se habían reunido ya cuatro sargentos, un teniente y un capitán, formando grupo todos ellos junto con los otros, por lo que el descansillo se hallaba abarrotado. El capitán se hizo cargo de la situación y trazó los planes como si tratara de tomar el Kremlin por asalto. Los de Emergencias debían subir al tejado con una cuerda y uno de ellos deslizarse hasta la ventana, mientras los de Rescate hablaban con el homicida a través de la puerta. Todo el

mundo debería llevar chalecos antibalas, incluyendo al que bajaría por la cuerda. Wizonski y Willis los llevarían también, colocándose detrás de los de la Unidad de Rescate. Uno de Emergencias le contestó al capitán que el chaleco pesaba una tonelada y media, que bastante trabajo le costaría bajar por la cuerda en medio del vendaval que soplaba, para tener que luchar contra el entorpecimiento que suponía el maldito chaleco, ya que era muy posible que en lugar de ser su meta la ventana, lo fuese el adoquinado de la calle, cuatro pisos más abajo; el capitán insistió en lo del chaleco. Estaban ya todos listos para ocupar sus respectivas posiciones cuando se abrió la puerta del cuarto, y un hombre muy delgado que solamente llevaba puestos unos calzoncillos, arrojó un Colt 45 automático al saloncito y levantó las manos por encima de su cabeza. Estaba llorando. Consuelo, la hija de diez años, se hallaba en la cama, inmóvil. El hombre la había asfixiado con una almohada. El capitán se sintió decepcionado al no tener oportunidad de poner en acción su magnífico plan.

Mientras tanto en la comisaria Meyer Meyer y O'Brien estaban ocupados en algo más elegante. Generalmente, a Meyer no le entusiasmaba trabajar con O'Brien. Esto no tenía, nada que ver con la personalidad del segundo, ni con su habilidad y valor. Tenía que ver, en cambio, con la peculiar propensión de O'Brien de meterse en situaciones en las que resultaba necesario disparar contra alguien. A O'Brien no le entusiasmaba matar a la gente. En realidad, realizaba todos los esfuerzos imaginables para no tener que sacar la pistola. Sin embargo, las personas ávidas de recibir una bala en el pecho parecían gravitar siempre hacia él. Como resultado de esto, y a causa de que a los policías no les gusta recibir ninguna bala —como no les gusta tampoco a los civiles— y a causa de que trabajar con O'Brien aumentaba la posibilidad de que se produjese un intercambio de disparos, la mayoría de los policías del Ochenta y Siete procuraban no ir de compañeros con O'Brien. Este, tal vez erróneamente, estaba etiquetado como un policía «gafe». Por su parte, él mismo creía que si en algún lugar de la ciudad había un hombre o una mujer con un arma en la mano, fatalmente la usarían contra él, por lo que se vería obligado a defenderse. En cierta

ocasión le dijo esto a la chica con la que estaba comprometido, no es de extrañar que ella rompiera el compromiso a la semana siguiente.

Aquel día, por ser la Navidad y la Chanukah juntas, Meyer pensaba que las posibilidades de enfrentarse con una situación de violencia, yendo junto con O'Brien, se inclinarían ochenta contra veinte en su favor. Las probabilidades subieron a noventa contra diez cuando recibieron la llamada de Smoke Rise. Smo ke Rise era la comunidad más elegante dentro de los límites del Ochenta y Siete, casi una ciudad dentro de otra, con apartamentos que oscilaban entre los doscientos mil a los trescientos mil dólares, la mayoría dando frente al espléndido panorama del Riber Harb. Sin embargo, la llamada fue una 10-21, «Robo perpetrado», lo que significaba que el ladrón había efectuado su trabajo, haciendo mutis sin el aplauso del público. No se corría el peligro de que alguien disparase contra O'Brien, o que éste tuviera que defenderse, puesto que cuando llegaran ellos, el ladrón ya no estaría presente.

Muchas calles de Smoke Rise ostentaban nombres rimbombantes, como Victoria Circle, Elizabeth Lañe, Albert Way, Henry Drive…, lo que le daba a la comunidad un tono de realeza, aunque no lo necesitaba ni deseaba. El arquitecto de la zona, no obstante, para no correr el riesgo de que aquélla pudiera ser confundida con alguno de los sectores menos lujosos de la población, les puso él mismo el nombre a las calles cuando las proyectó. Una vez hubo empleado ya los Normandy, Plantagenet, Lancaster, York, Tudor, Oranges y Hanover, empezó con los Windsor. Más tarde, al faltarle títulos nobiliarios, recurrió a nombres como Westminster, Salisbury y Winchester (del que desistió porque sonaba a rifle), o Stonehenge. Esto daba a la zona un estilo muy británico. Incluso, algunos edificios, hubiesen estado más a sus anchas en algún páramo de Cornualles.

El robo se había llevado a cabo en Coronation Drive, casi en la esquina de Buckingham Way. La casa era una maravilla de piedra y cristal, con torrecillas y gabletes, que se elevaba a la orilla del río como el palacio veraniego de una reina. El individuo que la habitaba había hecho una fortuna como chatarrero, cuando todavía era posible amasar montones de dinero sin tener que entregarle el setenta por ciento de las ganancias al Tío Sam. Hablaba aún con el

acento de Caln's Point, por lo que su vocabulario era como una sarta de blasfemias en aquel salón de techo catedralicio. Su familia (esposa y dos hijos), lucían sus mejores galas. Habían salido de casa a las once menos cuarto para entregar unos regalos de Navidad a sus amistades de la misma calle, regresando a las doce y media, para encontrarse un hogar desvalijado. Rápidamente, llamaron a la Policía.

—¿Qué se llevó el ladrón, señor Feinberg? —preguntó Meyer.

—Todo —gruñó Feinberg—. Debió tener un camión en la calle. Faltan el estéreo, el televisor, las pieles y las joyas de mi costilla, y las cámaras que guardaba en el armario de arriba. Sin hablar, claro, de los regalos del árbol. Ese hijo de puta se lo ha llevado todo.

En un rincón del salón había un abeto de proporciones monumentales, que seguramente había necesitado la ayuda de cuatro o cinco obreros para transportarlo, colocarlo y adornarlo. Meyer no se extrañó de que en casa de un judío hubiera un árbol navideño. Se había opuesto a la idea de celebrar la Navidad junto con los gentiles. Mas cuando sus hijos tuvieron nueve, ocho y seis años de edad, claudicó y aceptó lo inevitable. Su primera concesión fue un cajón de naranjas adornado con un papel multicolor, imitando una chimenea. Más adelante, adquirió incluso un abeto vivo con cepellón de tierra y todo, aunque a sus hijos les dijo que era un arbusto para la Chanukah. Terminó de sucumbir al plantar el árbol en el jardín, pasada la Navidad, y al adquirir al año siguiente un pino a la Organización de Beneficencia que los vendía en el solar de la esquina. No se sentía menos judío por tener un árbol de Navidad en su casa. Igual que para muchos gentiles, la fiesta era para él más de espíritu que de religión. Creía con firmeza que aquella fiesta unía a la gente, aun cuando fuese por un tiempo tan breve.

Varios amigos suyos, judíos, decían que Meyer era un tipo cerril, más el argüía que era un judío cerril. Opinaba que Israel no era su patria, sino un país extranjero. Creía que Israel debía sobrevivir e incluso perdurar aunque se consideraba primero norteamericano, después judío y nunca israelita. Sabía que Israel había aceptado, dentro de sus asediadas fronteras, a judíos sin hogar del mundo entero; mas, no olvidaba que Norteamérica estaba aceptando a judíos apátridas desde mucho antes de que Israel fuese sólo un

sueño. De modo que sí, claro, donó dinero para plantar árboles en Israel. Y sí, odiaba con toda la pasión de su alma los actos de terrorismo efectuados contra aquella pequeña nación. También, sí, deseaba visitar los lugares bíblicos que conocía únicamente de los días de su juventud, cuando iba a *cheder* seis veces por semana, siendo el estudiante de hebreo más inteligente de la clase. Estaba contento al pensar que Navidad y Chanukah caían este año en el mismo día. Estaba seguro, en lo más íntimo de su ser, que todas las festividades religiosas fueron festividades agrarias en milenios pasados; no era por casualidad que la Pascua cristiana y la de los judíos cayesen tan cerca todos los años y que a veces, como ahora con Navidad y Chanukah, coincidieran exactamente en el mismo día. Lou Moscowitz, que era detective de segunda en la brigada, le confesó a Meyer que no era un verdadero judío. Meyer Meyer sí lo era, con todas las libras de su ser. Era judío a su propio estilo.

El ladrón había interpretado un bonito número en la casa de los Feinberg. A medida que los detectives registraban las habitaciones, anotando los objetos robados, descubrieron que faltaban muchos más de los que suponía Feinberg. La sugerencia de que el ladrón podía haber dejado estacionada una furgoneta entraba ya dentro de lo posible. Incluso había robado las bicicletas que los muchachos tenían en el garaje, y la valiosa colección de álbumes Queen del hijo pequeño. La pérdida de aquellos álbumes entristecía más al chico que la desaparición de su nuevo tomavistas, regalo de Navidad que quedó al pie del abeto, sin abrir. El primer enfado familiar por el robo empezaba, por otro lado, a dar paso a una sensación de pérdida que no tenía nada que ver con el valor de los objetos sustraídos. Alguien se había introducido en la casa. Un intruso, un desconocido, pudo entrar y saquearlo todo a su placer, de modo que a la familia Feinberg acababan de robarle lo que más apreciaban: el sentido de la intimidad inviolable. Como los detectives ignoraban si el ladrón llevaba explosivos o algún arma mortal, el delito debía clasificarse como «robo de tercer grado»: «Asaltar o permanecer en una casa ilegalmente, con la intención de cometer un acto criminal». Sin embargo, el lenguaje de la Justicia no era el más adecuado para definir el delito perpetrado contra los Feinberg.

Ninguno de ellos olvidaría este día en toda su vida. Durante años y años hablarían del desconocido que asaltó su casa el día de Navidad, que aquel año coincidía con la Chanukah… y de lo que les ocurrió a los dos detectives diez minutos después de haberse retirado de la casa asaltada.

De no tratarse del día de Navidad precisamente, la camioneta no habría llamado la atención de Meyer y O'Brien. El vehículo estaba aparcado en una calle lateral, a unas quince manzanas de la casa de los Feinberg, por consiguiente bastante lejos de los muros que circunscribían el complejo de Smoke Rise. El neumático izquierdo de la parte trasera de la camioneta, o sea, de la rueda más alejada de la acera cubierta de nieve, estaba deshinchado. Un individuo que llevaba una chaqueta de cuero y un gorro de lana azul lo estaba cambiando. A su lado tenía un alzaprima y una llave inglesa. Al divisar el furgón, ni Meyer ni O'Brien se extrañaron que una empresa de transportes trabajase en Navidad. Ni hicieron comentario alguno. Meyer, que era el que conducía, estacionó el coche detrás de la camioneta. Los dos detectives saltaron a la calzada, uno por cada portezuela. El pavimento todavía estaba resbaladizo a causa de la nieve semifundida. El aliento de ambos policías formaba una nube de vapor al salir por la boca. Se aproximaron al hombre que estaba cambiando el neumático.

—¿Podemos echarle una mano? —preguntó Meyer.

—No, gracias. Ya falta poco.

El interpelado tendría unos treinta años y poseía una tez pálida que casi parecía de yeso en contraste con la negrura de sus ojos y el bigote negrísimo que sombreaba su labio superior. En la camioneta podía leerse: EMPRESA DE TRANSPORTES CULBERTSON. La matrícula pertenecía al Estado más próximo.

—Trabajando en Navidad, ¿eh? —dijo O'Brien en tono casual.

—Sí, a la fuerza, amigo —respondió el otro.

—Debe tratarse de algo muy importante —observó Meyer—, que obligue a trabajar el día de Navidad.

—Oigan, ¿qué pasa? —se sulfuró el hombre—. Se ha pinchado un neumático, lo estoy cambiando y se acabó. ¿Por qué no se largan de una vez?

—Policía —dijo O'Brien.

Estaba a punto de exhibir la insignia cuando apareció la pistola

en la mano del hombre. El movimiento les cogió a ambos por sorpresa. Muy pocos toperos (así se llama a los que roban normalmente en los apartamentos) llevaban armas. El tipo que comete un robo por la noche, especialmente en una residencia donde puede haber un vigilante, corre el riesgo de ser sorprendido, por lo que suele ir armado, aunque el arma sólo sirva para aumentar su condena. Si Meyer y O'Brien hubiesen esperado algún acto de violencia, lógicamente habrían pensado que el desconocido echaría mano de la llave inglesa o el alzaprima que tenía al lado. Sin embargo, el hombre sacó una pistola del calibre 38, y apuntó directamente a Meyer.

El disparo se produjo antes de que aquél pudiese reaccionar y sacar su propia pistola. El agresor efectuó dos disparos, y ambas balas se incrustaron en una pierna de Meyer, enviándole al suelo. O'Brien tenía ya su propia pistola en la mano. No tuvo tiempo siquiera de pensar que otra vez volvía a enfrentarse con un acto de brutalidad. Sólo pensó: «mi compañero ha caído», en el instante en que la pistola enemiga le estaba apuntando. Casi a ciegas, O'Brien disparó alcanzando al desconocido en un hombro. Disparó de nuevo en el momento en que el herido caía, y esta vez el proyectil se hundió en su pecho. Con el arma aún en la mano, O'Brien se arrodilló junto al herido, sacó las esposas y, sin consideración por las heridas, que sangraban abundantemente, le esposó las manos a la espalda. Falto de aliento, se volvió hacia Meyer, que estaba tumbado en tierra con la pierna herida encogida bajo el cuerpo.

—¿Cómo estás?

—Me duele —gruñó Meyer.

O'Brien fue hacia el coche y levantó el micrófono del salpicadero.

—Aquí ocho-siete-cuatro, en Holmsby y North. Un policía herido. Necesito una ambulancia.

—¿Quién habla? —inquirió una voz desde el otro extremo de la línea.

—El detective O'Brien.

Como si el otro no lo hubiese adivinado ya.

El hospital más próximo a Smoke Rise era el Mercy General, en North y Platte. Allí, mientras un enjambre de enfermeras se afanaban en torno suyo, un interno rompió la pernera izquierda del

pantalón de Meyer por ambos lados, examinó los dos agujeros de la pierna, uno en el muslo y el otro justo debajo de la rótula, y pidió el uso inmediato de un quirófano. El ladrón que acababa de disparar contra Meyer recibió las mismas atenciones…, puesto que todos somos hijos de Dios, los buenos y los malos. A la una de la tarde de aquel día de Navidad, los dos heridos se hallaban acostados en dos habitaciones individuales de la sexta planta del hospital. Delante de la del ladrón había apostado un agente de uniforme, y ésta era la única diferencia.

El ladrón se llamaba Michael Addison. En la camioneta, robada del estacionamiento privado de la empresa Culbertson, la Policía no sólo halló los objetos pertenecientes a los Feinberg, sino también el producto de otros robos cometidos por Addison en el mismo día. El ladrón se negó a confesar. Dijo que se sentía muy mal y pidió la presencia de un abogado. Añadió que demandaría a O'Brien y a toda la ciudad, o en su representación al ayuntamiento, por haber disparado un policía contra una persona inocente que estaba cambiando un neumático pinchado. O'Brien, inclinado sobre su cama, juró que si su compañero quedaba lisiado, Addison haría bien largándose por lo menos a China.

En la Comisaría, Arthur Brown, experto en literatura inglesa, le dijo a Miscolo, de las oficinas, que el ladrón tenía un apellido que encajaba perfectamente con su ilegal profesión.

—¿A qué te refieres? —se interesó Miscolo.

Brown sonrió socarronamente.

—A lo de los apellidos Addison y Steal, claro está —replicó Brown.

—Sigo sin entenderlo.

—Steal —repitió Brown—. S-T-E-A-L (robar).

—Sigo sin entenderlo —confesó Miscolo—. ¿Quieres un poco de café?

Esto ocurrió antes de que un grupo de seis hombres robaran toda una calle de la ciudad.

La llamada se hizo a las cinco menos diez. Por entonces, también se habían producido los suicidios o intentos de suicidio esperados, quizá algunos más que en otras navidades. El teniente Byrnes se

personó en el hogar de Meyer para informarle de lo ocurrido a la esposa del policía, Sarah. La mujer quedó bastante tranquilizada al enterarse de que a su marido solamente le habían herido en una pierna, pues cuando vio al teniente en la puerta supuso que acababan de confirmarse sus peores temores. Byrnes la acompañó al hospital y ella pasó el resto de la tarde con su esposo, que se quejó alegando que cuando a un hombre lo hieren, su esposa debe traerle un buen plato de caldo de gallina. Fue en aquellos momentos, mientras Sarah mantenía una mano del herido entre las suyas, diciéndole que estaba muy contenta de verle aún con vida, cuando llegó un camión a la Gedney Avenue, y los seis individuos que saltaron del mismo empezaron a levantar el empedrado.

La Gedney era una de las pocas zonas de la ciudad que todavía se ufanaba de sus calles empedradas…, o que al menos se ufanó de ello hasta aquella Navidad. El empedrado, decían, se remontaba a la época en que los holandeses mandaban en la ciudad. Otros aseguraban que los holandeses no habrían sabido distinguir una loseta de un tulipán, de modo que eran los ingleses los que empedraron la Gedney Avenue. El nombre de la avenida era inglés, ¿verdad? De manera que tuvieron que ser los ingleses. Sin importarles quién lo había hecho, los seis hombres del camión estaban desempedrando la calzada. Ya habían pasado dos veces las máquinas quitanieves, por lo que la avenida se hallaba regularmente limpia. Aquellos individuos trabajaban con gran vigor, cosa rara para unos funcionarios del ayuntamiento en cualquier momento, pero mucho más en Navidad. Usaban picos y palancas para levantar las piedras y las arrojaban al camión, amontonándolas en filas, todo ello efectuado con la precisión de una brigada de derribo. La gente estaba asomada a las ventanas, contemplando aquella abnegada tarea con admiración y asombro. Tardaron dos horas en desempedrar toda una manzana, de esquina a esquina. Al final, cuando todo estuvo debidamente apilado en el camión, éste arrancó y desapareció por una calle lateral. Nadie se fijó en la matrícula.

Sin embargo, un caballero se extrañó al ver que el Departamento de Obras Públicas, pues eso le había parecido, se ocupara de una labor tan importante el día de Navidad. Llamó al despacho del alcalde para felicitarle efusivamente. La telefonista que contestó a la

llamada se puso inmediatamente en contacto con aquel Departamento, no obtuvo respuesta, y llamó al superintendente del Departamento a su casa. Naturalmente, el superintendente respondió que nadie había dado la orden de desempedrar ninguna calle de la ciudad, mucho menos la Gedney Avenue. Acto seguido, sugirió que era necesario avisar a la Policía.

Esta fue la razón de que a las cinco de la tarde, en el instante en que se encendían los faroles y se alargaban las sombras, los detectives Arthur Brown y Lou Moscowitz se hallaran en una esquina de la avenida, contemplando la misma tierra que los indios debieron pisar con sus mocasines varios siglos atrás, cuando Colón llegó al hemisferio para iniciar todo el jaleo. Sin su empedrado, la Gedney Avenue parecía virginal y rústica. Brown y Moscowitz rieron de buena gana. Hasta los policías saben apreciar las bromas.

Carella, en su casa, se sentía más culpable que Lucifer. No porque alguien hubiese robado las piedras de una calle sino porque Meyer hubiera resultado herido en una pierna. De haber cambiado la fiesta con él, Meyer estaría ileso. Quizá las balas estuvieran ahora en el cuerpo de Carella. Al pensarlo, se sintió menos culpable. Ya le habían herido varias veces, gracias…, una de ellas poco antes de una Navidad. Carella, además, era descendiente de italianos, y los italianos y los judíos de la ciudad compartían el sentimiento de culpa, tal como compartían sus familias matriarcales. Carella tenía un primo que, si accidentalmente se saltaba una luz roja de un semáforo, se detenía invariablemente en el siguiente ante una luz verde.

Por todo esto, a las ocho de la noche, Carella entró en el hospital Mercy General para expresarle a Meyer su sentimiento de culpabilidad por no haber recibido las balas en su lugar. Meyer también se sentía culpable. Alegó que de no haber dejado que el ladrón disparase, Bob O'Brien no se habría visto obligado a sacar una vez más su pistola. Meyer creía que esta acción aumentaría los complejos de su compañero de profesión, a pesar de que éste era irlandés y, por consiguiente, menos propenso a los complejos de inferioridad.

Carella había traído medio litro de whisky. Lo sacó del bolsillo de su chaqueta, sirvió un par de generosas raciones en sendos vasos esterilizados del hospital, y los dos amigos brindaron por el

innegable y maravilloso hecho de que Meyer continuara con vida, aunque un poco agujereado. Carella sirvió otro par de vasos, y entonces brindaron por el amanecer del día siguiente.

7

La nueva sala de identificación o Sala de Desfiles, como la llamaban indistintamente, se hallaba en el sótano de la comisaría, contigua a las celdas donde dejaban provisionalmente a los presos, mientras aguardaban su traslado al Palacio de Justicia. Esto proporcionaba un acceso fácil a los individuos que, si el preso o su abogado no se oponían, desfilaban delante de la víctima o el testigo de un crimen, con la esperanza de poder identificar al verdadero culpable.

En otros tiempos, todas las mañanas se llevaba a cabo una presentación de todos los delincuentes arrestados el día anterior. El propósito era lograr que los policías conocieran a los criminales más habituales. De aquí que los detectives asistieran a tales identificaciones con la misma regularidad que a los juzgados.

Mas, a pesar de que aquéllas resultaban necesarias si se quería conseguir alguna condena en un tribunal, alguien de «los de arriba» decidió que las realizadas diariamente provocaban una sequía en el erario público, y sólo producían una cantidad mínima de arrestos futuros, puesto que los que desfilaban eran devueltos a sus celdas, a veces con sentencias de por vida. Por consiguiente, las presentaciones de sospechosos se convirtieron en un asunto puramente local, efectuadas solamente a efectos de identificación.

La sala contenía un escenario estrecho con señaladores de estatura en la pared del fondo y un micrófono suspendido del techo. Delante del escenario, separándolo de las tres filas de asientos de la platea, había un espejo de un solo sentido, del techo al suelo. Los policías solían decir que en realidad era un espejo de dos sentidos, aunque raras veces estaban de acuerdo en nada, salvo en los días en que les tocaba librar; ya fuera de un sentido o de dos, los que estaban en el escenario sólo captaban su propio reflejo. Al otro lado, los que se encontraban sentados en la platea podían ver, a través de lo que parecía una ventana vidriada, a los hombres o mujeres

expuestos.

Aquella mañana del martes, 26 de diciembre, la presentación tenía como objeto exclusivo la identificación de Daniel Corbett por parte de Jerry Mandel. Carella llamó a éste a su casa muy temprano, enterándose, con cierto regocijo, de que el guardia de seguridad de Harborview regresó de su estancia en las montañas sin ningún hueso roto. Convocó la identificación y llamó a Corbett, primero a su domicilio y después a la Harlow House para preguntarle si estaba dispuesto a colaborar con la Policía en aquel asunto. Corbett aseguró que no tenía nada que ocultar puesto que, definitivamente, no era él quien estuvo en el apartamento de Craig cuando lo mataron.

De las celdas contiguas, los detectives eligieron a media docena de individuos ligeramente semejantes a Corbett: todos de cabello negro y ojos pardos. Asimismo, incluyeron en el desfile a los detectives Richard Genero y Jerry Barker, que poseían las mismas características. Los presos, iban todos con las mismas ropas que llevaban cuando fueron arrestados (en el caso de un carterista de alto copete, con su traje a rayas de excelente calidad), o sea, suéters y chaquetas deportivas. Daniel Corbett, que llegó a la Comisaría directamente desde la Harlow House, llevaba un traje azul marino, una camisa azul más clara, y una corbata de seda azul y oro. Como invitado de honor, se le permitió escoger su sitio en la fila. Eligió el cuarto de la izquierda. Cuando todos los hombres, en número de nueve, estuvieron debidamente alineados detrás del espejo, se encendieron los focos del escenario. La platea continuó a oscuras. Carella y Hawes estaban sentados al lado de Mandel, en la segunda fila de butacas.

—¿Reconoce a alguien? —le instó Carella.

—No, todavía no —respondió Mandel.

Para ser esquiador, era un hombre gordezuelo, de unos cincuenta y cinco años. Antes de la parada le dijo a Carella que en sus tiempos fue luchador profesional. El detective no se lo imaginaba haciéndole una llave a nadie. Mandel continuaba examinando a los que estaban alineados detrás del espejo.

—¿Puedo eliminar a los que definitivamente no son el individuo que vi aquella tarde? —inquirió.

—Adelante.

—Bien, elimino a los de ambos extremos y al del centro.

—Frank —gritó Carella por un micrófono que tenía delante—, llévate a los números Uno, Cinco y Nueve.

Genero era el número Uno. Salió del escenario, como si se sintiese defraudado de no haber sido el elegido. Los otros dos eran presos que volvieron a sus celdas. En rápida secuencia, Mandel eliminó a otros dos presos y al detective Barker. Ya quedaban únicamente tres hombres: los dos presos restantes y Daniel Corbett.

—¿Podrían hablarme? —preguntó Mandel.

—Sí, claro —accedió Carella—. Caballeros, ¿les importaría decir con voz normal: «Me llamo Daniel Corbett. Deseo ver al señor Craig». Número cuatro, empezaremos por usted.

El número cuatro era Daniel Corbett. Se aclaró la voz y pronunció:

—Me llamo Daniel Corbett. Deseo ver al señor Craig.

—De acuerdo —dijo Carella—. Ahora el número seis.

—Me llamo Daniel Corbett —repitió el número seis—. Deseo ver al señor Craig.

—El número ocho.

—Me llamo Daniel Corbett —se oyó la voz del número ocho—. Deseo ver al señor Craig.

—¿Qué dice ahora, señor Mandel? —quiso saber Carella.

—No estoy seguro —vaciló el guardia de seguridad—, pero creo que es el de la derecha: el número ocho.

El número ocho era un individuo llamado Anthony Ruggiero, arrestado aquella misma mañana al intentar forzar la puerta de un apartamento, a tres manzanas de la Comisaría. Estaba bebido y afirmó que creía que era su apartamento y que la mujer que le gritó que se largara era su esposa. Carella miró a Hawes y terminó la sesión dándole las gracias a Mandel. Después, pasó detrás del espejo y se disculpó ante Corbett por haberle robado tanto tiempo.

—Bien, ¿quién diablos fue? —estalló Carella más tarde.

—Alguien a quien Craig conocía, seguro.

—Sí, claro; de lo contrario, no lo habría admitido en su apartamento. Además, ¿por qué habría bebido con un desconocido?

—Sí, la autopsia…

—Estuvo bebiendo. En realidad, estaba borracho, aunque los del laboratorio no hallaron rastros de alcohol en ninguno de los dos

vasos.

—Lo que significa que los lavaron después.

—Lo que no significa nada si Craig estuvo bebiendo solo. Hillary, no obstante, dijo que Craig nunca bebía mientras trabajaba. Y sabemos que aquella tarde estuvo trabajando, porque en la máquina había una cuartilla sin terminar, lo que induce a creer que se interrumpió, probablemente cuando el visitante llamó a la puerta. ¡Y Craig le dejó entrar, Cotton! Sabía que no era Corbett, y le franqueó la entrada. Y si no bebía nunca cuando trabajaba, tuvo que empezar a beber al dejar de trabajar. Lo que significa que se sentó a echar un trago o varios con la persona que lo asesinó.

Los dos detectives se miraron uno al otro.

—¿Qué opinas? —preguntó al fin Hawes.

—No sé qué demonios pensar. Quizá Craig creyó que se trataba de una visita amistosa, bebieron juntos, se instalaron cómodamente y el otro sacó el cuchillo.

—Precisamente, el cuchillo es lo que me intriga —adujo Hawes —. El hecho de llevarlo encima.

—Sí, esto establece el crimen con premeditación.

—En un asesinato en primer grado, pura y simplemente.

—De acuerdo, pero, ¿por qué el criminal aceptó beber con su futura víctima?

—¿Y de qué hablaron desde las cinco hasta que empezó la salvajada?

Los detectives volvieron a mirarse uno al otro.

—¿Expósito? —insinuó Hawes.

—Tal vez. Vivía en el mismo edificio. Pudo presentarse como miembro de la asociación de vecinos o…

—Entonces, ¿quién estuvo en el vestíbulo?

—¿Qué?

—¿Quién se presentó diciendo que era Corbett? No pudo ser Expósito.

—No, claro —admitió Carella—. ¡Mierda, vamos a hablar con la Brigada de Bomberos!

En el cuartelillo número seis, media hora más tarde, hablaron con Terry Brogan, el camarero-bombero. Brogan estudió la foto de

Warren Expósito, asintió con un gesto y manifestó:

—Sí, le conozco.

—¿Estuvo en el bar el jueves por la tarde?

—¿Qué día fue el jueves…, veintidós?

—No, veintiuno.

—Sí, sí, yo trabajé en el bar aquella tarde.

—¿Estuvo Expósito?

—¿Se llama así?

—Sí, Warren Expósito. ¿Estuvo…?

—Lleva uno meses sirviéndole un trago a un tío y ni siquiera sabe su nombre —masculló Brogan.

—¿Estuvo sí o no el jueves por la tarde?

—El jueves por la tarde…, el jueves por la tarde… —reflexionó Brogan—. Veamos…, ¿qué sucedió el jueves por la tarde? —meditó unos segundos.

—Bote lleno, pendolones listos —gritó una voz que sonó por el agujero que rodeaba el poste de hierro.

—¡Tienes una maldita herradura en el culo, imbécil! —respondió otra voz.

—Creo que fue la tarde del jueves cuando la pelirroja se quitó la blusa —murmuró Brogan.

—¿Cuándo ocurrió? ¿A qué hora?

—Hacia las seis. Entró achispada y en una hora se tomó tres latigazos. Sí, hacia las seis. Un fulano de la barra dijo que los pechos de la chica tenían que ser postizos. Entonces, ella se quitó la blusa para demostrar lo contrario.

—¿Estaba Expósito presente? —insistió Carella, con resignación.

—Es posible. Con todo aquel jaleo… Bueno, todos mirábamos el pechugón de la pelirroja.

—¿A qué hora empezó usted a trabajar el jueves? —preguntó Hawes, pensando que lo mejor era darle un rodeo al interrogatorio.

—A las cuatro y media.

—Expósito declaró que estuvo allí a las cinco y media.

—Es posible.

—¿A qué hora llegó la pelirroja?

—Una hora antes de quitarse la blusa.

—O sea, hacia las cinco, ¿verdad?

—Sí, hacia las cinco.

—Bien, ¿usted era el único camarero del mostrador a las cinco?

—Seguro.

—Y sirvió a la pelirroja.

—Correcto.

—Es decir, entre las cinco y las seis no hubo ninguna conmoción. Nada que le distrajese. ¿Puede, pues, recordar si Expósito entró o no a las cinco y media en el bar?

—Vuelva a estudiar la foto —le propuso Carella.

Brogan obedeció. Carella se preguntó cómo se comportaría aquel hombre en un incendio grave. ¿Qué sucedería si alguna vez entraba en un dormitorio en llamas y hallaba en la cama a una pelirroja con los senos al aire? ¿Saltaría por el balcón a la calle, seis pisos más abajo, sin el colchón protector? ¿Metería la manga de riego por una ventana abierta?

—Sí, exacto —murmuró Brogan.

—Exacto, ¿qué? —le apremió Carella, preguntándose si acababa de tropezar con otro neurótico.

—Rob Roy. Toma Rob Roy. Exacto. Le serví a la pelirroja un manhattan, al gordinflón de la punto una ginebra con hielo, y entonces entró él y pidió un Rob Roy.

—¿Expósito?

—Sí, el del retrato.

—¿A qué hora?

—Si la pelirroja llegó a las cinco… Sí, debían de ser las cinco y media aproximadamente. Lo que él declaró.

—¿A qué hora se marchó? —interrogó Carella.

—Es difícil decirlo…, a causa de la excitación creada por la pelirroja.

—¿Estaba Expósito presente cuando la joven se quitó la blusa?

—Seguro que sí. Deje que piense un momento…

Carella lo contempló mientras pensaba un momento. Seguramente, reconstruía en su mente toda la escena. En toda su carrera como policía nunca había tenido entre manos una coartada que se apoyase en los senos de una pelirroja. Mas si la chica entró en el bar a las cinco y se quitó la blusa a las seis, sus senos establecían que Expósito se encontraba en el local a las cinco y

media. Si a Carella le hubiera gustado sacar dientes para ganarse el sustento, se habría hecho dentista. Sin embargo, por lo visto, tendrían que trabajar en la dentadura de Brogan desde la muela del juicio a los caninos, diente a diente, hasta conseguir lo que deseaban.

Brogan empezó a descartar la gente del mostrador, utilizando el índice de su mano izquierda.

—Abner, al final de la barra, cerca del tocadiscos, con whisky y soda. Luego, la secretaria de Halston. Inc., a su lado, con una tónica con vodka. Después, ese tipo del Rob Roy. A su lado, un desconocido con whisky y agua. A continuación, la pelirroja con su manhattan. Y después, el tipo que hizo el comentario sobre sus tetas, otro desconocido, con un 'canadian' y soda. Estos son todos los que estaban en la barra hacia las seis, antes de que ella se quitara la blusa. Sí, sí, ese Expósito estaba allí a las seis.

—¿Cómo sabe que eran las seis? —preguntó Hawes.

—Iban a dar las noticias. En la televisión. Hay un televisor en la estantería. Por eso empezó todo.

—¿A qué se refiere?

—La chica que da el noticiario. ¿Cómo se llama? No recuerdo su nombre…

—Tampoco lo sé yo —gruñó Hawes.

—Pero sabe a cuál me refiero, ¿verdad? A ella y a ese tipo que dan juntos las noticias. Las de las seis.

—Sí —se impacientó Hawes—: ¿Qué pasa con ella?

—Alguien dijo que tenía unas tetas muy grandes; bueno, la de la televisión, y la pelirroja respondió que eran postizas. El que estaba a su lado dijo que las de la pelirroja eran postizas también, y fue entonces cuando ella se quitó la blusa para demostrar lo contrario —Brogan sonrió—. Créanme, no eran postizas.

—O sea que Expósito —precisó Carella—, estaba allí a las seis, a la hora de las noticias, cuando esa chica se quitó la blusa.

—Eso mismo.

—¿Estaba todavía en el bar a las seis y media?

—Las seis y media…, las seis y media… Deje que piense un momento.

Carella miró a Hawes, quien soltó un bufido audible.

—El jefe llegó a las seis y diez minutos —meditó Brogan en voz

alta—. Vio a la pelirroja sentada al mostrador con las tetas al aire y exclamó: «¿Qué diablos pasa aquí?». Creyó que era una buscona, ¿entiende? Le dijo que se largara, que no quería putas en el bar dándole mala fama. Bueno, entre nosotros, hace apuestas ilegales, y no quiere que la Policía meta sus narices en su negocio, buscando a una prostituta, y casualmente se enteren de lo otro —su voz adquirió un tono confidencial—. Les cuento esto porque ustedes son funcionarios civiles. No quisiera buscarle un bollo al jefe.

—Está bien. De modo que el jefe llegó a las seis y diez —recordó Hawes—. ¿Estaba todavía Expósito en la barra?

—Sí, se unió al coro general.

—¿A qué coro?

—Todo el mundo le ordenó al jefe que cerrara el pico y dejase tranquila a la pelirroja.

—¿Qué más?

—El jefe le dijo a la muchacha que se pusiera la blusa y se marchara antes de que llamase a la Policía. Naturalmente, no lo habría hecho porque podía precisamente buscarse el bollo que antes he dicho. Sólo la amenazó, ¿comprenden?

—¿Se puso ella la blusa? —quiso saber Carella.

—Se la puso.

—¿A las seis y diez minutos?

—A las seis y cuarto.

—¿Y entonces…?

—Se marchó. No, aguarden. Antes dijo que el jefe era un hijo de puta de culo estrecho. Fue entonces cuando se marchó.

—¿A las seis y quince minutos?

—Exacto.

—¿Seguía Expósito allí?

—Seguía allí.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque me pidió otro Rob Roy y también comentó que la chica tenía las tetas más grandes que había visto en su vida.

—Bien, eran las seis y cuarto —repitió Carella—. ¿Continuaba allí a las seis y media?

—Le serví la bebida a las seis y media.

—¿Cómo sabe que eran las seis y media?

—Porque ya no daban las noticias.

—¿Se marchó en seguida?

—Antes pagó las consumiciones.

—¿Y se marchó? —insistió Hawes.

—Sí —asintió Brogan.

—¿A las seis y media?

—Un minuto después de las seis y media.

—¿Cómo sabe que era Expósito el que se fue?

—Me dio cinco dólares de propina. Dijo que eran por el espectáculo.

—¿Por qué no recordó todo esto cuando empezamos a interrogarle? —se amoscó Hawes.

—Porque en la vida todo tiene un principio, un centro y un final —repuso Brogan filosóficamente, encogiéndose de hombros.

Al fin, muy al final, quedaba establecida la coartada de Warren Expósito. Había estado en el bar de Elmer, bebiendo y contemplando entusiasmado una función improvisada, mientras alguien apuñalaba a su esposa delante de su vivienda.

Volvían a estar donde habían empezado, con el centro y el final muy lejos todavía.

A Las seis de aquella tarde, el coche-patrulla Boy Seven del Distrito Duodécimo, fue enviado al 1133 de Llewlyn Mews, a investigar lo que el comunicante había descrito como «gritos y gran alboroto» en el apartamento. Era un hecho peculiar de la nomenclatura policíaca de la ciudad que a los Distritos Ochenta y siete y Sesenta y tres se les llamase familiarmente Ocho-Siete y Seis-Tres, mientras que los que tenían la numeración del Uno al Veinte se les designaba adecuadamente. En la ciudad no existía el Uno-Seis sino el Décimosexto. De la misma manera, no había el Uno-Dos. Por eso, los hombres que aquel día, siguiente al de la Navidad, respondieron a la llamada fueron los del Distrito Duodécimo.

Saltaron del coche, pasaron por encima de los montones de nieve acumulados en la acera y se abrieron paso dificultosamente hasta una verja de hierro forjado que rodeaba un pequeño patio de pizarra. Abrieron la cancela de la verja y pasaron por entre una serie de pinos australianos hasta la puerta de la casa, pintada de color naranja vivo. Uno de los agentes levantó el macizo aldabón,

dejándolo caer con violencia dos, tres, hasta cuatro veces consecutivas; luego probó el tirador. La puerta no cedía. Dentro de la vivienda todo estaba en silencio. Pensaron que la llamada había sido una 10-90, o sea, una «falsa alarma», mas como eran policías conscientes de su deber, dieron la vuelta a la casa, por el jardín totalmente nevado, y llamaron a la puerta trasera. Después, atisbaron por la ventana de la cocina y volvieron a llamar. Probaron el tirador y la puerta se abrió.

—¡Policía! —gritó un agente, metiendo la cabeza en la cocina—. ¿No hay nadie?

No obtuvo respuesta.

Miró a su compañero, quien se encogió de hombros. Penetraron en el interior, inseguros sobre su derecho a actuar de aquella manera, aunque conscientes de que estaban respondiendo a una llamada y de que su obligación consistía en investigar la causa de la misma escrupulosamente, sobre todo ante aquella puerta trasera abierta, que indicaba que seguramente alguien la forzó.

En la biblioteca, con sus paredes enmaderadas, encontraron a un individuo muerto que llevaba un corto batín rojo, con un cuello negro de terciopelo.

El segundo detective del Distrito Duodécimo era un hombre llamado Kurt Heidiger, que respondió a Homicidios solamente porque su compañero ya estaba en casa, con la gripe, y porque la Comisaría era aquel día un manicomio, y no podía acompañarle nadie. Al momento estableció la causa de la muerte: una serie de puñaladas, casi todas mortales. Se enteró por la vecina de enfrente, la mujer que llamó a Emergencias 911, que el difunto se llamaba Daniel Corbett, propietario de la editorial Harlow House.

Heidiger era un buen policía y un lector prodigioso. Cuando la prensa de la ciudad no estaba en huelga, lo que era cosa muy rara, Heidiger leía los tres periódicos desde la primera a la última página, todos los días de la semana. Así recordó haber leído el viernes la noticia referente a la muerte del escritor Gregory Craig, cuyo libro *Sombras Mortales*, también había leído, y recordó asimismo haber visto un in memoriam con orla negra en la página de crítica de libros de la edición matutina del diario más literario de la ciudad; la

esquela la había publicado una editorial llamada Harlow House. Heidiger sabía pues, que Craig murió víctima de un acuchillamiento brutal. Probablemente no habría relación entre f ambas muertes, pero Heidiger era demasiado listo y experimentado para no explorar hasta la más ínfima de las posibilidades. Una vez hubo terminado con la labor de los técnicos del laboratorio y con los manejos del forense, regresó a la Comisaría y llamó a la Central de Policía para saber quién se había encargado del caso Craig. Cuando le dijeron que el caso pertenecía al Ocho-Siete, llamó allí y supo que el caso Craig estaba en manos de Carella. También, que Carella se había marchado a casa, algo después de las cuatro. Finalmente, logró ponerse en contacto con él a las ocho y quince minutos. Carella escuchó su relato con suma atención y respondió que se reuniría con Heidiger en casa de Corbett dentro de una hora.

Estaba seguro de que el caso Craig se había ampliado con otro cadáver.

Jennifer Groat era una mujer rubia, de casi cincuenta años, con el cabello recogido en un moño en la coronilla y el delantero de la bata manchado de mayonesa o mostaza. Explicó que se disponía a acostarse. La fiesta del día anterior fue agotadora y precisamente tenía que ocurrir esto. Desde el instante en que recibió la visita de los dos detectives manifestó que se arrepentía de haberlos llamado. En esta ciudad, lo mejor era no meterse en los asuntos ajenos.

—Cuando usted llamó al Nueve-Once —empezó Heidiger—, dijo que oía gritos y gran alboroto en el piso de Corbett…

—Sí —asintió Jennifer a regañadientes.

—Llamó usted a las cinco y cincuenta y tres minutos, ¿es así?

—Sí, un poco antes de las seis.

—¿Qué clase de gritos y alboroto oyó?

—¿Qué clase de gritos y alborotos hay? —se burló Jennifer—. Unos gritos y un gran alboroto son unos gritos y un gran alboroto.

—Los gritos…

—Alguien gritó de forma estridente, insoportable.

—¿Y el alboroto?

—Bueno, supongo que eran otros gritos y ruido de muebles o algo por el estilo.

—¿Pedían socorro?

—No lo sé.

—¿Era la misma persona la que gritaba y armaba ruido?

—No lo sé. Oí los gritos y llamé a la Policía. En esa casa siempre hay ruido, pero esta vez fue peor que nunca.

—¿A qué se refiere? —quiso saber Carella al momento—. ¿Qué clase de ruidos?

—Fiestas, reuniones… Gente que bebe y ríe a altas horas de la noche… Bueno, ya sabe. Con la clase de amigos que tenía Corbett… —no terminó la frase.

—¿Qué clase de amigos? —inquirió Heidiger.

—Ya sabe…

—Lo siento, no lo sé.

—No lo sabe… Se lo diré: invertidos, maricas, gays…

Al pronunciar la palabra «gays» hizo un mohín significativo.

—Homosexuales —aclaró Carella.

—¡Nenitas! —le rectificó Jennifer.

—¿Y siempre estaban de fiesta?

—Óh, no siempre, pero bastante a menudo. Yo soy telefonista, tengo el turno de noche y procuro dormir un poco antes de ir a trabajar. Bah, imposible dormir con tanto ruido. En realidad, ahora iba a dormir un rato. Pero cuando no es una cosa, es otra —se lamentó, haciendo otro mohín.

—Esos amigos del señor Corbett —continuó Carella—…, ¿cómo sabe que son homosexuales?

Recordaba la coartada de Corbett a la hora del asesinato de Craig, cuando había estado con una mujer casada llamada Priscilla Lambeth, haciendo el amor en el diván del despacho de ella.

—Uno de ellos vino aquí la otra noche —respondió a Heidiger—, preguntando si era en esta casa donde se daba la fiesta —frunció los labios en disgusto al pronunciar la palabra «fiesta»—. No sabía que Corbett vivía al otro lado de la calle.

—¿Dijo su nombre? —preguntó Carella.

—¿Quién?

—El que buscaba la casa de Corbett, el hombre que habló con usted.

—¿Hombre…? No me haga reír.

—¿Dijo cómo se llamaba?

—¿Por qué tenía que decirlo? Preguntó por Danny —otro fruncimiento de labios—, y le respondí que esto era el 1136 y no el 1133. Me dio las gracias y atravesó la calle.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—La víspera de Navidad. Oh, Corbett dio una gran fiesta aquella noche. Yo, en cambio, tenía que trabajar y quería dormir un poco. Cuando me disponía a hacerlo, llamaron preguntando por Danny.

—¿Vio si alguien entraba furtivamente en el jardín de Corbett o algo parecido? ¿Algo sospechoso?

—Nada en absoluto.

—¿Ni antes de oír los gritos? Naturalmente, me refiero a esa noche.

—A nadie. En realidad, yo estaba en la bañera cuando oí todo el jaleo. Siempre me baño antes de cenar. Luego, como un poco, duermo un rato, que es lo que debería estar haciendo ahora —añadió, mirando el reloj de pared—, me visto y me voy a trabajar.

—¿Vio a alguien en el jardín o en la calle después de oír los gritos?

—Permanecí en el baño.

—O sea, que no llamó inmediatamente a la Policía.

—No. Llamé al salir de la bañera. Bah, allí siempre hay francachelas. Si hubiese tenido que llamar cada vez que Danny daba una fiesta, hubiese tenido que dejar mi trabajo.

—¿A qué hora oyó los gritos?

—No tengo reloj en el cuarto de baño.

—¿Cuánto tiempo estuvo bañándose? Bueno, después de oír los gritos y el alboroto.

—Unos quince minutos.

—La llamada se produjo a las cinco y cincuenta y tres —calculó Heidiger—, lo que significa que usted oyó gritar a… —vaciló mientras calculaba mentalmente—… aproximadamente a las seis menos veinte.

—Eso debe ser.

—Cuando salió del baño —prosiguió Carella el interrogatorio—, ¿vio a alguien en el jardín o en la calle? ¿Alguien cerca de la casa de Corbett?

—No me asomé. Fui al teléfono y llamé a la Policía, de lo contrario, la gresca duraría toda la noche, y yo deseaba cenar y

dormir en paz.

—¿Seguían el griterío entonces?

—No, ya había cesado.

—Sin embargo, usted llamó a la Policía.

—Pensé que podían volver a empezar. Ya sabe cómo es esa gente.

—Hum… —gruñó Carella—. Bien, muchas gracias, señorita Groat. Sentimos haberla molestado.

Ya en la calle, Heidiger encendió un cigarrillo y le ofreció uno a Carella, y éste lo rechazó.

—¿Hablaste con ese Corbett? —preguntó el policía del Duodécimo.

—El sábado pasado.

—¿Te pareció marica?

—Me pareció tan hombre como tú.

—Claro que hoy día existen pocas diferencias. Craig?

—Vivía con una belleza de veintidós años.

—Ya. Entonces, ¿cuál es la solución? ¿Crees que los dos crímenes están relacionados?

—No lo sé.

—Un cuchillo en ambos casos.

—Sí.

—Si esa bruja con la que hemos hablado está en lo cierto, lo de ahora puede ser una pelea entre amantes.

—Tal vez. Mas, solamente tenemos la palabra de esa mujer, con respecto a las aficiones de Corbett. ¿Te ha parecido esa Jennifer un testigo de confianza?

—Me ha parecido una bruja, ya lo dije —replicó Heidiger, secamente—. ¿Quieres una cerveza? Oficialmente estoy de servicio, pero al diablo con ello.

—Después de las fiestas suele haber resacas —sonrió Carella.

—¡Al diablo también con las resacas! —exclamó Heidiger—. Llevo veintidós años en el cuerpo. Jamás acepté ni un centavo de nadie en todo ese tiempo. Bueno, que me castiguen por tomar una cerveza que me apetece. Me gustaría que lo hicieran.

—Tómala sin mí —repuso Carella—. Deseo hablar con cierta persona.

—Estaremos en contacto —se despidió Heidiger, estrechando la

mano de Carella.

En la cabina telefónica de la esquina, Carella buscó en la guía de Isola el nombre de Priscilla Lambeth. No figuraba ese nombre, pero sí otros dos Lambeth. Uno con dos números, un tal doctor Howard Lambeth, el del consultorio y otro particular. Este era el Higley 7-8021, que a Carella le pareció el mismo que el sábado había marcado desde la casa de Corbett. Volvió a marcarlo. Contestó una voz femenina, una voz familiar.

—¿La señora Lambeth?

—Diga…

—¿Priscilla Lambeth?

—Sí.

—Soy el detective Carella. Hablamos el sábado. Usted…

—Le rogué que no volviese a llamarme aquí.

—Han matado a Daniel Corbett —anunció Carella con cierta brutalidad—. Me gustaría hablar con usted. Puedo ir a su casa o vernos en alguna parte.

Reinó un silencio prolongado.

—¿Señora Lambeth…?

El silencio continuó.

—¿Qué prefiere? —insistió Carella.

—Estoy reflexionando.

Carella aguardó.

—Concédame media hora —pidió ella—. Bajaré a pasear el perro. Podemos encontrarnos en Jefferson y Juniper a…, ¿qué hora es?

—Casi las diez.

—A las diez y media —decidió Priscilla Lambeth—. Mi perro es un perdiguero canelo.

Tal como cuadraba a una editora de libros juveniles, Priscilla Lambeth era una mujer baja y morena, con una cara ancha, seductora, y mirada inocente. Llevaba un perro atado al extremo de una correa, un perdiguero que parecía dispuesto a ir de farol en farol para husmear, arrastrando detrás a Priscilla. A Carella le costó bastante mantenerse a su lado.

Priscilla llevaba un anorak azul marino, téjanos del mismo color

y botas altas; iba sin sombrero, por lo que el viento alborotaba su cabello oscuro, dándole el aspecto de una persona a la que acaban de asestar un golpe moral…, y era cierto. Le manifestó a Carella que su noticia la había dejado estupefacta y abatida. No podía creerlo. ¿Danny asesinado? ¡Increíble! ¿Quién podía desear la muerte de un individuo tan amable, tan cortés, tan bueno como Danny?

La Jefferson Avenue, a aquella hora de la noche, se hallaba casi desierta, con los escaparates a oscuras, una especie de vendaval haciendo revolotear los copos de nieve sueltos de las aceras. Hacia el norte, en la Hall Avenue, todavía había gente y algunos taxis que esperaban la salida de la gente de los teatros y los cines. No obstante, debido a la inclemencia del tiempo, la concurrencia era menor que de costumbre; en realidad, la temperatura era de cinco grados bajo cero. Carella andaba con las mano en los bolsillos, el cuello del abrigo levantado y la espalda encorvada. El perdiguero trotaba por delante de la pareja, como el perro-guía de un trineo, tirando de la correa y obligando a su ama a apretar el paso, cosa que también tenía que hacer el detective.

—Señora Lambeth —continuó Carella—. Daniel Corbett declaró que usted y él estuvieron en términos de bastante intimidad. Lo que quiere saber es…

—Me gustaría que no lo dijese —le interrumpió Priscilla.

Su voz era tenue, la voz de una niña de ocho años dentro del cuerpo de una adolescente de trece. Carella se preguntó qué clase de libros editaría. ¿Con dibujos? ¿Habría leído alguno su hija, Abril? El perro se detuvo junto a otro poste, lo olió, lo halló de su agrado y levantó la pata.

—Pero es verdad, ¿no? —insistió Carella.

—Sí, es verdad. Sin embargo, me duele un poco.

El perro volvió a avanzar, tan bruscamente que casi arrancó el brazo de la joven de su hombro. Carella siguió trotando a su lado. Tenía el rostro cortado por el viento y la nariz húmeda. Sacó un pañuelo del bolsillo de su abrigo, esperando que estuviese limpio, y se sonó ruidosamente.

—Señora Lambeth —prosiguió casi sin aliento—, no estoy particularmente interesado en saber de qué modo pasaron ustedes aquella tarde… Pero han asesinado a Corbett, y una vecina insinuó…

Oh, ¿quiere hacerme un favor? Vamos, ate el perro a ese farol y podremos hablar tranquilamente unos instantes.

—Todavía no se ha descargado —sonrió ella.

Carella la miró fijamente.

—De acuerdo, lo ataré.

Priscilla Lambeth se quitó los guantes, se los colocó bajo el brazo y anudó la correa al poste señalado que decía NO APARCAR. Al momento, el perro empezó a aullar. Carella condujo a la joven al portal de una tienda de prendas para caballero, esperó a que volviese a ponerse los guantes y preguntó a boca-jarro:

—¿Era homosexual Daniel Corbett?

Priscilla pareció realmente atónita. Abrió más los ojos. Carella observó que eran verdes. Aquellos ojos escrutaron la cara del detective como para asegurarse de que no se trataba de una broma.

—¿Lo era? —persistió él.

—No lo parecía —repuso la joven con voz más tenue que de ordinario, casi un susurro.

—¿Algún signo de que podía serlo?

—No sé qué quiere decir…

—Señora Lambeth, usted estuvo en términos íntimos con él el mes pasado, de acuerdo con lo que él…

—Sí, pero no a menudo.

—Dos o tres veces, ¿no es verdad?

—Sí, eso mismo.

—Lo que deseo saber es si durante sus encuentros…

—Se comportó normalmente, si se refiere a eso.

—No, no es esto lo que quiero saber.

—Toda esta charla me resulta muy embarazosa —se lamentó ella.

—Lo mismo dijo Corbett. Sin embargo, un asesinato es más embarazoso todavía. Durante sus encuentros, ¿hizo algo que indicara que podía estar al mismo tiempo interesado en los hombres?

—No.

—¿Nunca llevó a otro hombre consigo?

—¿Cómo…?

—Supongo que ustedes también se encontraron en algún otro sitio, aparte de la oficina…

—Sí.
—¿Le acompañó alguna vez un hombre?
—Una vez.
—¿Quién?
—Alex Harrod.
—¿Quién es?
—Un editor de libros de bolsillo. De «Libros Absalom».
—¿Homosexual?
—No estoy familiarizada con los homosexuales.
—¿Por qué le acompañó?
—Danny pensaba que…, bueno…, que se fijarían menos en nosotros si estábamos con alguien más.
—¿Dónde ocurrió esto?
—En el bar del hotel Mandalay.
—¿Cuándo?
—El mes pasado…, no recuerdo la fecha exacta.
—¿Puede contarme qué pasó en aquella reunión?
—No ocurrió nada. Alex tomó unas copas y se marchó. Danny y yo…, subimos a una habitación que él había reservado.
—¿De qué hablaron?
—¿Danny y yo?
—No, los tres. Cuando estaban juntos en el bar.
—De libros. Danny tenía unas obras que creía que Absalom podía comprar.
—¿Solamente de libros?
—Sí. Bueno…, sí.
—¿De qué más, señora Lambeth?
—No, nada. AI menos en el bar.
—¿Pues dónde?
—La verdad, esto lo considero…
—¿Dónde, señora Lambeth? ¿En la habitación? ¿De qué hablaron allí arriba?
El perro aullaba como un lobo hambriento al acecho de un esquimal al salir de su iglú. Entre el perro y el vendaval componían una auténtica sinfonía antàrtica.
—Tengo que desatarle —murmuró Priscilla, mirando al perdiguero.
—No, todavía no —se opuso Carella—. Quiero saber qué le dijo

Corbett después de su charla con Harrod.

—Bueno, fue… una charla de almohada —repuso Priscilla—. En la cama se dicen cosas…

—Lo sé. ¿Qué dijo él?

—Me preguntó si…, si alguna vez había hecho un número.

—¿Un número? ¿Qué quiso decir con esto?

—Quiso decir…, yo con dos hombres.

—¿Pensaba Corbett en algún hombre en particular?

—Me preguntó qué me parecía Harrod.

—¿Era el tipo en quien él pensaba?

—Supongo que sí… Sí. Me preguntó si hallaba atractivo a Alex. Y… sugirió que tal vez… Que sería divertido estar los tres juntos.

—¿Cuál fue su reacción ante esta proposición?

—Respondí que consideraba muy atractivo a Alex.

Hablaba tan bajo que Carella apenas la oía. El perro y el viento se negaban a colaborar. Carella no podía luchar contra el viento, pero le hubiese gustado matar al perro.

—¿Accedió usted a la propuesta?

—Dije…, que lo pensaría.

—¿Volvió a plantearse la cuestión?

Priscilla calló unos segundos, dejando oír con más fuerza los aullidos del perro y el lamento del viento.

—¿Volvió a plantearse la cuestión? —repitió Carella.

—S… sí.

—¿Cuándo?

—En la fiesta de Navidad.

—¿Corbett sugirió de nuevo la conveniencia de estar los tres juntos…?

—Sí.

—¿Cuál fue su respuesta?

Priscilla miró al perro. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, con las enguantadas manos en los sobacos. No apartó la mirada del animal.

—¿Cuál fue su respuesta? —insistió Carella.

—Dije que… podía intentarse. Los dos habíamos bebido mucho, era la fiesta anual de Navidad…

—¿Fijaron una fecha?

—Sí… la fijamos.

—¿Para cuándo?

—Mi esposo se iba a Wisconsin aquella semana. Su madre vive allí, ¿entiende? Está muy enferma y va a visitarla a menudo. Planeamos… ir a la casa que Danny tiene… tenía en el campo el fin de semana del Año Nuevo. Mi marido no debía regresar hasta… el día dos.

—Por el campo, se refiere a Gracelands, claro.

—Sí, Danny poseía allí una casa.

—¿Su casa, una casa suya?

—Pues… sí.

—¿O la compartía con Alex Harrod?

—No lo sé.

—Gracias, señora Lambeth —concluyó Carella—. Ya puede desatar al perro.

El listín telefónico de Isola indicaba que Alexander Harrod vivía en Jacaranda, 511, en el Quarter. Carella llamó para comunicar que estaba investigando un homicidio y deseaba hablar con Harrod. No mencionó que la víctima del homicidio fuese Daniel Corbett; quería decírselo cara a cara. Harrod respondió que ya eran más de las once, y preguntó si el asunto no podía esperar al día siguiente. Carella contestó que las veinticuatro primeras horas después de un crimen tienen una importancia primordial, y finalmente consiguió que Harrod le concediera media hora de su sueño.

La casa donde vivía tenía tres plantas, con la fachada pintada de blanco. Carella llamó al timbre desde abajo, escuchó un zumbido y subió al tercer piso. El apartamento se hallaba al final del descansillo. Llamó a la puerta, que se abrió al momento como si Harrod le aguardase impaciente. A Carella le sorprendió tener delante a un negro alto y esbelto. Priscilla no le dijo que el tercer hombre del propuesto *ménage a trois* fuese negro.

—¿El señor Harrod?

—Sí, entre, por favor.

Llevaba téjanos azules y una apretada camiseta blanca debajo de un cardigan azul, con cuello escotado, iba descalzo y se dirigió a un salón decorado con lo que Carella calificó de «batiburrillo». Era una expresión de Meyer. Todas las paredes estaban llenas de estanterías

atestadas de *objects d'art* y figuritas; jarrones pequeños con flores secas; fotografías en miniatura con marcos ovalados; llaves antiguas: la letra A en diversos tamaños, unas de latón, otras de madera dorada; cierta cantidad de libros, suficientes para llenar una biblioteca más que regular, y varias cartas enmarcadas, de obvio valor sentimental para Harrod. El sofá era de cuero negro, repleto de almohadones; había más en el suelo, formando una especie de asiento turco, unos de seda reluciente y otros con borlas. En una pared, encima del sofá, se veía una pintura de dos hombres dedicados a la lucha libre. El suelo estaba cubierto por una alfombra blanca, impoluta. El calor de la habitación era casi sofocante. Carella pensó que tal vez Harrod cultivase orquídeas en sus ratos libres.

—¿Se trata de Gregory Craig? —preguntó el negro.

—¿Por qué lo pregunta?

—Sé que lo mataron. Absalom publicó la edición de bolsillo de *Sombras*.

—Se trata de Daniel Corbett.

—¿Danny? ¿Qué le pasa?

—Lo han asesinado esta noche —explicó Carella, observando la reacción de Harrod.

Esta fue instantánea. El negro dio un paso atrás, como si el detective le hubiera largado un directo a la mandíbula.

—Bah —quiso tranquilizarse—, usted bromea.

—No bromeo.

—¿Danny…?

—Sí, Daniel Corbett. Lo apuñalaron entre las cinco y media y las seis de esta tarde.

—¿Danny…? —repitió el negro. De pronto, se echó a llorar. Carella no dijo nada. Harrod sacó un pañuelo de papel del bolsillo trasero de los téjanos y se secó las lágrimas—. Lo… lo siento. Éramos tan buenos amigos…

—Por esto estoy aquí, señor Harrod —explicó Carella—. ¿Eran muy íntimas sus relaciones?

—Ya se lo he dicho. Éramos muy buenos amigos.

—Señor Harrod, ¿es cierto que usted y el señor Corbett planeaban ir a Gracelands este final de semana con una joven llamada Priscilla Lambeth?

—¿Quien se lo ha contado?

—La señora Lambeth…

—Entonces… bien…

—¿Es cierto?

—Sí, pero esto no significa…

—Señor Harrod, ¿está enterado de que el señor Corbett sugirió que los tres podían acostarse juntos?

—Sí, estaba enterado. Pero no significa…

—¿No era éste el propósito del viaje a Gracelands?

—Sí, pero…

—¿Había hecho ya esto alguna vez junto con el señor Corbett?

—No, nunca.

—No me refiero a Priscilla Lambeth, sino con cualquier otra mujer.

—¿Que tiene que ver esto con el asesinato?

—No ha contestado a mi pregunta.

—¡No tengo que contestar nada! —se indignó Harrod—. Permita que, a mi vez, le haga una pregunta, señor detective. Si no pensara usted que soy homosexual, ¿me haría las mismas preguntas?

—¡Me importan un comino sus preferencias sexuales, señor Harrod! Esto es asunto suyo. Lo que quiero…

—Claro. Vamos, hombre, eso cuénteselo a su tía.

—¡No tengo ninguna tía! Soy yo quien quiere saber si le entusiasmó o no la idea de compartir la cama con Daniel Corbett y Priscilla Lambeth.

—¿Por qué?

—¿Eran amantes usted y Corbett?

—No tengo por qué responder a esto.

—Tiene razón. ¿Dónde estaba usted a las cinco cuarenta de esta tarde, señor Harrod?

—Aquí. Vine directamente desde la oficina.

—¿Dónde está situada la editorial Absalom?

—En Jefferson, arriba.

—¿A qué hora llegó aquí?

—A las cinco y media, tal vez un poco más tarde.

—¿Habló hoy con el señor Corbett? —Sí.

—¿Sobre qué?

—Nada importante.

—¿Del viaje a Gracelands?

—Es posible.

—¿Qué opinaba del viaje?

—¡Ya vuelve a asomar esa mierda de la mariconería! —protestó Harrod.

—Usted es el que saca a flote el tema. ¿Qué opinaba del viaje?

—No me gustaba la idea. ¿Está claro?

—¿Por qué no?

—Porque yo… —de pronto, Harrod apretó los puños—. ¡Usted no tiene derecho a atosigarme de este modo! No estuve cerca de la casa de Danny cuando lo… cuando lo… —empezó a llorar de nuevo —. ¡Hijos de zorra! —gimió. Volvió a sacar el pañuelo de papel del bolsillo y se secó los ojos—. ¡Siempre nos están atosigando! ¿No pueden, por Cristo, dejarnos en paz?

—Hábleme del viaje —continuó Carella, impertérrito.

—¡No quería ir! —exclamó el negro, llorando—. Estaba enfermo y cansado y… ¡Estaba harto de esos maricones que rodeaban a Danny! Sí, claro, él era guapo, listo… Yo podía resistir esto. Pero… esas condenadas mujeres que siempre intentaba meter en nuestra intimidad… —sacudió la cabeza con pesar—. Le dije que debía decidirse. Danny… me prometió que sería la última vez. Añadió que me gustaría. Que esa chica me encontraba atractivo.

—¿Y usted a ella?

—Repulsiva.

—Pero accedió a ir.

—Por última vez. Le aseguré a Danny que lo abandonaría si insistía en continuar esa clase de relaciones. Y lo hubiese hecho. Era la última… la última vez.

—Y así ha sido, ¿verdad? —comentó Carella.

—Yo estaba aquí a las cinco y media —repitió Harrod—. Compruébelo.

—¿Con quién?

Harrod vaciló.

—¿Con quién estaba, señor Harrod?

—Con un amigo mío. Se llama Oliver Walsh. ¿También piensa molestarle?

—Sí —asintió Carella—. También tengo que molestarle.

Oliver Walsh vivía a corta distancia del apartamento de Alex Harrod. Carella llegó allí a las doce de la noche. No había llamado antes para anunciarse, y le advirtió a Harrod que no telefonease mientras él estaba de camino. Oliver Walsh pareció auténticamente sorprendido al hallar a un policía en su puerta. Tenía diecinueve o veinte años, con una mata de cabello rojo y multitud de pecas en la nariz. Carella lo observó por la puerta entreabierta. Walsh no quitó la cadena hasta que el detective no le enseñó su insignia dentro del estuche de plástico.

—Pensé que era un ladrón —se excusó Walsh.

—Señor Walsh —empezó Carella—, le diré por qué estoy aquí. Quiero saber dónde estaba usted entre las cinco y media y las seis de esta tarde.

—¿Por qué?

—¿Estaba usted en casa? —inquirió Carella, orillando la pregunta.

—No.

—¿Dónde estaba, entonces?

—¿Por qué lo pregunta?

—Señor Walsh… han asesinado a una persona. Sólo quiero saber…

—¡Jesús, no pensará…!

—¿Dónde estaba?

—Entre… entre… ¿qué horas ha dicho?

—Cinco y media y seis.

—Con un amigo mío —respondió Walsh, enormemente aliviado, al parecer.

—¿Cómo se llama su amigo?

—Alex Harrod. Su número telefónico es Quinn 7-64030. Llámele. Vamos, llámele. Él le dirá dónde estuve.

—¿Dónde fue?

—¿El qué?

—¿Dónde estuvo con su amigo Alex Harrod?

—En su apartamento. Jacaranda, 511, tercer piso, apartamento treinta y dos. Vamos, llámele.

—¿A qué hora llegó allí?

—Hacia las cinco y veinte. Alex acababa de llegar del trabajó.

—¿Hasta cuándo estuvo con él?

—Me marché a las nueve y media.

—¿Salió alguna vez del apartamento mientras tanto?

—No, oh, no.

—¿Y Harrod…?

—No. Estuvimos siempre juntos.

—¿Hace mucho que conoce a Harrod?

—Nos conocimos recientemente.

—¿Cuándo?

—La víspera de Navidad.

—¿Dónde?

—En una fiesta.

—¿Dónde se daba la fiesta?

—En el Quarter.

—¿En qué parte del Quarter?

—En Llewlyn Mews. Un tipo llamado Daniel Corbett daba una fiesta, y un amigo me pidió que lo acompañase.

—¿Conocía ya a Corbett?

—No, me lo presentaron aquella noche.

—¿Y allí conoció también a Harrod?

—Exacto.

—¿Ha hablado con Harrod desde que sabe esta tarde de su apartamento?

—No, en absoluto.

—Podemos comprobar con la compañía telefónica las llamadas efectuadas desde aquí o desde casa de Harrod a usted.

—Compruébelo —le retó Walsh—. Le dejé a las nueve y media. No he hablado cae él desde entonces. ¿A quién han asesinado? ¿No será a Alex, verdad?

—No, no ha sido a Alex. Gracias por su colaboración, señor Walsh.

8

De acuerdo con la reconstrucción realizada más tarde, el asesino se había equivocado de víctima. El error era razonable; incluso Carella cometió anteriormente el mismo error. El asesino debió de estar vigiándola durante los últimos días y cuando la vio, o vio a la joven que supuso era Hillary Scott, salir del edificio de apartamentos de Stewart City, a las ocho treinta del miércoles por la mañana, la siguió hasta la taquilla del metro y allí intentó matarla con lo que Denise Scott describió después como «el cuchillo más grande que he visto en mi vida».

Unos minutos más tarde, Denise llegó a su apartamento con la parte delantera de su abrigo negro y su blusa de satén blanco completamente desgarradas. Hillary llamó a la Comisaría del distrito y después a casa de Carella. Este y Hawes llegaron al apartamento una hora más tarde. Se hallaban ya presentes los agentes de Midtown South, sin saber qué hacer en realidad. Le preguntaron a Carella si debían presentar el informe a su Comisaría como un 10-24 (Asalto Fallido), o si se ocuparía del asunto el Ochenta y Siete. Carella contestó que el ataque podía estar vinculado a un homicidio en el que ya trabajaban, y que los agentes podían olvidarse de todo el caso. Sin embargo, los dos agentes no quedaron muy convencidos.

—¿Y el informe? —preguntó uno de ellos—. ¿Quién se cuidará del informe?

—Yo mismo —repuso Carella.

—Es posible que esto nos ponga en un aprieto —comentó el otro agente.

—Bien, si desean archivarlo ustedes, adelante.

—¿Como qué? ¿Un 10-24?

—Sí, eso es lo que ha sido.

—¿Dónde ponemos que ocurrió?

—¿A qué se refiere?

—El tipo que intentó apuñalarla lo hizo en la boca del Metro, en Marters. Ella, no obstante, no nos llamó hasta llegar aquí. Entonces… ¿dónde registramos el hecho?

—Aquí —decidió Carella—, Ustedes se encuentran aquí ¿no es cierto?

—Sí, pero no fue aquí donde tuvo lugar el intento.

—De acuerdo, yo archivaré el informe —se ofreció Carella.

—Por lo visto, ustedes no tienen un sargento como el nuestro, amigo —gruñó el primer agente.

—Oigan, deseo interrogar a la víctima —le atajó Carella—. Ya les he dicho que se trata de un caso de homicidio que estamos investigando, de manera que permitan que yo me ocupe de todo y no se preocupen por nada.

—Denos su nombre y el número —pidió el segundo agente.

—Detective de segundo grado Stephen Louis Carella —recitó él con impaciencia—. Distrito Ocho Siete. Mi número es el siete, uno, cuatro, cinco, seis, tres, dos.

—¿Lo has anotado? —le preguntó el segundo policía al primero.

—Lo he anotado.

Los dos agentes abandonaron el apartamento, todavía inquietos por lo que podía decirles el sargento de su Comisaría.

Denise Scott sufría un verdadero shock. Tenía el rostro muy pálido, le temblaban los labios y no se había quitado el abrigo, como si lo considerase todavía un escudo contra el cuchillo de su asaltante. Hillary le dio una generosa ración de coñac, y al cabo de dos o tres sorbos retornó el color a sus mejillas, y Denise se mostró dispuesta a hablar de lo sucedido. En realidad, era muy simple. Alguien la había agarrado por detrás cuando empezaba a bajar las escaleras del metro, y le había desgarrado la parte delantera del abrigo con el cuchillo más grande que viera en su vida. Denise había golpeado a su atacante con el bolso, empezó a chillar, y el desconocido echó a correr al oír unos pasos que bajaban, atropellando a todo el mundo.

—¿Seguro que era un hombre? —la interrogó Carella.

—Seguro.

—¿Cómo era? —quiso saber Hawes.

—Bueno, le vi sólo de refilón. Pero observé un cabello negro y

creo que unos ojos pardos. Una cara muy afilada —replicó Denise con cierta vacilación.

—¿Edad?

—Veintiocho o veintinueve, supongo.

—¿Le reconocería si volviese a verle?

—Al instante.

—¿Le dijo algo?

—Ni una palabra. Sólo me atrajo hacia sí y trató de apuñalarme. Fíjese cómo han quedado mi abrigo y mi blusa —gimió.

A continuación, abrió más el escote de la blusa para examinarse el seno izquierdo. Hawes pareció muy interesado en averiguar si el cuchillo había penetrado o no en la carne, observando el escote con la atención de un interno de hospital.

—Tuve mucha suerte, ésta es la verdad —añadió Denise, tapando el seno con la blusa.

—Iba a por mí —musitó Hillary.

Carella no le preguntó por qué estaba tan segura, puesto que él opinaba exactamente lo mismo.

—Dame tu abrigo —pidió de repente Hillary.

—¿Qué? —se sobresaltó su hermana.

—Tu abrigo. Dámelo.

Denise se lo quitó. La cuchillada había desgarrado la blusa sobre el pecho izquierdo. Por debajo del desgarrón, Hawes tuvo otro atisbo de la maravillosa y tersa piel de la joven, una piel casi más blanca que el satén de la blusa. Hillary sostuvo el abrigo negro contra su pecho como si fuese un amante. Cerró los ojos y empezó a balancearse como hiciera al besar a Carella. Hawes la miró con extrañeza, después miró a la hermana y decidió que prefería acostarse con Denise que con Hillary. De pronto, decidió lo contrario. Acto seguido, pensó que no estaría mal acostarse con las dos a la vez, en la cama monumental de su apartamento. Carella, que no era psicólogo, ignoró que todo el mundo, durante aquellos días más o menos festivos, pensaba en tercetos y cuartetos… y no precisamente musicales. Hillary empezó a murmurar con la misma voz de la sesión anterior:

—La cinta… has robado… la cinta…

Hawes la contemplaba lleno de estupefacción, puesto que no había asistido al trance de Hillary ante Carella. Denise,

acostumbrada al estilo de su hermana, bostezó. El coñac estaba haciéndole efecto. Había olvidado, al parecer, que escasamente una hora antes alguien trató de enviarla al mundo invisible donde ahora se hallaba mentalmente Hillary. En efecto, la joven médium había asegurado que un fantasma era el asesino de Gregory Craig, el mismo fantasma quizá que intentó matar a su hermana. Aquel abrigo negro destilaba unas emanaciones para Hillary que podían indicar muchas cosas… o ninguna.

—Hampstead… Hampstead —murmuró Hillary.

A Carella se le erizó el pelo de la nuca. Hawes, mirando a Denise, que tenía las piernas cruzadas y sonreía al compañero de Carella con el abandono producido por el coñac, solamente sintió erizársele el vello de la entrepierna.

—Mass… —continuó murmurando Hillary, con los ojos cerrados, siempre balanceándose y el abrigo de su hermana apretado contra su pecho—. Mass… Massachusetts. Hampstead, Massachusetts.

Carella se quedó boquiabierto.

Hillary abrió los ojos. Miró al detective, aunque sin verle en realidad. La mirada de Carella era tan vacua como la de la joven. Parecían una pareja de sabios idiotizados al compartir el mismo descubrimiento misterioso. Se miraban uno al otro, separados por un abismo de un metro escaso donde bullían demonios susurrantes y cadáveres inquietos. Carella tenía los pies fríos. Miraba a Hillary sin pestañear, igual que ella le miraba a él, y hubiese jurado que los ojos de la muchacha destellaban fuego, con todos los rojos y amarillos de ópalos deslumbrantes.

—Alguien… se ahogó en Hampstead, Massachusetts —susurró la médium.

Lo dijo directamente a Carella, ignorando a Hawes y a Denise. El detective sabía que Hillary convivió más de un año con Craig, de modo que éste podía contarle que su mujer se ahogó a unos tres kilómetros de la casa alquilada por él, casa que se hizo famosa con la obra *Sombras Mortales*; pese a esto, creyó que este conocimiento procedía del abrigo negro que tenía en las manos.

—Usted y yo iremos a Massachusetts —añadió Hillary.

Carella comprendió que irían, porque la esposa de Craig se había ahogado allí tres veranos antes; porque ahora habían muerto otras

tres personas más, aparte del nuevo intento de asesinato contra Denise Scott… y porque, al fin y al cabo, era posible que hubiese fantasmas complicados en el asunto.

Esperaban llegar a la una de la tarde, cálculo bastante plausible si salían de la ciudad hacia las diez, teniendo en cuenta que Hampstead, según el mapa, se encontraba a unos trescientos kilómetros de distancia. Las carreteras estaban secas y en buen estado, pues la tormenta de nieve solamente se había abatido sobre la ciudad, sin tocar las zonas circundantes. Sin embargo, al llegar a Massachusetts comenzaron las dificultades. Si hasta entonces Carella mantuvo una velocidad de noventa kilómetros por hora, de acuerdo con el límite impuesto por la policía federal, en Massachusetts se vio obligado a rebajar el límite a cincuenta de promedio. El problema no era la nieve, ya que los Estados que esperan esquiadores en los meses invernales suelen dejar los caminos libres desde el instante en que cae el primer copo, a base de máquinas y trabajo humano. Pero la temperatura había descendido a los diez grados bajo cero, y la nieve caída por la mañana que se había fundido a mediodía estaba de nuevo helada, cubriendo el asfalto con una fina capa de hielo que hacía la conducción terriblemente peligrosa y extenuante.

Llegaron a Hampstead a las dos y veinticinco. El cielo se hallaba encapotado y soplaba un vendaval procedente del mar que azotaba los postigos de las ventanas de las casas costeras. Era como si la ciudad hubiese surgido del Atlántico como un monstruo prehistórico para secarse al sol, y hubiera hallado tan sólo un litoral inhospitalario y rocoso, sobre el que se había dejado caer desalentado y exhausto. Todas las casas de la costa mostraban un color gris uniforme, con sus tejas estropeadas por la inclemencia del tiempo, evocando la época en que Hampstead era un pueblecito de pescadores, cuyos habitantes se hacían a la mar en barcas como cáscaras de nuez. Todavía se veían redes y otros aparejos de pesca, pero el inevitable progreso había transformado la ciudad en una sucesión de moteles y restaurantes que literalmente barrían lo que de todos modos nunca habría sido un paraje encantador.

El parque era un rectángulo de césped IH marchito, rodeado por

los edificios municipales de la ciudad y un hotel de cuatro plantas que ostentaba el pomposo nombre de Las Armas de Hampstead. El chillón oropel de las festividades adornaba la plaza como un escuadrón de bailarinas ataviadas con lentejuelas y banderolas. En el centro se alzaba un enorme abeto apagado, que más parecía una gaviota marina que perdiera la orientación. Carella aparcó el coche, y él y Hillary se encaminaron al Ayuntamiento, donde esperaban hallar la oficina del coroner y los datos relativos a la muerte de la esposa de Gregory Craig.

Hillary llevaba un abrigo de piel de mapache, un gorrito de paño marrón encasquetado hasta las orejas, guantes del mismo color, así como las botas, y la ropa que ya llevaba en casa de su hermana: una falda beige con rayas verdes y grises, un suéter de cuello alto color chocolate y otro de cuello bajo con botones de cuero. Carella lucía la ropa recibida como regalo de Navidad: pantalones de franela oscuros, de parte de Fanny; una camisa colorada, de Abril; una chaqueta deportiva color arenque ahumado, de Teddy; un abrigo azul, con forro de lana y cuello de imitación piel, también de Teddy, y un par de guantes forrados de piel, obsequio de Mark. Tenía los pies fríos; aquella mañana se había calzado unos zapatos de piel fina, pues no esperaba tener que recorrer las calles de una ciudad costera del estado de Massachusetts, con una temperatura bastante por debajo del cero, y con un vendaval atlántico, que semejaba la venganza de todos los marinos naufragados en aquellas aguas revueltas y oscuras.

—Sí —murmuró Hillary al cruzar el Parque—, ya sabía que esta ciudad era así.

El ayuntamiento era un edificio blanco con un tejado gris. Miraba al oeste, o sea, de espaldas al océano, protegiendo a la calle y al Parque de los embates violentos del vendaval. Todas las luces se hallaban encendidas, en defensa contra la oscuridad de la tarde; parecían faros orientando a los marineros extraviados.

Dentro, el edificio estaba tan caliente como un almacén general con su estufa de hierro en el centro. Carella estudió el tablero informativo del vestíbulo, un rectángulo negro con letras blancas de plástico, anunciando los diversos departamentos y despachos, con

su correspondiente numeración. No había ninguna oficina del coroner. Carella, entonces, decidió dirigirse a Secretaría, donde habló con una empleada que hablaba como el difunto presidente Kennedy. Explicó que las oficinas de aquél se hallaban en el Hospital General de la ciudad, a unos tres kilómetros al nordeste, al otro lado del Bight. A pesar de la contrariedad que suponía aquella nueva pérdida de tiempo, Carella regresó, junto con Hillary, al coche, y ambos corrieron hacia el norte, por una carretera costera que empezó a curvarse después de pasar una balsa de agua salada, que no obstante resultó ser, según un enorme cartel, HAMPSTEAD BIGHT.

—¡Aquí es donde se ahogó! —exclamó Hillary—. ¡Pare!

—No —se opuso Carella—. Tenemos que saber antes cómo se ahogó.

El coroner era un hombre de unos setenta años, tan pálido y mustio como un cadáver, con una orla de pelo gris en torno a su calva. Llevaba un suéter de punto marrón, una camisa blanca de cuello raído, y una corbata del color de las boñigas de vaca. Tenía la mesa atestada de carpetas de archivo. Una placa negra, de plástico, anunciaba su nombre en caracteres blancos: HIRAM HOLLISTER.

Carella entró solo en el despacho.

Una cosa era llevar consigo a una médium, fiel creyente en los fantasmas, y otra muy distinta efectuar una encuesta oficial en presencia de una beldad de veintidós años, que lucía un abrigo de piel de mapache, lo que le daba un aspecto de niña mimada.

Hillary, por tanto, se quedó sentada en un banco del pasillo.

—Estoy investigando tres homicidios posiblemente relacionados entre sí —empezó Carella, mostrando su insignia—. Una de las víctimas fue un escritor llamado Gregory Craig, que…

—¿Qué dice aquí? —le interrumpió Hollister, mirando muy de cerca la insignia dorada con el ribete de esmalte y el sello de la ciudad.

—Detective —respondió Carella.

—Oh, detective. Claro…

—Una de las victimas fue un escritor llamado Gregory Craig. Su esposa, Stephanie Craig, se ahogó en el Bight de Hampstead, hace tres veranos. El jurado llegó a la conclusión de que la muerte fue

accidental. Me pregunto si…

—Sí, hace tres veranos —asintió Hollister.

—¿Recuerda el caso?

—No, recuerdo lo que pasó hace tres veranos. Fue el año en que llovió tanto.

—¿No está archivado el caso? Supongo que se celebraría una investigación…

—Oh, sí, siempre se celebra cuando alguien muere ahogado.

—Stephanie Craig —repitió Carella—. ¿Le dice algo este nombre?

—De memoria, no. Aquí vienen muchos turistas; claro, que ignoran el peligro de las corrientes. Sí, siempre hay alguien que se ahoga. Bueno, en realidad, igual que en cualquier otra población marítima.

—¿Recuerda el nombre de Gregory Craig?

—Tampoco.

—Escribió un libro titulado *Sombras Mortales*.

—No lo he leído.

—Trata de una casa de esta ciudad.

—No, no sé nada de eso.

Carella reflexionó brevemente sobre lo inestable de la fama. Detrás de su mesa, Hollister inclinó la cabeza varias veces como si de repente recordase algo.

—Sí… —murmuró.

Carella esperó pacientemente.

—Llovió mucho aquel verano. La lluvia se llevó incluso el muelle de Logan. Claro que en realidad, solamente se llevó el embarcadero.

—Señor Hollister —le atajó el detective—, ¿podría encontrar el archivo de la investigación?

—Sí, al final del pasillo —respondió el coroner, consultando su reloj—. Oh, son casi las tres, y deseo llegar a casa antes de que estalle la tormenta. Dicen que la nieve alcanzará un espesor de veinte centímetros. ¿Lo sabía?

—No —Carella miró su propio reloj—. Si me deja la carpeta —propuso Carella—, le echaré una ojeada y después la dejaré sobre su escritorio… si no le importa.

—No me importa.

—Puedo firmarle un recibo en mi capacidad oficial como…

—No necesito ningún recibo —rechazó Hollister la proposición —. Sólo le pido que no me revuelva nada.

—Tendré mucho cuidado —prometió Carella.

—Los policías de otros Estados vienen por aquí a menudo —comentó el coroner—. Ninguno es aseado ni ordenado.

—Lo comprendo, señor —respondió Carella, imaginando que el «señor» halagaría al anciano—. Estoy acostumbrado a manejar archivos y le prometo que devolveré la carpeta en la misma condición en que está ahora, señor.

—Está bien, no se hable más.

Hollister se levantó de la silla giratoria, sorprendiendo a Carella con una estatura digna de un jugador de baloncesto. Siguió al coroner por el pasillo, pasando por delante de Hillary, que estaba sentada en el banco y le miró inquisitivamente, hasta un cubículo indicado en el cristal opaco de la puerta como ARCHIVO. Estaba lleno de archivadores de madera, cubiertos de polvo, que seguramente habrían alcanzado elevadas cotizaciones en las tiendas de antigüedades de Isola.

—¿Cuál es el apellido? —indagó el viejo.

—C-r-a-i-g —deletreó Carella, y volvió a pensar en la inestabilidad de la fama; se preguntó si en aquel mismo instante habría alguien en Norteamérica queriendo saber cómo se deletreaba Hemingway, Faulkner o incluso Harold Robbins.

—C-r-a-i-g —repitió Hollister.

Abrió el cajón de un archivador; fue deletreando el apellido, hasta que encontró la carpeta.

—¿Stephanie? —preguntó.

—Stephanie.

—Es ésta —Hollister estudió de nuevo el nombre antes de entregarle la carpeta al detective—. Cuando termine déjela sobre el archivador. No intente archivarla, ¿entiende?

—Sí, señor.

—De lo contrario, podría cambiarla de sitio.

—Sí, señor.

—Puede instalarse a aquella mesa que está al lado de la ventana, quitarse el abrigo y ponerse cómodo. ¿Quién es esa joven que parece un oso gris?

—Me ayuda en la investigación.

—Si quiere, puede pasar. No deseo que se hiele en el pasillo. Allí hay mucha corriente de aire.

—Gracias, señor.

—Bien, nada más —concluyó Hollister.

Se encogió de hombros y dejó solo a Carella con la carpeta. El detective se asomó al pasillo. Hillary continuaba en el banco, golpeando el suelo impacientemente con uno de sus pies.

—Venga —la invitó Carella.

Ella se levantó al momento y recorrió el pasillo, resonando los tacones de sus botas sobre el suelo de madera.

—¿Sabe algo? —inquirió con avidez.

—Tengo la carpeta de la investigación.

—Nos enteraremos de más cosas en el Bight —afirmó la joven.

Carella encendió la lámpara de la mesa y acercó una silla para Hillary. Ella no se quitó el abrigo de piel de mapache. Afuera, empezaba a nevar. El tictac del reloj de pared señalaba el paso de los segundos: eran las tres menos siete minutos.

—Tenemos que apresurarnos y salir de esta maldita ciudad —observó Carella— antes de que se nos eche encima la tormenta.

—Hemos de ir al Bight —le recordó Hillary—. Si le he acompañado es porque quiero ir al Bight. Y ver la casa que alquiló Craig.

—Si hay tiempo…

—De todas maneras, no podemos salir ya —replicó la joven—. La autopista cuarenta y cuatro está cerrada.

—¿Cómo lo sabe? —se admiró Carella—. Ejem…, bueno, apresurémonos. ¿Desea examinar esto conmigo? Si hay algo que…

—Únicamente deseo tocar esos papeles fue la extraña respuesta.

Tras el trance logrado con el abrigo de su hermana, Carella no se atrevió a oponerse a su petición. Mientras se dirigían a Massachusetts, ella había intentado explicarle cuales eran los poderes que ella, y otros como ella, poseían. Carella la escuchó atentamente, en tanto Hillary hablaba de la percepción extrasensorial, que internacionalmente se conoce como ESP, así como de la psicometría en particular, que definió como la

capacidad de medir el fluido con el sexto sentido, así como las radiaciones electromagnéticas de otras personas, a menudo tocando un objeto propiedad de aquéllas, o una prenda de vestir. Los individuos benditos (o malditos, añadió Hillary) con este don, son capaces de conseguir información del pasado, del presente y, a veces, en el caso de los grandes psicométricos, del futuro. Explicó que el tiempo, desde el punto de vista psíquico, debe considerarse como un inmenso disco de música con millones y millones de surcos y muescas, que contienen millares de datos grabados. La persona con poderes psíquicos, en cierto sentido, es alguien que posee la extraordinaria capacidad de levantar el metafórico brazo de un gramófono y colocar la aguja en uno de los surcos, reproduciendo mentalmente la información conservada en el disco. Hillary desconocía el mecanismo exacto respecto a los sucesos del futuro, pues nunca había conseguido profetizar algo que debía ocurrir. Sus poderes se reducían a la clarividencia, la clariaudiencia y la clariesencia, pero estaba completamente segura de su poder para intuir correctamente, mediante la energía electromagnética de un objeto, los acontecimientos pasados o actuales relacionados con dicho objeto. Esto lo había logrado ayer con el abrigo de su hermana porque la prenda estuvo en contacto con el cuchillo del asesino, y el fluido fue lo suficientemente poderoso como para transmitirse del ser humano al objeto y después a otro objeto, que en este caso era el abrigo de Denise.

Su disertación, realizada con gran sobriedad, convenció a Carella de que la joven tenía unos poderes que él no comprendía en absoluto.

Sentados los dos a la mesa, con la carpeta entre las manos del detective, éste la abrió y empezó a leer. Hillary no leía. Simplemente, tocó la esquina superior derecha de cada página, sosteniéndola entre el pulgar y el índice, con los ojos cerrados y su cuerpo balanceándose ligeramente en la silla. Llevaba un perfume muy fuerte que Carella no había notado durante el trayecto en coche. Supuso, por consiguiente, que la concentración psicométrica creaba una serie de emanaciones y efluvios que aumentaba la fuerza del perfume de Hillary.

Según la investigación celebrada el dieciséis de septiembre, tres semanas después del trágico suceso ocurrido hacía tres veranos,

Stephanie Craig estaba nadando sola en el Bight, entre las tres y las tres cincuenta de la tarde, cuando, de acuerdo con lo declarado por los escasos testigos del caso, la joven desapareció repentinamente bajo la superficie del agua. Reapareció en dos ocasiones, luchando por sostenerse y respirar, mas al sumergirse por tercera vez no volvió a salir. Uno de los testigos sugirió en la encuesta judicial que a la señora Craig (al parecer, todavía conservaba el «señora» cuatro años después de divorciarse de Craig) pudo apresarla un tiburón «o cualquier otro pez». El tribunal rechazó tal sugerencia, observando que no hubo sangre en el agua…, y quizá también a causa de que algunos libros y películas desalentaban a los turistas a bañarse en las poblaciones costeras: lo último que Hampstead necesitaba era el miedo a los tiburones o a cualquier otra dase de monstruo marino.

El tribunal dirigió la encuesta judicial escrupulosamente. El criado de la señora Craig declaró, por su parte, que su ama se fue hacia la playa a las dos y media de la tarde, llevando consigo una toalla y un bolso colgado al hombro, tras decirle que pensaba «ir andando hasta el Bight para darse una zambullida». Llevaba, como recordó con claridad, un bañador azul y sandalias. Los testigos de la playa recordaron haberla visto acercarse al borde del agua, probar su frialdad con los pies, retroceder para dejar las sandalias, la toalla y el bolso sobre la arena. Un testigo mencionó que «era el primer día de sol después de varias semanas», comentario que no debió gustar demasiado a los dos miembros de la Cámara de Comercio, que formaban parte del jurado.

Stephanie Craig se metió en el agua a las tres. Aquel día, el Bight se hallaba más encalmado que de costumbre. Protegido por una escollera natural, donde por el lado oriental se estrellaban las olas, con arena blanca, muy rara en aquellos parajes, era un lugar tranquilo y seguro para nadar, predilecto de la gente de la localidad y los turistas. Aquel día, había en la playa sesenta y cuatro personas. Solamente una docena presenciaron el suceso. Todas contaron exactamente lo mismo. Stephanie se hundió de pronto y se ahogó. Punto final. El informe del forense establecía que no hubo contusiones, laceraciones ni magulladuras en el cuerpo, por lo que se descartó al instante que un tiburón «u otra clase de monstruo marino» la hubiese arrastrado bajo el agua. Añadía el informe que el cadáver llegó al depósito solamente con la parte inferior del

bañador, habiéndose perdido la pieza superior seguramente al debatirse intentando salvarse. Los análisis de drogas y alcohol fueron negativos. El forense que efectuó la autopsia no pudo decidir si la desgracia se debió a un calambre o a una repentina imposibilidad de mantenerse a flote, si bien el jurado concluyó que la causa probable del accidente era «un terrible calambre o una serie de calambres que dejaron indefensa a la señora Craig en unas aguas que tenían una profundidad de cinco metros». Otro testigo declaró que la señora Craig se hundió por última vez a las cuatro menos diez, lo que significaba que llevaba nadando casi una hora en unas aguas de temperatura no demasiado amable. No obstante Stephanie Craig había ganado tres medallas de natación en la universidad Holman, cosa que no se mencionó en la encuesta judicial.

Carella cerró la carpeta. Hillary pasó las manos por encima de la misma y abrió los ojos.

—No fue un accidente —murmuró—. El que mecanografió este informe sabía que no fue un accidente.

Carella volvió a hojear las páginas de la carpeta en busca del nombre o las iniciales del mecanógrafo en cuestión. No halló ninguna de ambas cosas. Tomó nota mental de llamar a Hollister y averiguar quién era dicho mecanógrafo.

—Ahora tenemos que ir al Bight —decidió Hillary—. Por favor, vayamos allí antes de que oscurezca más.

Cuando llegaron era casi de noche. La luz que aún se vislumbraba en el horizonte era difusa a causa de la nieve que caía, dificultando la visibilidad y el camino. Ya en la playa, contemplaron el agua. Stephanie Craig se ahogó a unos veinticinco metros de la orilla y a diez de la protección que brindaba la curva natural del rompeolas. Formaba como un anzuelo, con un extremo saliente como un ángulo agudo al nordeste, en tanto que las rocas del otro extremo se curvaban sobre sí mismas en una especie de gruta natural. Por la parte del océano, las olas se estrellaron contra aquella escollera, decididas a resquebrajarla lo antes posible. La gruta quedaba bien resguardada, de modo que únicamente la espuma y las rociadas intimidaban a los arremolinados copos de

nieve. Encima de la gruta se hallaba una escalerilla de hierro unida al rompeolas. Hillary se volvió de espaldas al mismo, con lo que Carella comprendió que la joven pensaba descender a la playa rocosa de abajo.

—¡Ah, eso no! —exclamó, asiéndola del brazo.

—Abajo no puede ocurrir nada —protestó ella—. ‘El mar queda al otro lado.

Carella miró hacia abajo. Sí, la gruta parecía segura. Por la parte del océano, el oleaje rompía furiosamente contra la escollera, pero en la cueva habría podido dejar a su hija de diez años con su pato de goma. A continuación, precedió a Hillary hacia la escalerilla. Cuando ella empezó a bajar, vio la falda revoloteando en torno a sus piernas. Abajo, el viento estaba en calma. Una cueva pequeña abría su boca detrás de la playa rocosa, excavada en el rompeolas.

Dentro, distinguieron un bote pintado de verde, manchado de rojo más abajo de los oxidados toletes. Hillary se detuvo ante la cueva.

—¿Qué sucede? —inquirió Carella.

—Estuvo aquí.

—¿Quién?

La luz disminuía con rapidez. Carella hubiese debido coger la linterna de la guantera del auto, mas no lo había hecho. La cueva no era muy seductora. Carella siempre se burlaba de los claustrófobos, considerándolos unos maniáticos, pese a que temía verse atrapado en un espacio pequeño, incapaz de moverse atrás o adelante. Siguió a Hillary al interior de la cueva, agachando la cabeza para no darse contra el techo, tratando de divisar algo más allá del bote. La cueva no era muy honda y terminaba bruscamente a unos cinco metros de la entrada. Los muros estaban mojados. Hillary tocó uno de los oxidados toletes. Al momento, se llevó la mano a la espalda como alcanzada por la corriente eléctrica.

—No… —murmuró.

—¿Qué sucede? —repitió Carella.

—¡No! —gritó ella, dando un paso atrás—. ¡Oh, no, por favor, no!

De pronto, movió la cabeza y salió de la cueva. Cuando él salió, la joven trepaba ya por la escalerilla. Al llegar a lo alto, el viento se apoderó de su falda, pegándosela a los muslos. De repente, echó a

correr a lo largo del rompeolas, con el mar estrellándose a su izquierda, hacia la playa donde estaba el coche. Carella la siguió, falto de respiración, perdiendo casi el equilibrio entre las rocas, temiendo caer al agua y ahogarse.

Cuando llegó al auto, Hillary ya estaba dentro, con los brazos cruzados sobre el abrigo de mapache, el cuerpo convertido en un puro temblor.

—¿Qué ocurrió en la cueva? —se obstinó él.

—Nada.

—Cuando tocó el bote…

—Nada.

Carella puso en marcha el motor. En la playa había ya al menos quince centímetros de nieve. El reloj del salpicadero señalaba las cuatro. Conectó la radio con la esperanza de oír las noticias locales, pero antes de escuchar el parte meteorológico tuvo que soportar un informe sobre el nuevo plan presidencial para combatir la inflación, después de un artículo referente al último conflicto de Oriente Medio. AI final, dieron el parte. La tormenta acababa de llegar a Massachusetts; se esperaba que la nieve alcanzara los cuarenta centímetros de espesor antes del amanecer. La autopista cuarenta y cuatro estaba cerrada al tráfico. Los desvíos del sur y el oeste eran peligrosos. El Departamento de Tráfico del estado rogaba a los automovilistas que retiraran sus vehículos de las carreteras a fin de dejar libre acceso a las máquinas quitanieves.

—Es mejor que regresemos a Hampstead —propuso el detective —, y tratemos de encontrar un par de habitaciones para pasar la noche.

—No —se opuso, pese a su temblor—. Quiero ver la casa que Greg alquiló aquel verano.

—No deseo quedar atascado aquí, en medio de…

—Nos pilla de paso. A tres kilómetros del Bight. ¿No dijo eso la hija de Greg?

Abigail Craig dijo: «Se ahogó en el Bight, a unos tres kilómetros del sitio donde mi padre tenía alquilada su famosa casa encantada». Aunque no creía en los poderes psíquicos de la joven más que a medias, Carella estaba seguro de que Hillary no se hallaba al

corriente de la conversación que él sostuvo con Abigail, de manera que debió conocer aquella respuesta por medio de sus capacidades psíquicas. Claro que también era posible que Hillary supiese casi de memoria la obra *Sombras Mortales*, y si su autor había descrito la casa con todo lujo de detalles, ella debía estar enterada de su situación geográfica.

—A tres kilómetros del Bight pueden ser tres kilómetros en cualquier dirección —rezongó Carella—. No me gustaría terminar en el Atlántico.

—No, está camino de Hampstead.

—¿Lo pone en el libro?

—Reconocí la casa cuando pasamos cerca.

—No ha contestado a mi pregunta.

—No, en el libro no dio su situación exacta.

—¿Por qué no lo dijo cuando pasamos por delante?

—Porque el campo era muy potente.

—¿Qué campo?

—El campo electromagnético.

—¿Tan potente como para hacerla callar?

—Tan potente que me asustó.

—Y el Bight no, ¿eh? Cuando pasamos por el Bight…

—El Bight solamente fue el sitio donde se ahogó. La casa, en cambio…

Tembló de nuevo y se arrebujó en su abrigo. Carella nunca había oído castañetear los dientes de nadie y creía que era una mentira. No lo era: los dientes de la muchacha castañeteaban, dejando oír el sonido por encima del ruido del motor.

—Bien, ¿qué pasa con esa casa encantada?

—He de verla. La casa fue el comienzo. Fue en la casa donde empezó todo.

—¿Qué es todo?

—Los cuatro asesinatos.

—¿Cuatro? —se asombró él—. Sólo ha habido tres.

—Cuatro —repitió Hillary.

—Gregory Craig, Marian Expósito, Daniel Corbett…

—Y Stephanie Craig —concluyó ella.

9

La casa se alzaba al borde del océano, a tres kilómetros del Bight según el cuentakilómetros. Carella aparcó el coche en un sendero de arena cubierto de nieve, flanqueado por hierbajos y ciruelos. A la izquierda de la entrada había un pino solitario, como un gigantesco soldado napoleónico en las afueras de Moscú. La casa era gris, con tejas grises arriba, tejas más grises en la torrecilla, y el mismo color en la puerta, los postigos y los marcos de las ventanas. Una chimenea se elevaba en la esquina norte, contribuyendo con su columna de color rojo a dar vivacidad al conjunto, como un alarido vertical contra el gris general y el blanco de la nieve circundante. Carella llevaba la linterna en la mano. Con ella iluminó un cartel colocado en la ventana más próxima a la puerta de entrada, donde se anunciaba que la casa estaba en venta o para alquiler, junto con el nombre y las señas del corredor de fincas. Carella dirigió la luz hacia la puerta y probó el tirador. No cedió.

—Se acabó —exclamó a continuación, con tono de alivio.

Hillary posó una mano sobre el tirador. Cerró los ojos. Carella aguardó, sin saber qué demonios esperaba cuando ella tocaba algo. Un copo de nieve aterrizó en su nuca, fundiéndose y resbalando por su espalda.

—Hay una puerta trasera —murmuró ella.

Se abrieron paso entre la nieve que rodeaba la casa, pasaron por entre unas matas espinosas, y llegaron al porche de madera gris que daba al océano. El viento había acumulado la nieve contra la puerta. Carella apartó la nieve con el zapato, empujó la puerta cancela y probó el tirador de la puerta interior.

—Cerrada. Volvamos a Hampstead.

Hillary probó a su vez el picaporte. Carella suspiró. La joven asió la empuñadura durante largo tiempo, mientras el vendaval azotaba el porche y golpeaba la cancela contra el costado de la casa.

—Hay una llave detrás de la tubería de desagüe —musitó, soltando el tirador.

Carella paseó la luz de la linterna por la tubería. El desagüe se abría a unos veinte centímetros del suelo. Lo palpó por detrás. Pegado al mismo halló uno de esos llaveros magnéticos, destinados a permitir que los ladrones tengan ingreso en las casas con más facilidad. Abrió el llavero, sacó una llave y la probó en la cerradura. Entró con suavidad. Al darle vuelta, se oyó el rechinar de los dientes en los alveolos. Empujó. Se abrió la puerta. Tanteó a la derecha de la misma, halló un interruptor y encendió la lámpara. Dio un paso adentro, seguido de Hillary, quien cerró la puerta.

Estaban en un saloncito amueblado en estilo playero. Debajo del ventanal que daba al mar había un sofá cubierto con una funda floreada. Frente al sofá vieron dos sillones desparejados más bien incómodos, como dos feos rivales aspirantes a la mano de una princesa. Entre el sofá y los sillones el suelo estaba cubierto por una alfombra de trenza. Encima, descansaba una mesita de centro. En la pared fronteriza, entre dos puertas, se hallaba un piano vertical. Una puerta daba a la cocina, la otra a una despensa. Unos peldaños al fondo de la habitación conducían al único piso de la casa.

Hillary cerró un momento los ojos.

—No es ésta —susurró.

—¿Cómo dice?

—No es ésta la casa sobre la que escribió Greg.

—Creí haber oído que…

—Dije que todo empezó aquí. Sin embargo, no es ésta la casa de *Sombras Mortales*.

—¿Cómo lo sabe?

—En esta casa no hay fantasmas —declaró ello llanamente—. En esta casa nunca ha habido fantasmas.

Pese a esta declaración, recorrieron todo el inmueble, de arriba abajo. Hillary se mostraba sosegada, casi desinteresada en el asunto. Examinó toda la casa como la mujer cuyo esposo intenta obligarla a quedarse con algo contra su gusto…, hasta que llegaron al sótano. Allí, y Carella se estaba acostumbrando a los cambios de humor psíquico de la muchacha, ésta se animó a la vista de una puerta cerrada. Agitó las manos en el aire, abriendo mucho los dedos como un ciego tanteando obstáculos. Volvió a temblar, aproximándose a

la puerta. Levantó la falleba y entró en un espacio reducido que contenía el horno. Carella se dio cuenta de que la casa estaba terriblemente helada. Tenía los pies como el mármol, las manos entumecidas. En uno de los estantes había una mascarilla de submarinista, unas aletas de goma y un tanque de oxígeno. Hillary se acercó al estante, mas sin tocar nada. Igual que anteriormente en la cueva, exclamó, retrocediendo un paso:

—¡No, oh, no…, no!

Carella casi experimentó la sensación de algo palpable en aquel lugar, si bien no se dejó alucinar por la conducta de la médium. Su respuesta fue la de un detective de una de las ciudades más grandes del mundo, con muchos años de experiencia y de deducción empírica, sazonados con un poco de intuición y una cucharadita de esperanza, aunque ésta fuese sumamente leve. Stephanie Craig, una nadadora experta, se había ahogado en el Bight, con un mar en calma, cosa inaudita en aquel verano. Al menos un testigo sugirió que pudo ser arrastrada al fondo por un tiburón u otro monstruo marino. En el sótano de la casa que el marido de Stephanie, Gregory Craig, alquiló para pasar aquel verano, acababan de encontrar un equipo de submarinista. ¿Sería posible que…?

—Fue Greg —afirmó Hillary—. Greg la ahogó.

En las armas de Hampstead alquilaron dos habitaciones para la noche. Mientras Carella, desde la suya, llamaba a su casa, oyó a Hillary telefoneando desde la habitación contigua. No sabía a quién llamaba. Sí sabía, en cambio, que en el coche, de vuelta a Hampstead, se negó a ampliar su brusca acusación. Fanny contestó al cuarto timbrazo.

—Hola, estoy prisionero en Hampstead.

—¿En Hampstead? —se extrañó el ama de llaves.

—Le pedí a Cotton que avisase…

—No ha llamado.

—Pues estoy en Massachusetts.

—Ah… —exclamó la mujer—. ¿Puedo saber qué diablos hace en Massachusetts?

—Visito casas encantadas.

—Su sentido italiano del humor deja mucho que desear —se

quejó Fanny—. A Teddy le dará un ataque, seguro. Siempre teme que a usted lo maten en un callejón oscuro…

—Dígale que estoy bien, que llamaré mañana.

—Esto no la tranquilizará.

—Dígale que la adoro.

—Si tanto la adora ¿qué está haciendo en Massachusetts?

—¿Todo marcha bien ahí?

—Todo marcha estupendamente.

—¿No ha vuelto a nevar?

—Ni un copo.

—Aquí hay ya más de quince centímetros de nieve.

—Le está bien empleado —rió Fanny, dando por terminada la comunicación.

Carella marcó el número de la comisaría. Hawes se puso al aparato.

—Te dije que llamaras a Teddy, advirtiéndole que me iba a Massachusetts —le reprochó Carella.

—¡Canastos! —exclamó Hawes.

—Te olvidaste, claro.

—Tuvimos un día fatal. Tres fulanos intentaron atracar el Banco de la Culver con la Décima. Al dispararse la alarma se encerraron dentro del local tratando de resistir a todo el Departamento de Policía. Por fin los redujimos a las cuatro de la tarde.

—¿Alguna baja?

—Un contable sufrió un amago de ataque cardíaco. Nada más. Me alegro de que hayas llamado. Hay novedades sobre las joyas. Mientras yo estaba jugando a policías y ladrones, llamó un prestamista. Tiene la tienda en la Ainsley y la Tercera.

—Sí, adelante.

—Le llamé cuando llegué aquí. Un tipo le visitó, ofreciéndole el colgante de diamantes. Un momento, tengo la lista en la mano. —Se produjo un silencio. Carella se imaginó a su amigo recorriendo con el índice la lista de lo robado en el apartamento de Craig—. Sí —continuó Hawes—, aquí está: «Un colgante de diamantes engarzados en platino, en forma de pera, con una cadena de cuarenta centímetros, de oro de dieciocho quilates».

—¿Cuál es su valor?

—Tres mil quinientos dólares.

—¿Quién lo empeñó?

—Trató de empeñarlo. El prestamista le ofreció mil seiscientos, el individuo aceptó, pero cuando el otro le pidió la documentación, ya fue otro cantar. Como sabes, hay que enseñar la documentación para cuando nos envían a nosotros la lista de las transacciones.

—¿Se negó ese sujeto a enseñarla?

—Lo único que necesitaba el prestamista era el permiso de conducir. El vendedor alegó que no tenía.

—¿Qué ocurrió entonces?

—El tipo cogió el colgante y se largó.

—¡Magnífico! —exclamó Carella.

—No está tan mal. Tan pronto salió de la tienda, el prestamista comprobó la lista hecho por nosotros y halló en ella la joya ofrecida. Entonces nos llamó. Recordarás que en la lista pusimos el número telefónico…

—Sí, ¿Qué más?

—El prestamista me contó que ese sujeto apoyó las manos sobre el cristal del mostrador. Se imaginó que podríamos hallar sus huellas. Ese prestamista es un chico listo.

—¿Estuviste allí?

—En realidad, acabo de volver. Dejé allí al equipo de técnicos buscando las huellas, no solamente en el mostrador sino en todos los sitios que ese individuo pudo tocar. En esa tienda entran cada día docenas de personas, Steve, pero a lo mejor hay suerte.

—Tal vez. ¿Qué aspecto tenía ese tipo?

—Concuerda con la descripción. Joven, con cabello negro y ojos pardos.

—¿Cuándo terminarán los del laboratorio?

—No tardarán mucho.

—¿Mucho?… ¿Mañana por la mañana?

—Les dije que se trataba de un homicidio. Esto les hará moverse más de prisa.

—Está bien. Lámame si antes se sabe algo. Estoy en Las Armas de Hampstead. ¿Anotas el número?

—Deja que coja un bolígrafo —pidió Hawes—. Cuando lo necesitas, nunca hay uno a mano.

Carella de dio a Hawes el número del hotel y el de la extensión de su aposento. Acto seguido le contó todo lo que sabía sobre la muerte de Stephanie Craig. No mencionó las deducciones psíquicas de Hillary. Cuando colgó, eran casi las seis. Buscó el número de Hiram Hollister en la guía y lo marcó.

—Diga… —era una voz femenina.

—El señor Hollister, por favor.

—¿Quién le llama?

—El detective Carella.

—Un momento.

Esperó.

—Hola, señor Carella —dijo de pronto Hollister—. ¿Halló lo que buscaba?

—Sí, gracias. Señor Hollister ¿podría indicarme quién mecanografió el informe sobre lo ocurrido en la encuesta?

—¿Se refiere al que lo pasó a máquina?

—Sí, señor.

—Supongo que la taquígrafa, claro.

—¿Quién fue?

—Oh, hace ya tres años… —se lamentó Hollister.

—Lo sé.

—Debió de ser Maude Jenkins. Sí. Hace tres años tuvo que ser Maude Jenkins.

—¿Dónde podría encontrarla?

—Está en la guía. Con el nombre de Harold Jenkins, el nombre de su esposo.

—Gracias, señor Hollister.

—Congo y volvió a consultar la guía. Encontró el nombre de Harold Jenkins y otro número para Harold Jenkins, hijo. Probó el primer número y oyó la voz de un anciano que le dijo a Carella que probablemente deseaba hablar con su nuera. El detective le dio las gracias, tras asegurarle que ya conoció el número de su hijo, y marcó de nuevo.

—Aquí, Jenkins —era una voz masculina.

—Señor Jenkins, soy el detective Carella del Distrito Ochenta y siete, de Isola. Me gustaría hablar con su esposa.

—¿Mi esposa? ¿Maude?

—Sí, señor.

—Pues…, está bien.

La voz sonó intrigada. Carella le oyó llamar a la mujer. Aguardó. Hillary Scott, en su habitación, continuaba pegada al teléfono.

—¿Diga? —esta vez era una voz femenina.

—¿La señora Jenkins?

—Sí…

—Aquí el detective Carella del Distrito Ochenta y siete, de Isola.

—Sí…

—Me encuentro aquí en relación con la investigación de un homicidio. Quizá usted podría responder a unas preguntas…

—¿Un homicidio?

—Sí. Creo que usted fue la taquígrafa de la encuesta judicial celebrada por la muerte de Stephanie Craig?

—En efecto.

—¿Pasó a máquina el acta?

—Sí. Lo tomé todo en taquigrafía y lo mecanografié al terminar la sesión. Siempre lo pasa a máquina la misma persona que lo toma en taquigrafía, ya que nadie escribe los signos taquigráficos del mismo modo. De esta manera no se cometen equivocaciones en una cosa tan importante como una encuesta judicial —vaciló y agregó —. La muerte fue accidental.

—Eso dicen.

—Usted se refirió a un homicidio. Dijo que investigaba un homicidio.

—Que puede estar relacionado con la muerte de Stephanie Craig. Señora Jenkins —continuó Carella tras un leve titubeo— ¿Tenía usted algún motivo para creer que la muerte de la señora Craig no fue accidental?

—Ninguno en absoluto.

—¿Conocía a la difunta personalmente?

—La vi por la ciudad, eso es todo. Era una turista más. Veraneante, suena mejor. A su esposo lo conocía más que a ella. A su ex esposo, claro.

—¿Conocía a Gregory Craig?

—Sí, trabajé para él.

—¿Qué clase de trabajo?

—A máquina.

—¿Qué mecanografió para él?

—Un libro que estaba componiendo.

—¿Qué libro?

—Oh, usted ha de conocerlo. El que más tarde fue un best-seller. El de los fantasmas.

—¿Sombras mortales? ¿Era éste el título?

—No cuando lo pasé a máquina.

—¿Cómo?

—Entonces no tenía título.

—¿Ni en la primera página?

—Oh, no sé… puesto que no había páginas.

—No entiendo, señora Jenkins.

—Todo estaba en cinta.

—¿El libro estaba grabado en cinta?

—No era ningún libro, en realidad. En la cinta, el señor Craig hablaba de la casa encantada. Contaba historias de sus fantasmas. Tonterías, claro. No comprendo cómo se ha vendido tanto. La casa que alquiló nunca tuvo ningún fantasma. El lo inventó todo.

—¿Ha estado usted en la casa?

—Mi hermana, la de Ohio, la alquiló el verano pasado. Aseguró no haber visto ni oído ningún fantasma.

—La cinta que le dio el señor Craig…

—¿Sí…?

—¿Qué fue de ella?

—¿Qué fue de ella pregunta usted?

—¿Se la devolvió cuando terminó de pasarla a máquina?

—No terminé el trabajo. Estaba a la mitad al final de aquel verano, y el señor Craig regresó a la ciudad.

—¿Cuándo?

—Después del Día del Trabajo.

—¿En septiembre?

—En septiembre es el Día del Trabajo.

—Esto fue, pues, después de ahogarse su esposa.

—Sí, ella se ahogó en agosto. A finales de agosto.

—¿Asistió el señor Craig a la investigación?

—No fue necesario. Estaban divorciados ¿comprende? No había motivo para citarle. Además, por entonces ya no estaba en Hampstead. No recuerdo la fecha de la encuesta judicial…

—El 16 de septiembre.

—Sí, ya se había marchado.

—¿Qué proporción del libro había pasado a máquina cuando él se marchó?

—Ya le he dicho que ni siquiera era un libro, sino una serie de tonterías sobre fantasmas…

—Notas para un libro. ¿Lo describiría así? —insistió Carella.

—No, eran historias más que notas. Respecto a velas que oscilaban, puertas cerradas que se abrían solas… La mujer buscando a su marido… Esa clase de estupideces.

—Era el señor Craig contando historias de fantasmas ¿verdad?

—Sí. En la cinta utilizaba una voz sepulcral ¿sabe? Cuando contaba las historias. Todo era muy dramático, como lo de despertarse en medio de la noche, oír a la mujer que bajaba del ático, coger él una vela, salir al pasillo y hallarla allí. Bah, estupideces, repito. Aunque muy dramáticas.

—Las historias.

—Y la voz.

—Por dramática se refiere a…

—Una voz… ronca. El señor Craig fumaba mucho y su voz siempre sonaba rasposa. Pero no como en la cinta. Supongo que deseaba imprimir un carácter fantasmal a la cinta. Como un actor al interpretar un papel misterioso en la televisión. Todo sonaba mejor en la cinta que una vez pasado a máquina, si es que me entiende.

—Señora Jenkins ¿ha leído *Sombras Mortales*?

—Creo que lo ha leído toda la ciudad.

Excepto Hiram Hollister, pensó Carella.

—¿Es igual que lo que usted pasó a máquina?

—No la pasé toda.

—La parte que pasó.

—No lo comparé. Sin embargo, puedo asegurar, de memoria, que todo es exacto.

—¿Devolvió la cinta antes de que el señor Craig abandonase Hampstead?

—Sí.

—¿Qué longitud tenía la cinta?

—Era un cassette de dos horas.

—¿Cuánto había mecanografiado cuando él se fue?

—La mitad, aproximadamente.

—¿Una hora de monólogo?
—Sí.
—¿Cuántas páginas daba eso en el libro?
—Unas cincuenta.
—O sea que toda la cinta habría dado un centenar.
—Sí, más o menos.
—Señora Jenkins, yo no he leído ese libro. ¿Recuerda cuál es su longitud?
—¿En páginas?
—Sí.
—Bastante grueso.
—¿Más de cien páginas?
—Sí, más. Unas trescientas.
—O sea que debía de haber otras cintas.
—No lo sé. El sólo me dio una.
—¿Cómo se puso en contacto con usted?
—Trabajo para otros escritores. Vienen bastantes en verano. Debió preguntar y le dieron mis señas.
—¿Había trabajado ya para él?
—No, aquélla fue la primera vez.
—¿Dice que no tenía ningún título la cinta?
—Eso es.
—¿Nada en absoluto?
—Oh, bueno… Sí, había algo. En la etiqueta ¿comprende? Escrito con bolígrafo.
—¿Qué ponía?
—Fantasmas.
—¿Solamente «fantasmas»?
—Y su nombre.
—¿El de Craig?
—Sí, «Fantasmas» y «Gregory Craig».
—Entonces, la cinta tenía título.
—Si quiere llamarlo así… Sin embargo, no decía «por Gregory Craig» o algo por el estilo. Para mí, era únicamente una manera de identificar la cinta…
—Gracias, señora Jenkins. Me ha sido usted de gran ayuda —terminó el detective.
—De nada, señor —repuso ella.

Sinceramente, Carella no sabía en qué le había ayudado la taquimecanógrafa, mas suponía que así era. Durante el trance de Hillary el sábado anterior, había mencionado la palabra «cinta» varias veces, enlazándola con la palabra «ahogó… ahogó». Carella, en aquel instante, conjuró la imagen de una mujer que al ahogarse tenía las manos o los pies atados con una cinta… quizá una fantasía fortalecida por el hecho de haber tenido el cadáver de Gregory Craig las manos atadas a la espalda con el alambre de un colgador. En una obra sobre patología y toxicología legal, que Carella tenía en su biblioteca, leyó en cierta ocasión una frase que le hizo reír a carcajadas:

«Si se recobra del agua un cuerpo ahogado, atado de manera que no pueda ser obra suya, hay que sospechar razonablemente intento de homicidio».

El cadáver de Stephanie Craig no tenía cadena/cuerda, alambre o cinta que impidiese sus movimientos en el agua el día que se ahogó. No obstante, en el cuadro entraba otra clase de cinta… y Carella no podía olvidar que la médium relacionaba la cinta con el accidente.

Hillary entró en la habitación sin llamar. Mostraba el rostro encendido, relucientes los ojos.

—Acabo de hablar por teléfono con una tal Elise Blair —anunció —. Es la corredora de fincas cuyo nombre figura en la ventana de la casa que alquiló Greg.

—¿Y bien…?

—Le describí la casa que Greg pintó en su libro. Se la describí hasta el último clavo. Esa Blair reconoció la casa. Fue alquilada hace tres veranos a un individuo de Boston. Ella no llevó a cabo el trato, pero puede darnos el nombre y las señas de quién lo hizo… si a usted le interesa.

—¿Por qué ha de interesarme? —quiso saber Carella, interesado ya.

—Porque es la casa de *Sombras* ¿entiende?

—No, no lo entiendo.

—Es la casa a que se refirió Greg.

—¿Y qué…?

—Greg no vivió en esa casa, sino otra persona —explicó Hillary —. Tengo que ir allí. Deseo ver por mí misma si hay fantasmas en

esa casa.

10

La agente encargada de alquilar la casa tres veranos atrás salió del dormitorio de su vivienda de Main Street. Carella, siempre acompañado de Hillary, se abrió paso entre la nieve del parque, a las seis y cuarto; pasó por delante del enorme árbol de Navidad, con la cabeza inclinada para esquivar en lo posible la nieve y el feroz vendaval. La agente se llamaba Sally Barton. Pareció tremendamente contenta de jugar a los detectives. Estaba segura, afirmó, de que la casa que era en realidad la protagonista del libro de Craig, era la antigua mansión Loomis, del Spit. Craig no daba la situación exacta de la casa, ni siquiera mencionaba la ciudad de Hampstead, por lo que todos sus habitantes debían de estarle agradecidos. Mas ella reconoció la casa al instante.

—Frank Loomis amaba el mar —añadió—. Esa casa no pertenece a un típico estilo playero, pero queda muy bien en el Spit. Loomis se enamoró de ella cuando todavía vivía en Salem y la fue construyendo tabla a tabla en la zona costera que poseía.

—¿En Salem? —se interesó Carella—. ¿En Massachusetts?

—Sí —asintió Sally Barton—. Donde colgaron a las brujas en 1692.

Les ofreció la llave de la casa, que no había conseguido alquilar el último verano, aunque esto nada tuvo que ver con los fantasmas de Gregory Craig. Pocas personas, aparte de los habitantes de la ciudad, estaban al corriente de que aquella era la casa que Craig hizo famosa en su obra.

—No sé cómo lo consiguió —continuó Sally—. Craig afirmó que se trataba de una historia real, mas no quiso decir dónde se hallaba la casa. Para proteger al inocente, esto fue lo que alegó. ¿A qué inocente? Frank Loomis llevaba muerto más de cincuenta años, sus dos hijos viven en California y lo que menos les preocupa son los fantasmas de esa casa. Lo único que les interesa es alquilarla todos

los veranos. Es posible que Craig tuviera miedo a ciertas complicaciones legales. Usted sabrá de esto más que yo —agregó Sally Barton, sonriendo.

—No soy abogado, señora Barton —se excusó Carella, devolviendo la sonrisa al comprender que ella pretendía halagarle —. ¿Podría darme el nombre de la persona que alquiló esa casa hace tres veranos?

—Sí. Busqué el contrato después de llamar usted. Fue un hombre llamado Jack Rawles.

—¿Cómo era?

—Muy agradable de aspecto.

—¿Joven… viejo…?

—Unos treinta años.

—¿De qué color era su cabello?

—Negro.

—¿Los ojos?

—Pardos.

—¿Sus señas?

Sally Barton le entregó al detective la hoja de papel en la que había copiado las señas de Jack Rawles, en la Commonwealth Avenue.

—Es una casa difícil de alquilar, ésta es la verdad —manifestó Sally—. Frank no la modernizó. Sí, hay electricidad; en cuanto a la calefacción, existen tres chimeneas: una en el salón, otra en la cocina, y la tercera en un dormitorio de arriba. En verano resulta muy agradable vivir en ella, mas en invierno se convierte en un refrigerador. ¿Seguro que desean verla ahora mismo?

—Ahora mismo —declaró Hillary.

—Iría con ustedes si no tuviese que preparar la cena de mi marido.

—Le devolveremos la llave tan pronto como estemos listos — prometió Carella.

—Se supone que en esa casa hay una mujer muerta que busca a su esposo —aclaró Sally Barton.

En un garaje, Carella adquirió un par de cadenas para que las colocaran en los neumáticos, mientras él y la joven cenaban en un restaurante de la misma calle. Todavía nevaba cuando salieron de la ciudad a las siete. Las máquinas quitanieves estaban en

funcionamiento por todas partes, pero él se alegró de llevar las cadenas cuando llegaron al sendero que conducía a una especie de cabo que se internaba en el Atlántico. Un cartel nevado les informó que aquello era el Albright's Spit, y otro debajo de que se trataba de un sendero sin salida. El coche empezó a luchar contra la nieve acumulada en el suelo de lo que Carella supuso era una senda arenosa. Estuvieron a punto de quedar atascados en dos ocasiones, por lo que al divisar la casa, que se elevaba a la orilla del mar, lanzó un suspiro de alivio, tras aparcar el auto en un terreno relativamente llano, más abajo del empinado sendero. Juntos, con la linterna alumbrando el camino, el detective y la joven médium consiguieron llegar a la puerta de la mansión.

—Sí —afirmó al momento Hillary—, ésta es la casa.

La puerta de entrada se abría a un pequeño recibidor, donde un tramo de escaleras conducía al piso superior. Carella buscó el interruptor de la luz a la derecha de la puerta. Lo hizo girar varias veces sin resultado.

—El viento debe de haber derribado los postes de la electricidad —comentó Carella.

Iluminó con la linterna la escalera y después el recibidor. A la derecha, una puerta conducía a una cocina con techo de vigas. A la izquierda se hallaba el salón, que en los días en que se edificó la casa debieron llamar «el cuarto de estar». En el techo se veía una sola y enorme viga. Había dos ventanales, uno mirando al océano, el otro en la pared opuesta al primero. La chimenea no estaba exactamente en el centro de la estancia, porque ese lugar lo ocupaba la escalera. Se hallaba en la pared del fondo, bellamente monumental, con un recipiente de hierro colgado de un garfio, troncos y leña amontonados en el hogar, el suelo lleno de ceniza, procedente de fuegos pasados. En la repisa, Carella encontró un par de candelabros con sus correspondientes velas. Como no fumaba, le pidió a Hillary una cerilla para encender las velas.

El salón se hallaba exquisitamente amueblado, según el estilo, tradicional norteamericano, con objetos que hoy día resulta casi imposible encontrar en ninguna tienda, a no ser a precios exorbitantes. Había varios faroles marinos, que también encendió el

detective. Bajo la nueva iluminación, vio la madera noble de las paredes. Si existía algún fantasma en la casa, no pudo encontrar un hogar más hospitalario y grato. En una papelera de bronce, junto a la chimenea, Carella vio varios ejemplares descoloridos del Hampstead News. Eran de dos años atrás, de la última vez que habían alquilado la casa. Rompió los periódicos en tiras, los arrojó al hogar, acumuló encima leña y tres troncos. El fuego empezó a calentar la habitación, dando la sensación de que los poltergeists pudieran surgir en cualquier momento de las paredes. Afuera, el viento aullaba sobre el océano y los postigos de las ventanas crujían amenazadoramente. En la chimenea, el fuego también crepitaba, las lámparas y los candelabros estaban encendidos, y los únicos fantasmas visibles eran las llamas que danzaban en el hogar. Carella entró en la cocina, encendió también todas las velas e inició otro fuego en la chimenea. Ni él ni Hillary demostraban grandes deseos de subir al piso.

En una alacena de la cocina, Carella encontró una botella de whisky casi llena. Probó el grifo. Habían cortado el agua. Iba a salir ya cuando observó que la puerta que daba al exterior estaba entreabierta. Dejó los vasos que tenía en la mano, así como la botella, y la abrió por completo. La vidriera se hallaba cerrada, aunque el pestillo estaba descorrido. Lo corrió y estudió el cerrojo por dentro. Pertenecía al género Mickey Mouse, de muelle, que cualquier ladrón podía abrir en unos segundos con una tira de celuloide, la hoja de un cuchillo o una tarjeta de crédito. Cerró. No obstante, movió el tirador para asegurarse de que no cedía, y regresó al salón con la botella de whisky y los dos vasos. Hillary se hallaba delante de la chimenea. Acababa de quitarse el abrigo de mapache, junto con el suéter verde. Tenía las piernas ligeramente separadas, con los pies casi dentro del hogar, las manos extendidas hacia el fuego.

—¿Un poco de whisky? —le ofreció Carella.

—Sí, gracias.

—El único espíritu del lugar —bromeó Carella. Se sorprendió al ver que ella no sonreía—. Tenemos que beberlo sin agua ni soda. Ni cubitos.

Llenó los dos vasos, dejó la botella en la repisa de la chimenea y levantó el suyo.

—¡Chin, chin! —brindó.

Tomó un sorbo que le quemó el esófago.

—¿No ha visto ningún fantasma todavía? —preguntó.

—No.

—¿Reconocería uno si lo viese?

—Sí.

—¿Vio alguno en otras ocasiones?

—No, pero comprendo el fenómeno.

—¿Puede explicármelo?

—Usted es un escéptico —replicó ella—. Perdería el tiempo.

—Inténtelo.

—Prefiero no hacerlo.

—Como quiera —Carella se encogió de hombros—. ¿Puede, no obstante, hablar de los hábitos de trabajo de Craig?

—¿A qué se refiere?

—A cómo trabajaba. El día en que lo mataron tenía puesta una cuartilla en la máquina. ¿Siempre escribía a máquina?

—Sí.

—¿Siempre? ¿Jamás lo hacía a mano?

—Jamás.

—¿Ni dictaba?

—¿A una secretaria? No.

—¿O a una máquina…?

—¿A un magnetófono?

—Exacto. ¿No dictaba a una cinta grabadora?

La palabra cinta resonó en el salón. Carella no le había contado a la joven parte del libro de Craig, grabado en un cassette de dos horas, tres veranos atrás. Hillary no respondió inmediatamente. Un tronco cayó en el hogar; la leña crepitaba.

—¿No dictó nunca a una cinta grabadora? —persistió el detective.

—Que yo sepa, no.

—¿Cómo era su voz?

—¿La de Greg?

—Sí. Creo que fumaba mucho. ¿Tenía la voz ronca o…? —buscó otra palabra y al final usó la empleada por Maude Jenkins al describir la voz de la cinta—. O rasposa…

—No.

—Una parte de *Sombras Mortales* se hallaba en una cinta —declaró Carella—. El equivalente de un centenar de páginas.

—¿Cómo lo sabe?

—Hablé con la mujer que la pasó a máquina. ¿No habría otras cintas? La otra, una vez editada, tenía unas trescientas páginas ¿verdad?

—Más bien cuatrocientas.

—Bien, ¿dónde están las otras cintas? Si la primera parte estaba en una…

—Nunca he visto cinta alguna —afirmó Hillary.

—¿Quién pasó a máquina el manuscrito final?

—No lo sé. Cuando escribió *Sombras*, todavía no conocía a Greg.

—¿Quién solía pasar normalmente a máquina sus novelas? Los autores no se molestan en hacer copias, en general.

—Últimamente, no escribía nada. Se ocupaba exclusivamente de su nuevo libro; era natural que nadie lo pasara a máquina hasta estar terminado.

—¿Podía saber Daniel Corbett algo referente a esas cintas?

—No tengo la menor idea —dijo Hillary.

Las velas de la repisa se apagaron. Carella experimentó una súbita ráfaga de aire frío en la habitación. Se volvió hacia la puerta, pensando que el furioso vendaval podía haberla abierto. Estaba cerrada. Se dirigió a ella y examinó la cerradura: era igual a la de la cocina, si bien debidamente asegurada. Pasó a la cocina. Las velas continuaban ardiendo sobre la repisa de la chimenea. Sin embargo, las que él encendiera sobre la mesa se habían apagado… y la puerta estaba abierta.

Estuvo unos segundos contemplándola. No había nadie más en la cocina. Las apagadas velas todavía enviaban leves volutas de humo hacia las vigas del techo. Dejó el vaso en la mesa, fue hacia la puerta y corrió el pestillo. Alguien lo había descorrido. El muelle se hallaba dentro del mecanismo de cierre. La cancela seguía cerrada… pero el pestillo aparecía ahora descorrido. Carella oyó un ruido a sus espaldas y se dio la vuelta inmediatamente. Hillary estaba en la puerta.

—Están aquí —susurró.

El detective no contestó. Volvió a mirar las dos puertas. Estaba a punto de encender nuevamente las velas cuando el farol situado sobre el mármol saltó en el aire y cayó al suelo; el tubo se rompió y el petróleo se derramó por la base. De repente, se incendió. Carella pisoteó las pequeñas llamas, sintió otra corriente helada y supo con toda seguridad que algo acababa de pasar por la cocina.

Jamás contó a nadie lo que ocurrió a continuación. Jamás podría contarlo a los otros policías del Ochenta y siente porque le tomarían por loco. Tampoco se lo diría a Teddy, pues la joven no confiaría ya nunca más en su cordura. Se volvió hacia Hillary, que continuaba en el umbral, y divisó la figura detrás de la médium. Era una mujer. Llevaba una especie de túnica con un delantal encima. En la cabeza lucía un sombrero anticuado. Tenía los ojos entristecidos, con las manos cruzadas sobre el pecho. En cualquier situación habría resultado amedrentadora al aparecerse de forma tan repentina, pero lo más aterrador fue que Carella era capaz de ver a través de aquel cuerpo la otra habitación. Hillary se dio media vuelta en el mismo instante, presintiendo la aparición detrás de ella o intuyéndolo por la expresión de Carella. La mujer se desvaneció al momento, como barrida por un viento que la arrastró inexorablemente al pasillo y a las escaleras del salón. Al desaparecer se oyó un prolongado lamento, un nombre apenas susurrado: «John…», que resonó en la escalera y se disipó en el aire.

—Sigámosla —propuso Hillary.

—Oiga, es preferible que…

—¡Vamos!

Hillary corrió hacia la escalera.

Carella no estaba de humor para enfrentarse con un espíritu que buscaba a John. ¿Qué debe hacer uno al ver un fantasma? El detective no tenía ningún crucifijo en las manos, ni lo había tenido desde hacía muchos años. Asimismo, la última vez que tuvo una ristra de ajos en torno a su garganta fue cuando enfermó de pulmonía siendo niño, y su abuela se la puso para ahuyentar el Mal de Ojo. Además ¿hay que tratar a los fantasmas como a los vampiros, clavándoles estacas en el corazón para devolverlos a la verdadera condición de muertos? ¿Acaso tienen corazón? ¿O hígado o riñones? ¿Qué diablos es un fantasma? ¿O quién cree en ellos?

Carella creía.

Nunca estuvo tan asustado desde el día en que se enfrentó a un demente que empuñaba un hacha, con los ojos desorbitados, la boca babeante, con la mano cortada de alguien en su mano izquierda, dejando un reguero de sangre en el suelo al correr hacia Carella, que estaba como congelado de repente. Disparó seis veces contra aquel loco, que cayó un instante antes de que el hacha se abatiese sobre el rostro del detective. Sin embargo ¿cómo es posible disparar contra un fantasma? Carella no quería subir al piso de aquella casa encantada. Hillary ya estaba a la mitad del primer tramo. Naturalmente, él no deseaba que ella le acusase de gallina. ¿Por qué no? pensó. Bah, que me lo llame. Me asustan los fantasmas. Esta maldita casa fue construida tabla a tabla, todas ellas procedentes de Salem, donde colgaban a las brujas. Yo acabo de ver una vestida como Rebecca, Sarah Osborne, Goody Proctor o todos los demás. La mujer ha llamado a un tal John, aunque aquí no haya nadie más que este «gallina». Adiós, murmuró al ver cómo Hillary desaparecía por el recodo de la escalera. De pronto, la oyó chillar. Sacó la pistola y subió los peldaños de dos en dos.

Hillary, a pesar de su valor para perseguir fantasmas, estaba desmayada en el suelo. Una luz verdaderamente fantasmal, bañaba el pasillo del piso. Allí, el frío era mortal. Carella sintió erizársele el cabello aún antes de divisar a la médium. A su alrededor había cuatro mujeres, todas ataviadas según la moda de finales del siglo XVII. Carella podía ver a su través, hasta la ventana del fondo del pasillo donde la nieve azotaba ferozmente los cristales. Las mujeres avanzaron hacia él. Sonreían. Una tenía sangre en las manos. De improviso, se oyó un sonido más arriba… en el ático, supuso el detective. Al principio no supo qué era. Se oía como un zumbido, como el latido ahogado de un corazón. Al oírlo, las cuatro mujeres se inmovilizaron. Movieron las cabezas al unísono, inclinándolas a un lado y después levantándolas hacia el techo. El sonido creció de volumen, pero Carella continuó sin lograr identificarlo. Las mujeres se agruparon, como fundiéndose unas en otras, hasta desaparecer por completo, barridas por el mismo viento que barriera ya el espectro de abajo.

Carella entrecerró los ojos. El viento cesó tan de repente como

empezó. El detective temblaba de pies a cabeza. Hillary seguía en el suelo. La nevada proseguía cada vez con más fuerza. No, era más bien una serie de golpes, como…

Los reconoció súbitamente.

Alguien jugaba en el ático con una pelota.

Carella avanzó un poco más por el pasillo, sin saber si subir o no, pues era posible que alguien ejecutase algunos trucos por medio de luces y ventiladores, provocando apariciones fantasmales destinadas a asustar a las médiums como Hillary y a detectives experimentados como él. Era imposible que se tratase de auténticos fantasmas… aunque ya hubiese visto cinco. No, no tenía nada que temer. A pesar de darse ánimos, tenía miedo. Empuñó con fuerza la pistola y empezó a subir hacia el ático. Los peldaños crujían bajo sus pasos. La pelota seguía botando arriba.

La niña estaba en lo alto de la escalera. No era mayor que su hija Abril. Llevaba un vestido muy largo, gris y un sombrerito descolorido. Le sonrió. Hacía botar una pelota, sonreía y canturreaba al compás de los botes del juguete. Carella tardó unos segundos en comprender que la niña repetía una y otra vez, como una salmodia: «Colgadlas». La pelota subía y bajaba, la niña sonreía, y las palabras «colgadlas, colgadlas…» flotaban escaleras abajo, hacia donde él se hallaba temblando, con la pistola bailando en su mano. El aire en torno a la niña oscilaba visiblemente. La pelota adquirió un matiz iridiscente. La niña dio un paso hacia la escalera, con la pelota ahora en su mano. Carella retrocedió, de pronto perdió pie y rodó por los peldaños hasta la planta baja. Arriba, la niña se echó a reír. De pronto, se volvió a escuchar el ruido de la pelota.

Carella se incorporó y apuntó con la pistola a lo alto de la escalera. La niña ya no estaba allí, únicamente quedaba un resplandor luminoso.

Le dolían los codos por la caída. Consiguió levantar a Hillary y descendió, con ella en brazos, al salón. Arriba, la niña seguía jugando con la pelota.

Fuera de la casa, llevó a la joven hasta el coche, en tanto la nieve iba cubriendo el vestido de la médium hasta convertirlo en una especie de mortaja. La dejó en el asiento delantero y regresó a la casa… solamente para recoger los abrigos y el suéter verde. La

pelota resonaba en el ático.

La oyó al salir, mientras tropezaba con la nieve camino del auto. La oyó por encima del ruido del embrague y del carraspeo del motor. La oyó por entre el bramido del viento y el clamor del oleaje. Comprendió que en el futuro siempre se asustaría ante aquel sonido; que fuese cual fuese el oscuro terror que hiciese presa en su corazón o en su cerebro, continuaría oyendo el sonido de la niña haciendo botar la pelota en el ático… haciéndola botar… haciéndola botar…

Eran casi las diez cuando llegaron al hotel. El conserje le dio a Carella un mensaje. *Llamó Clavin Horse. Quiere que le llame al instante a su casa.*

Carella dio las gracias, cogió las llaves de las habitaciones y condujo a Hillary hacia los ascensores. Desde que recobrara el conocimiento en el coche, la joven no había despegado los labios. Tampoco dijo nada en el ascensor.

—¿Va a acostarse ahora mismo? —preguntó, mientras abría la puerta de su habitación.

—Ahora mismo, no.

—¿Tomamos la copa de despedida?

—Primero he de efectuar una llamada.

—Llamaré al servicio. ¿Qué desea?

—Café irlandés.

—De acuerdo. Pediré lo mismo para mí. Entre cuando haya terminado —concluyó Hillary.

Abrió la puerta y entró en el cuarto. Carella abrió la puerta del suyo, se despojó del abrigo, se sentó al borde de la cama y marcó el número del hogar de Hawes. Se preguntó si debía saludarlo como señor Horse, mas no estaba de humor para bromas.

—Aquí, Hawes.

—Cotton, soy Steve. ¿Qué pasa?

—Hola, Steve. Un segundo. Voy a bajar el volumen del estéreo. —Hubo una pausa. Después, volvió a sonar la voz de Hawes—. ¿Dónde has estado? He llamado tres veces.

—Investigando —no quería hablar de los fantasmas; no hablaría nunca de ellos. Sólo al pensarlo se estremeció de forma involuntaria

—. ¿Qué sucede?

—Por un lado, tenemos una serie de huellas sacadas del mostrador de la tienda de préstamos. Algunas son buenas, según los técnicos. Las he enviado a la sección de fichas. Por la mañana sabré algo. Al menos, eso espero.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Nuestro hombre volvió a probar suerte. Esta vez con los pendientes de perlas. En una tienda de la Culver y la Octava. Según la lista de Hillary valen unos seiscientos pavos.

—¿Qué ocurrió?

—Esta vez el tipo iba preparado. No enseñó un permiso de conducir, pues dijo que no sabía conducir. El prestamista habría aceptado la tarjeta de la seguridad social, mas alegó haberla olvidado en casa. Así, exhibió una carta dirigida a él, al 1624 de McGrew. En el sobre aparecía el nombre de James Rader. El prestamista entró en sospechas porque le pareció que alguien había borrado un nombre y la dirección, escribiendo encima a máquina. De todos modos, jamás hubiese aceptado aquello como identificación. Sólo sirvió para ponerle alerta. De manera que entró en la trastienda para consultar nuestra lista. Cuando salió, el sujeto había volado junto con los pendientes.

—¿Tenemos algo sobre James Rader?

—Nada en la guía telefónica. Ahora buscamos en los ficheros. Seguramente, el nombre es falso. Apostaría cualquier cosa. Envié el sobre al laboratorio. Es posible que hallen huellas y puedan compararlas con las otras.

—¿Y la dirección?

—No existe. La de McGrew consta de seis manzanas de este a oeste, a este lado del Stem. La numeración llega hasta el 1411. Un número falso, Steve.

—Compruébalo todo con Jack Rawles —ordenó Carella—. Las iniciales J. R. concuerdan. Podría ser nuestro hombre. Si no hay nada en la ciudad, busca en las guías de Boston, especialmente en la Commonwealth Avenue. Si tampoco hay nada ahí, llama a la Policía de Boston para que investiguen en este sentido.

—¿Cómo se deletrea ese nombre? —preguntó Hawes.

—R-a-w les.

—¿De dónde diablos sacaste ese nombre?

—Alquiló la/casa descrita por Craig en su libro.
—¿Eso qué quiere decir?
—Tal vez nada. Compruébalo todo. Todavía tardaré un poco en acostarme, de manera que si hallas algo puedes llamarme.
—¿Qué opinas de este interés por empeñar o vender las joyas? —quiso saber Hawes.
—Un aficionado sin pasta —repuso Carella—. Necesita dinero y no conoce a ningún perista. ¿No lo crees así?
—Tal vez… —se produjo una pausa—. ¿Ha sucedido algo ahí, en Hampstead?
—Nada. ¿Puedes hablar con los prestamistas ahora?
—Bueno, habrán cerrado. Son casi…
—Prueba en sus casas. Pregúntales si el fulano tiene una voz ronca, rasposa.
—¿Una voz rasposa?
—Ronca, rasposa. Llámame luego, Cotton.

Colgó, se puso en pie, paseó un momento por la habitación, volvió a sentarse y marcó el número de Informaciones de Boston. En la habitación contigua, Hillary estaba hablando con el servicio del hotel. Carella le dio a la telefonista los dos nombres: Jack Rawles y James Rader, preguntando si figuraban en la Commonwealth Avenue. La telefonista respondió unos instantes más tarde que había un Jack Rawles, aunque no en aquella calle. Carella anotó el número y preguntó la dirección. La mujer repuso que no estaba permitido dar direcciones. Carella dijo que era un detective de Isola que investigaba un homicidio, a lo que ella respondió que aguardara mientras consultaba con la supervisora. La voz de ésta sonó como melaza y mantequilla de cacahuete. Explicó pacientemente que la Compañía Telefónica no podía divulgar las direcciones de sus suscriptores. Cuando Carella le explicó con la misma paciencia que era un detective de Isola que investigaba un homicidio, dando el número de la Comisaría, el nombre de su superior y el número de su insignia, la supervisora se limitó a contestar:
—Lo siento, señor —y colgó.
Furioso, marcó el número de Jack Rawles. Alguien, en el pasillo,

llamó a la puerta de la habitación de Hillary. Iba a colgar cuando oyó una voz femenina en el aparato.

—¿Diga…?

—El señor Rawles, por favor.

—Lo siento, está fuera.

—¿Sabe adónde ha ido?

—¿Quién llama, por favor?

—Un amigo, Steve Carella.

—Lo siento, Steve, no está en la ciudad.

—¿Quién es usted?

—Marcia.

—Marcia, ¿sabe cuándo volverá?

—No. Acabo de regresar. Soy azafata. Estuvimos atascados en Londres. Mi amigo me dejó una nota, según la cual Jack no volverá en un par de días.

—¿Adónde se ha marchado? —insistió Carella.

—A la ciudad.

—¿A qué ciudad?

—Hombre, a la ciudad —respondió Marcia—. Sólo hay una ciudad en todo el mundo. No es Boston, créame.

—Al decir su amigo, ¿a quién se refiere?

—Al compañero de habitación de Jack, Andy. Viven juntos desde el incendio.

—¿Un incendio? —se extrañó Carella.

—El piso de Jack en la Commonwealth. Perdió todo lo que tenía.

—¿Qué hace ahora?

—¿Cuándo le vio usted por última vez? —inquirió Marcia, cautelosamente.

—Hace tres veranos, en Hampstead, donde estoy.

—Oh, entonces hace exactamente lo mismo. Debió de ser en el teatro de Hampstead, ¿verdad?

—¿Sigue en el teatro? —indagó Carella, arriesgándose y confiando en que Jack Rawles fuese director de escena, electricista o decorador.

—Sigue en el teatro —asintió Marcia—. O trata de seguir. En verano trabaja mucho. En invierno, nada. Jack siempre está sin blanca. Siempre anda buscando algún papel que interpretar. La

única vez que tuvo algún dinero fue antes de aquel verano en Hampstead. Pero lo gastó todo en el alquiler de una casa. Creo que fueron dos mil pavos. Los ganó en un spot publicitario que hizo en Nueva York. Siempre le aconsejo que viva allí. En Boston, no hay oportunidades para un actor.

—No recuerdo que mencionase un incendio… —murmuró Carella, tanteando a ciegas el terreno.

—Bueno, ¿cuándo se vieron por última vez? ¿Dijo hace tres veranos? El incendio tuvo lugar… Deje que piense.

Carella esperó.

—Hace unos dos años. Sí, hace unos dos años.

—Ya. ¿Sabe cuándo se marchó de Boston?

—La nota no lo dice. Supongo que después del veinte.

—¿Por qué lo supone?

—Porque yo salí para Londres el veinte, Andy partió el mismo día para California, y Jack todavía estaba aquí. Elemental, mi querido Watson.

—¿Dónde está ahora Andy?

—Que me registren. Acabo de llegar.

—Ignora si Jack se halla aún en la ciudad, ¿no es cierto?

—De haber vuelto lo sabría. Es un malcriado —sonrió Marcia por teléfono—. Una abre el azucarero y es capaz de hallar dentro sus calzoncillos sucios.

—¿Continúa con su voz rasposa? —preguntó Carella, después de sonreír a su vez.

—¿Se refiere a Rawles?

—Sí, una voz ronca…, rasposa, ¿verdad?

—Como una lima.

—No sabe dónde para en la ciudad, ¿eh?

—La ciudad es enorme, Steve —objetó Marcia—. Puede parar en cualquier parte.

—Sí, claro —admitió Carella—. Bien, dígale que le he llamado, ¿de acuerdo? Nada importante. Deseaba felicitarle el Año Nuevo.

—Se lo diré —prometió Marcia, cortando la comunicación.

Carella colgó a su vez. Quizá debería llamar a Hawes para que tratara de ponerse en contacto con Rawles, mas al final decidió no

hacerlo. Hawes estaría hablando con la Policía de Boston, incluso después de tener el número telefónico de Rawles. Una taza de café irlandés le sentaría bien. Atravesó la habitación y llamó a la puerta de comunicación.

—Adelante —sonó la voz de Hillary.

Estaba sentada desmayadamente en una butaca, con las dos tazas de café irlandés sobre una mesita próxima. Continuaba con el abrigo de piel de mapache puesto, arrebujada dentro de él.

—¿Se encuentra bien? —se interesó Carella.

—Creo que sí.

Carella cogió una de las tazas, la probó y relamió la nata batida de sus labios.

Hillary cogió la otra taza, mas no bebió.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Tómese el café.

La joven tomó un sorbo, bajando los ojos.

—¿Quiere contármelo?

—No.

—Como guste.

—Es que… estoy avergonzada de mí misma.

—¿Por qué?

—Por haberme desmayado.

—Bueno, aquello era capaz de asustar a cualquiera —repuso Carella, sentándose al borde de la cama.

—Todavía estoy asustada —confesó ella.

—También yo.

—No lo creo.

—Créalo.

—Mi primera manifestación real y…

Sacudió la cabeza con pesar.

—La primera vez que me enfrenté a un tipo con una pistola, me quedé ciego —observó Carella.

—¿Ciego?

—De miedo. Vi la pistola en su mano y ya no vi nada más. Todo se volvió blanco.

—¿Qué sucedió?

—Disparó y me mató.

Hillary tomó otro sorbo de café, sonriendo.

—La verdad es que recobré el sentido tres segundos antes de que fuese tarde.

—¿Disparó contra él?

—Sí.

—¿Le mató?

—No.

—¿Ha matado a alguien?

—Sí.

—¿Lo han herido?

—Sí.

—¿Por qué continúa?

—¿En qué?

—Siendo policía.

—Me gusta —replicó él, encogiéndose de hombros.

—No sé si yo podré seguir… —volvió a sacudir la cabeza y dejó la taza de café en la mesa.

—¿Seguir…? —la alentó Carella.

—Haciendo lo que hago. Después de la experiencia de esta noche quizá debería buscar un empleo como secretaria…

—Se aburriría.

—Ahora…, esto me asusta.

—Vamos, es usted estupenda.

—Seguro. Me desmayo ante la primera visión…

—Estuve a punto de no subir detrás de usted —confesó Carella.

—No se burle.

—Es la verdad. Estuve a punto de huir de aquella maldita casa embrujada.

—Usted se enfrenta con hombres armados.

—Una pistola es una pistola. Un fantasma… —dejó la frase en el aire, encogiéndose otra vez de hombros.

—Supongo que debo alegrarme de haberlos visto.

—Lo mismo que yo.

—Me mojé en las bragas, ¿lo sabía?

—No, no lo sabía.

—Es verdad.

—Estuve a punto de hacer lo mismo.

—¡Valiente pareja formamos! —sonrió ella.

La habitación quedó en silencio.

—¿De veras me parezco a su esposa? —preguntó Hillary de repente.

—Sí, mucho. Puede estar segura.

—Ya no estoy segura de nada.

Volvió a planear el silencio.

—Bueno… —murmuró Carella, levantándose.

—Oh, todavía no…

La miró.

—Por favor… —añadió ella.

—Bueno, unos minutos más —accedió él, volviendo a instalarse al borde de la cama.

—¿Se parece su esposa a mí en otros sentidos —insistió la joven —, o el parecido es solamente físico?

—Puramente físico.

—¿Es más bonita que yo?

—Oh…, se parecen mucho.

—Siempre he pensado que mi hermana es más bonita que yo —observó Hillary.

—Ella cree lo mismo.

—¿Se lo dijo?

—Sí.

—¡Zorra…! —exclamó la joven. Estaba sonriendo—. ¿Pedimos más café?

—No, no. Mañana nos aguarda un buen trayecto. Es mejor que nos acostemos.

—Sí, es mejor —convino Hillary.

—De manera que… —Carella volvió a ponerse de pie—. Diré que nos llamen…

—¡No se vaya! —gimió ella—. Todavía estoy asustada.

—Oh, ya es muy tarde. Mañana…

—Cada vez que pienso en aquellas… mujeres, me estremezco.

—No tiene nada que temer —trató el detective de infundirle confianza—. Usted está aquí, y esas damas se hallan muy lejos.

—Quédese conmigo —pidió Hillary.

Carella la miró directamente a los ojos.

—Duerma aquí —añadió ella—. Conmigo.

—Gracias, Hillary, pero…

—Solamente para tranquilizarme. Durante la noche.

—Para tranquilizarla, ¿eh? —sonrió Carella.

—O para algo más… No importa. ¿De acuerdo?

—No, no hay acuerdo.

—Pensé que le gustaría —volvió a sonreír la joven.

Carella vaciló.

—Sí, me gustaría —susurró.

—¿O sea, que…?

—Estamos como prisioneros… —razonó él.

—Sí.

—Nadie lo sabría…

—En efecto.

—Yo lo sabría —exclamó Carella de repente.

—Podría perdonárselo a usted mismo —murmuró ella, ampliando la sonrisa.

—Vamos, Hillary, dejemos eso. ¿De acuerdo?

—No, no hay acuerdo.

—Oiga… Oh, vamos…

—¿Sabe cómo manejaría esto mi hermana? —preguntó Hillary —. Le diría que acababa de lavarse las bragas cuando entró en la habitación. Diría que están colgadas en el cuarto de baño. Afirmaría que está desnuda por debajo de la falda… ¿No le interesaría esto a usted?

—Sí, si yo me dedicase al negocio de lavandería —respondió Carella.

Ante su sorpresa y alivio, Hillary estalló en una carcajada.

—¿Lo dice en serio? —preguntó al dejar de reír.

—Sí, no insista.

—Está bien —se conformó Hillary—. De acuerdo —se levantó, se quitó el abrigo, se echó a reír y murmuró—: El negocio de lavandería. Bien, hasta mañana.

—Buenas noches, Hillary.

—Buenas noches, Steve.

Ella suspiró y se dirigió al cuarto de baño.

Carella contempló unos segundos aquella puerta. Cruzó la habitación, abrió la puerta que los comunicaba, pasó al otro cuarto y cerró detrás suyo.

Aquella noche soñó que se abría la puerta de comunicación de

manera tan misteriosa como las de la casa encantada. Soñó que Hillary se hallaba desnuda en el umbral, con la luz de la lámpara del techo delineando las curvas de su cuerpo juvenil, antes de cerrar la puerta a sus espaldas. La joven estaba junto a la cama donde dormía Carella, ajustando la mirada a la oscuridad. Se acercó de puntillas a la cama y se metió dentro, apretándose contra el detective.

—No me importa lo que pienses —susurró ella en la oscuridad, juntando sus labios a los de él.

Por la mañana, al despertar, ya no nevaba.

Carella fue hacia la puerta de comunicación y probó el pestillo. Estaba cerrada. Ya en el cuarto de baño, aspiró el perfume de Hillary. Había un largo cabello negro curvado como un signo de interrogación contra la porcelana del lavabo.

Tampoco se lo contaría a Teddy. Siete fantasmas en una sola noche eran uno más de los que nadie necesitaba o deseaba.

11

La vigilancia de las tiendas de préstamos se hizo efectiva el 28 de diciembre, como resultado de una reunión que tuvo lugar aquella mañana en el despacho del teniente Byrnes. Este se hallaba sentado detrás de su escritorio, llevando un suéter de punto, azul, regalo de su esposa Harriet por Navidad, sobre una camisa blanca y una corbata también azul. La mesa estaba llena de papeles. Podía concederles a Carella y Hawes quince minutos de su tiempo. Cuando Carella empezó a hablar, el teniente miró el reloj de pared.

—Creo que nuestro hombre es ese Jack Rawles —estableció el detective—. Llegó procedente de Boston el día antes de los asesinatos. Todavía no había regresado allí cuando llamé ayer.

—¿Por qué llamó? —quiso saber el teniente.

—Porque ese tipo alquiló la casa que figura en la obra de Craig.

—¿Y bien…?

—Se supone que en esa casa hay fantasmas —replicó Carella, no atreviéndose a afirmar haberlos visto.

—¿Qué tiene esto que ver con el precio del pescado? —exclamó Byrnes, usando una de sus expresiones favoritas cuando algo carecía de sentido para él.

—Creo que existe una relación —observó Carella.

—¿Cuál?

—La mecanógrafa de Hampstead declaró haber pasado a máquina una parte del libro de Craig, dictada por una cinta grabadora. Es posible que ese Rawles fuese el autor de la cinta.

—¿Por qué?

—No estoy seguro. Pero cuando conversé con la chica del compañero de habitación de Rawles, me confirmó que éste tiene una voz ronca y rasposa. La voz de la cinta era exactamente igual.

—Continúe —le invitó el teniente, volviendo a mirar el reloj.

—Está bien. Una persona que concuerda con la descripción de

Rawles intentó en dos ocasiones empeñar o vender dos piezas de las joyas robadas en el apartamento de Craig la tarde del asesinato.

—La primera tienda está en la Ainsley y la Tercera —intervino Hawes—. La segunda en la Culver y la Octava. Suponemos que vive dentro de los límites de este Distrito y trata de desprenderse de las joyas por medio de los prestamistas.

—¿Cuántas tiendas de esa clase hay dentro de nuestros límites? —preguntó Byrnes.

—Unas diecisiete.

—Imposible —exclamó el teniente al instante.

—No es preciso vigilarlas todas…

—¿Cuántas?

—Ocho.

—¿Dónde?

—En un cuadrado de diez manzanas, al norte y al este de la Grover y la Primera.

—Ocho tiendas. Se necesitan dieciséis hombres.

—Dieciséis, exacto —confirmó Carella.

—¿Han buscado en los hoteles y pensiones a ese Jack Rawles?

—Todos los del Distrito han sido registrados. Sin resultado.

—¿Y fuera de nuestros límites?

—Genero se ocupa ahora de ello. La lista es larga, teniente. Además, creemos que no está lejos. De lo contrario, iría a otras tiendas de la ciudad.

—¿Dónde puede esconderse? ¿En casa de un amigo?

—Es posible. O en una casa particular donde alquilen habitaciones.

—Dieciséis hombres… —gruñó Byrnes, sacudiendo la cabeza—. No puedo disponer de tantos. Tendría que pedirle a Frick agentes de uniforme.

—¿Puede hacerlo?

—Sí…, catorce.

—Dieciséis —insistió Carella.

—Catorce más vosotros dos suman dieciséis.

—Sí, claro.

—Ojalá fuesen solamente diez. Frick es muy avaro con sus hombres. No le gusta asignarlos a servicios especiales.

—Lo haremos con diez —concedió Carella—, si así puede

convencer a Frick.

—Le pediré doce —sintióse magnánimo Byrnes—. Me concederá ocho y lo ajustaremos en diez.

—Estupendo —alabó Carella—. Haremos la lista de las tiendas a vigilar.

—No volverá a las dos en que ya estuvo —observó el teniente—. Llamaré al capitán. Preparad la lista. ¿Cuándo queréis empezar?

—Inmediatamente.

—Está bien. Hablaré con él.

La vigilancia se inició a las diez de la mañana, poco después de empezar a llover. En la ciudad, el tiempo era como un cronómetro en invierno. Primero nevaba. Después llovía. Aumentaba el frío, convirtiendo en hielo las calzadas y las acares. Luego, volvía a nevar. Y a llover casi siempre. Las calles se helaban por segunda o tercera vez. Todo esto se debía a los frentes fríos procedentes de todas partes. Era como una patada en el trasero. Escondidos en la trastienda de la tienda de préstamos de Silverstein, en la Stem y la Quinta, Carella y Hawes se quejaban del tiempo, bebiendo café muy caliente en tazas de cartón. En diversas tiendas, diez agentes uniformados se hallaban igualmente escondidos, esperando a alguien que encajase en la descripción de Jack Rawles, preferiblemente intentando vender o empeñar algunas joyas de las robadas en el apartamento de Craig.

—Tengo que decirte una cosa —murmuró Hawes.

—¿Qué?

—Anoche invité a Denise Scott a cenar.

—Muy bien hecho —aprobó Carella.

—Bueno…, en realidad, se hallaba en mi apartamento cuando hablé contigo.

—¡Oh!…

—En realidad…, estaba en mi cama.

—¡Oh!… —repitió Carella.

—Te lo cuento porque será un testigo material cuando atrapemos a ese tipo. Espero que esto no la complique…

—Si lo atrapamos —le interrumpió el detective.

—¡Oh!, lo atraparemos.

—Y suponiendo que sea el que buscamos.

—Lo es —asintió Hawes—. Ha de ser nuestro hombre, ¿no crees?

—Eso espero.

—¿Por qué lo haría?

—No estoy seguro. Creo que… —Carella vaciló—. Creo que lo hizo porque Craig le robó sus fantasmas.

—¿Eh…?

Adolfo Hitler debía considerarse un héroe. Richard Nixon probablemente se consideraba uno; todos los hombres, todas las mujeres del mundo son el héroe o la heroína de un escenario personal. Por consiguiente, era comprensible que Carella se considerase el héroe, o protagonista al menos, del drama iniciado con el asesinato de Gregory Craig el 21 de diciembre. No pensó ni por un momento que Hawes también se considerase héroe o protagonista (al menos invitado especial en la obra) de la tragedia. Hawes era su compañero. Los protagonistas suelen tener compañeros, mas siempre para destacar más la figura del primer actor. Hawes, no obstante, creía ser el protagonista y Carella su compañero. Ninguno de los dos sospechaba que otro héroe sería quien solucionaría el caso.

Takashi Fujiwara era un agente de veintitrés años, del Ochenta y siete. Sus camaradas le llamaban «Tack». Como todos los mortales, se consideraba también un héroe, más aún aquella noche del 29 de diciembre, en que la vigilancia de las tiendas de préstamo duraba desde el día anterior y la nieve volvía a convertirse en lluvia. Fujiwara opinaba desde lo más íntimo de su ser, que en una noche como aquella nadie, con la cabeza en su sitio, debía estar de ronda por las calles. Ni siquiera sin llover. ¿De qué servía meter en los coches patrulla a todos los agentes de la ciudad? ¿Por qué eran los de uniforme los que tenían que desterrar el crimen de sus calles? Fujiwara llevaba dos años como patrullero, sin observar el menor descenso en el índice de criminalidad. Ignoraba que a las cinco y dos minutos, bajo aquella triste llovizna del viernes, 29, se convertiría en un héroe, no ya en su interior, sino a los ojos de todo el mundo. Ignoraba que antes de que el año nuevo tuviese una

semana de vida sería ascendido a detective de tercera, como miembro honorable y felicitado del equipo de policías que trabajaban en el segundo piso de la Comisaría. Lo único que sabía era que estaba totalmente empapado.

Los padres de Fujiwara eran naturales de los Estados Unidos. El era el más joven de los cuatro hijos del matrimonio, el único que había ingresado en el Cuerpo de Policía. Su hermano mayor era abogado en San Francisco. Los otros dos poseían un restaurante japonés en Larimore Street. Fujiwara odiaba la comida japonesa, por lo que raras veces visitaba a sus hermanos en el restaurante. Su madre insistía en que aprendiese la cocina japonesa; si no a preparar sus guisos, al menos a apreciar sus delicadezas. Ella continuaba sirviéndole sashimi. El continuaba dándole un beso en la mejilla y pidiéndole bistecs.

La desdicha de su madre había sido, cuando no contaba más que dieciséis años, y Fujiwara y sus tres hermanos todavía no se hallaban en este mundo, aceptar la invitación de la abuela para visitarla en Tokio. Reiko Komagome, que éste era su nombre de soltera, asistía en aquellos tiempos a una escuela particular de San Fernando Valley, pues sus padres eran unos acaudalados inmigrantes japoneses que dirigían un negocio de sederías con base en Tokio, y almacenes de venta en Los Angeles. Como el cumpleaños de Reiko caía el 10 de noviembre, ella inició las vacaciones de Acción de Gracias el 21 del mismo mes, sin que tuviese que volver a la escuela hasta el uno de diciembre; todos opinaron que un viaje al Japón sería una magnífica experiencia pedagógica y cultural. La madre de Reiko convenció a la dirección del colegio para que la dejasen empezar las vacaciones una semana antes de lo señalado, siempre que hiciese sus deberes escolares durante su estancia en Oriente. Reiko se marchó al Japón el 9 de noviembre. Al final de su estancia allí, no obstante, pilló un tremendo resfriado, con fiebre alta, de manera que su abuela no se decidió a dejarla emprender el viaje de regreso a los Estados Unidos. Llamó a Los Angeles y consiguió el permiso de la madre de Reiko para que ésta continuara en Tokio hasta la remisión de la fiebre.

Era el año 1941.

El 7 de diciembre, cuando la temperatura de Reiko ya era

normal, y sus maletas estaban a punto, los japoneses bombardearon Pearl Harbour. No volvió a los Estados Unidos hasta el verano de 1946, a los veintiún años de edad. Se casó al año siguiente con un caballero que acto seguido le enseñó los intríngulis del comercio de jades, así como los goces del sexo (a Reiko le encantó convencerse de que las novelitas japoneses no mentían), e incidentalmente se fue quedando embarazada de cuatro guapos muchachos, el menor de los cuales era Tack Fujiwara.

El joven se convirtió en héroe y después en detective de tercera por pura casualidad. Fue relevado de su puesto a las cinco menos cuarto. Echó a andar por el trecho más peligroso de la Culver Avenue, a unas tres manzanas de la Comisaría, zona de edificios de feo aspecto, con algunos restaurantes grasientos, un salón de billar, un comercio de cambio y bolsa, una tienda de préstamos, y otra donde vendían ropa blanca sumamente variada. Casi todos los establecimientos estaban abiertos hasta las seis o las siete, de manera que hasta entonces, Fujiwara no debía empezar a probar los cierres. Uno de los restaurantes estaba abierto hasta las once, otro cerraba a medianoche. El salón de billar solía despedir a su clientela entre las dos y las tres de la madrugada, según el número de aficionados a las bayetas verdes. Fujiwara le dio el parte al sargento que iba en el coche Adam Seis, quien le aconsejó que mantuviese los ojos bien abiertos en busca de un Mercury azul, nuevo, robado aquella tarde. Añadió, "Bromeando, que no se ahogara bajo aquella lluvia.

A las cinco menos diez minutos, Fujiwara se detuvo delante del salón de billar para asegurarse de que nadie le rompía la cabeza a un rival con algún taco. A las cinco menos cuarto, entró en el restaurante de al lado, rechazando la invitación del dueño a tomar un café, si bien dijo que volvería más tarde. Acababa de dejar atrás la tienda de préstamos de Martin Levy, exactamente a las cinco y dos minutos, cuando se le presentó la oportunidad de convertirse en héroe. La puerta de la tienda estaba ya cerrada, pero dentro brillaba una luz. A Fujiwara no le pareció extraño; Levy solía quedarse a trabajar durante una hora o más después del cierre. Fujiwara ni siquiera echó una ojeada al interior del local. Únicamente se volvió a mirar al oír sonar la campanilla situada encima de la puerta. Le sorprendió entonces ver a un individuo sin sombrero y cabello

negro que salía corriendo de la tienda con lo que parecía un collar de diamantes en la mano.

Fujiwara no tenía la menor idea de que aquel collar pertenecía a Hillary Scott, valorado en dieciséis mil quinientos dólares. Tampoco sabía que la tienda de Levy no figuraba en la lista elaborada por Carella, por ser imposible vigilar ocho tiendas con sólo una docena de hombres cedidos por el capitán de la Comisaría. En realidad, Fujiwara ni siquiera estaba al corriente de la operación de vigilancia en diversas tiendas de préstamos existentes dentro de los límites del Distrito. Esta clase de informaciones raras veces se daban a los agentes de las patrullas, a menos que éstos se comportasen de manera que pudiesen echar abajo todos los planes. Fujiwara no era más que un pobre agente de ronda, testigo de lo que parecía un robo. Cuando el individuo estuvo fuera de la tienda se metió el collar en un bolsillo de su abrigo, de modo que si Fujiwara albergaba todavía alguna duda, ésta quedó desvanecida al momento.

—¡Alto! ¡Policía! —gritó, empuñando la pistola—. ¡Alto o disparo!

El presunto ladrón chocó contra él, haciéndole caer sobre la acera, le pasó por encima como una manada de búfalos, y continuó corriendo hasta la esquina.

Fujiwara rodó sobre su vientre, empuñó la pistola con ambas manos, apoyándose sobre los codos, como le habían enseñado en la Academia, y envió dos balas en rápida sucesión a las piernas del fugitivo. Falló las dos veces. Lanzó un juramento en el instante en que el ladrón doblaba la esquina, desapareciendo de su vista. Al instante estuvo de pie. Con el arma en la mano derecha, el poncho negro ondeando por los faldones, lo que le daba el aspecto de un murciélago volando por entre la lluvia, llegó a la esquina, la dobló y se halló frente al hombre que perseguía. Este empuñaba lo que parecía un cuchillo de cortar pan.

Ignorando que aquel individuo estaba reclamado por tres asesinatos, creyendo de buena fe que únicamente acababa de robar el collar en la tienda de Levy, Fujiwara abrió los ojos lleno de asombro ante aquella amenaza. No podía creerlo. Una cosa era penetrar en una tienda donde un ladronzuelo empuñaba una pistola contra alguien; en tal situación cabía esperar un ataque. Sin

embargo, aquel tipo había salido de la tienda y huía hacia su casa: ¿Por qué tenía que enfrentarse con un agente?

«¡Imbécil, soy policía!», pensó Fujiwara. Al momento, se hizo a un lado para esquivar el cuchillo. La punta del mismo penetró en el poncho, fallando el cuerpo por un centímetro. El agresor lo retiró para lo que el joven agente pensó sería el golpe definitivo. Esta vez no se molestó en detalles como dispararle por debajo de la cintura. Esta vez disparó directamente al pecho del atacante, esta vez le alcanzó de lleno…, no en el pecho, sino en el hombro, lo que fue suficiente. El agresor retrocedió por la fuerza del impacto. El cuchillo cayó de sus manos, con un ruido sordo sobre el pavimento. Iba a echar a correr de nuevo, cuando Fujiwara exclamó, aunque con tanta suavidad que pareció un susurro:

—Amigo, estás muerto.

El fugitivo se detuvo en seco, asintió con la cabeza, y ante la enorme extrañeza de Fujiwara, se echó a llorar desconsoladamente.

El interrogatorio formal tuvo lugar en la habitación del hospital donde estaba ingresado Jack Rawles, a las ocho veinte de la tarde de la víspera del Año Nuevo. Estuvieron presentes el teniente Peter Byrnes, el detective Stephen Louis Carella, el detective Cotton Hawes, y un ayudante del fiscal del distrito llamado David Saperstein. Un taquígrafo fue anotando todas las preguntas y respuestas. Saperstein fue quien efectuó las preguntas; Rawles dio todas las respuestas.

—Señor Rawles, ¿puede decirnos cómo y cuándo entró usted en posesión del collar intentaba empeñar el veintinueve de diciembre?

—Lo cogí porque me pertenecía.

—¿Cuándo lo cogió, señor Rawles?

—Ya se lo dije a los oficiales de policía.

—Sí, pero ahora está usted haciendo una declaración formal. Deseo, por consiguiente, que me lo repita.

—Fue el veintiuno de diciembre.

—¿Cómo entró en posesión de esa pieza en aquella fecha?

—Me la llevé del apartamento de Gregory Craig.

—¿Robó algo más?
—No robé nada. Me lo llevé como pago parcial de una deuda.
—¿De qué deuda?
—Del dinero que me debía Craig.
—¿Cuánto le debía?
—La mitad de lo obtenido por *Sombras Mortales*.
—¿Sombras mortales, dice?
—Sí.
—¿Sombras mortales? Lo siento, pero no sé…
—Bromea, ¿verdad?
—No, oh, no. ¿Qué quiere decir con eso de *Sombras Mortales*?
—Es un libro. Gregory Craig era escritor.
—Oh, entiendo. Usted cogió ese collar del apartamento porque él le debía un cincuenta por ciento…
—Según contrato.
—¿Tenía un contrato con el señor Craig?
—Sí. Un cincuenta por ciento de los beneficios de la obra. Bien redactado todo y firmado por los dos.
—Comprendo. ¿Dónde se halla el contrato?
—No lo sé. Por eso fui a verle. Para que me diera una copia.
—Estábamos hablando del veintiuno de diciembre. ¿Subió a verle dicho día?
—Sí.
—Subió para pedirle una copia del contrato, ¿no?
—Sí. Mi copia se quemó en el incendio. Yo vivía en Boston, en la Commonwealth Avenue. Se produjo un incendio en el apartamento. Junto con el contrato perdí casi todas mis cosas.
—Ya… Si no lo he entendido mal, después del incendio solamente quedó una copia del contrato: la del señor Craig.
—Sí. Por eso subí a verle. Para que me diera y firmáramos otra copia.
—¿A qué hora subió, señor Rawles?
—Hacia las cinco de la tarde.
—Se refiere al edificio número setecientos ochenta y uno de la Jackson Avenue, ¿verdad?
—Sí, al apartamento de Craig.
—Y llegó allí hacia las cinco de la tarde del veintiuno de diciembre.

—Sí.

—¿Qué hizo una vez en la casa?

—Le dije al guardia de seguridad que yo era Daniel Corbett. Sabía que Corbett era el editor de la obra. Lo leí en la revista People.

—¿Por qué usó un nombre falso?

—Porque sabía que en caso contrario, Craig no me dejaría subir. Le había escrito varias cartas, intenté hablar con él por teléfono varias veces… No respondió a mis cartas y colgaba cuando le llamaba. Finalmente, llegó a cambiar el número de teléfono. Por esto vine a la ciudad. Para hablar con él personalmente. Para pedirle mi dinero.

—¿Qué ocurrió una vez arriba?

—Llamé al timbre. Craig miró por la mirilla. Le aseguré que no quería causarle ningún problema, que sólo deseaba hablarle.

—¿Le abrió?

—Sí, pero fue porque añadí que si no quería hablar conmigo iría a ver al fiscal del distrito.

—Nos referimos al apartamento trescientos cuatro, ¿verdad?

—Sí, eso supongo. No recuerdo el número. El guardia de seguridad me lo dijo, subí…, pero no recuerdo el número.

—¿Qué sucedió cuando entró en el apartamento?

—Nos sentamos y hablamos.

—¿De qué?

—Del dinero que me debía. Craig estaba enterado de lo del incendio, puesto que fui lo bastante estúpido como para contárselo por escrito, a fin de pedirle una copia del contrato.

—Bien, hablaron del dinero…

—Sí. De acuerdo con mis cálculos, me debía unos ochocientos mil dólares. La mitad de todo. Solamente los derechos de la edición en pasta sumaban unos cuatrocientos mil. Los de la edición de bolsillo se vendieron por un millón y medio, y los derechos de autor fueron setecientos cincuenta mil. Los editores obtuvieron un diez por ciento sobre la película, lo cual significaba para Craig cuatrocientos cincuenta mil. Todo sumado, hace un millón seiscientos mil, y la mitad son ochocientos mil. No me había dado ni un centavo.

—¿Le pidió el dinero?

—¿A qué fecha se refiere?

—A cuando habló con él.

—¡Claro que le pedí el dinero! A eso había ido. A exigirle mi dinero. A decirle que si no me pagaba hasta el último centavo iría a ver al fiscal del distrito.

—¿Cuál fue su reacción ante esta amenaza?

—Me dijo que me sentase y me calmase. Me preguntó si quería un trago.

—¿Lo aceptó?

—Lo acepté.

—¿Bebió él también?

—Tomamos dos o tres vasos…

—¿Los dos?

—Sí. Dos o tres vasos.

—¿Qué sucedió después?

—Me dijo que podía dirigirme al fiscal del distrito, pero que no me serviría de nada. Mi copia del contrato la había destruido el fuego, él había destruido la suya, de manera que no quedaba ninguna constancia del acuerdo. Añadió que yo no tenía la menor oportunidad de fastidiarle. Que si le demandaba judicialmente, él ganaría el juicio. Si acaso, yo podía reclamar mi dinero a los editores, quienes se reirían en mi cara. Sí, éstas fueron sus palabras: que se reirían en mi cara.

—¿Por qué no fue a hablar antes con los editores?

—Porque sabía que Craig tenía razón. No tenía el contrato, no tenía las cintas grabadas. ¿Cómo iban a creerme?

—¿A qué cintas se refiere, señor Rawles?

—Lo grabé todo para Craig. Todas mis experiencias pasadas en aquella casa de Hampstead. Hablamos un día de ello en un bar, dijo que lo encontraba muy interesante, que era escritor, y me pidió que lo grabase para él. Bien, lo grabamos en la casa que él alquiló aquel verano…, fue después cuando me propuso el contrato. Al cincuenta por ciento. El vendería el libro y me daría la mitad de lo que cobrara. Me negué, diciéndole que quería ver mi nombre en el libro. Deseaba compartir también la fama…, si se conseguía. Me imaginé que esto me ayudaría en mi profesión. Soy actor. Mi nombre como autor me serviría para obtener mejores papeles.

—¿Accedió a que figurara su nombre en el libro?

—No. Alegó que con dos nombres como autores no lograría colocar la obra. Entonces, me conformé. Pensé que un cincuenta por ciento de los beneficios ya me concedería una buena oportunidad.

—¿Fue esto lo que figuraba en el contrato?

—Sí, con toda claridad. El mismo redactó el contrato y ambos lo firmamos. Una simple carta de acuerdo mutuo, muy bien estructurada.

—¿Llevó su copia a algún abogado?

—No, no tenía dinero. Bueno, soy actor…

—Está bien. Señor Rawles, la tarde del veintiuno de diciembre, un poco después de las cinco estaban bebiendo juntos usted y el señor Craig…

—Sí.

—El señor Craig le dijo que si acudía al fiscal del distrito no le serviría de nada…

—Exacto.

—¿Qué sucedió a continuación?

—Saqué mi cuchillo.

—¿Qué cuchillo?

—Un cuchillo.

—Sí. ¿Qué cuchillo?

—Tenía uno en mi cartera de mano. Lo traje de Boston.

—¿Por qué?

—Por si acaso.

—¿Por si acaso…, qué?

—Por si acaso me veía obligado a asustarle. Craig no había contestado a mis cartas, me colgaba el teléfono… Pensé que si le amenazaba tal vez consentiría en darme mi dinero.

—¿Por esto sacó el cuchillo de su cartera? ¿Para asustarle?

—Sí.

—¿Qué más?

—Le obligué a entrar en el dormitorio.

—¿Y después…?

—Trató de quitarme el cuchillo.

—¿Y…?

—Se lo clavé.

—Lo mató cuando él intentaba…

—No, no murió en el acto. Cayó, le di vuelta y le até las manos a

la espalda con una percha de alambre. Luego, registré todo el apartamento, especialmente el dormitorio. Sí, era posible que hubiese destruido su copia del contrato, pero podía haber escondido las cintas en algún lugar. Las cintas con mi voz. Las cintas que contaban mi historia. Serían la mejor prueba de mis derechos. Sí, empecé a buscarlas.

—¿Las encontró?

—No.

—¿Qué hizo entonces?

—Volví a clavarle el cuchillo.

—¿Por qué?

—Porque estaba enloquecido. Me había robado mi historia, sin darme nada a cambio.

—¿Estaba muerto cuando usted salió del apartamento?

—No sé si estaba muerto o no. El periódico decía que sí lo estaba.

—El informe del forense establece que usted lo acuchilló diecinueve veces.

—No sé cuántas fueron.

—Pero usted no sabía si estaba muerto o no.

—Exacto, no lo sabía.

—¿Qué más hizo después?

—Cogí todo lo que encontré. Como pago parcial de la deuda. Luego, lavé los vasos en los que habíamos bebido y me marché de allí.

—¿Por qué lavó los vasos?

—Por las huellas. ¿Cree que no sé eso de las huellas dactilares? Todo el mundo lo sabe hoy día.

—¿Qué ocurrió cuando salió del apartamento?

—Me vio una mujer. Crucé el vestíbulo, pero la mujer me vio en la calle. Yo llevaba las ropas manchadas de sangre. Salí corriendo del edificio y ella me dirigió una mirada llena de curiosidad. Yo tenía el cuchillo debajo del abrigo y… Bien, lo saqué y se lo clavé.

—¿Era Marian Expósito?

—En aquel momento ignoraba cómo m se llamaba.

—¿Cuándo supo quién era?

—Por el periódico. Supuse que era mi… víctima.

—Señor Rawles: ¿Mató usted a Daniel Corbett?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque después…, después, cuando empecé a pensar en ello… Bueno, sabía que Corbett era el editor de Craig, me había hecho pasar por él ante el guardia de seguridad; por eso pensé…, pensé que existía la posibilidad de que Corbett hubiera escuchado las cintas. Quizá sabía incluso que la historia del libro era exclusivamente mía. Si tal era el caso, podía ir a la Policía, decirles que un tal Jack Rawles tenía… que vengar un agravio inferido por Craig… Entonces me buscarían… Bien, fui a verle.

—¿Con objeto de matarle?

—No…, para asegurarme de su silencio.

—¿Para asegurarse…?

—De que no le contaría a nadie la posible relación existente entre Craig y yo. Me costó mucho dar con él. No figuraba en la guía telefónica, ignoraba dónde vivía. Por fin, me dirigí a la Harlow House y aguardé a que saliese…

—¿Le conocía de vista?

—Hubo una foto suya en la revista People. Aparecía junto a Craig. Sí, en realidad, le conocía. Le seguí hasta su casa y después…, supongo que lo maté.

—¿También intentó matar a Denise Scott?

—No conozco a nadie que se llamé así.

—¿A Hillary Scott?

—A Hillary, sí.

—¿Quería matarla?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por la misma razón. Pensé que Craig podía haberle hablado de mí. Vivian juntos, ¿comprende?, y ella contestó algunas veces a mis llamadas. Al día siguiente de…, de matar a Craig, la seguí desde su apartamento. Iba acompañada de esos dos detectives. Salieron juntos de la casa. Hillary Scott, por lo visto, poseía otro apartamento en Stewart City. Vi que su apellido estaba en el buzón. Comprendí que podía representar un peligro para mí. Ah, no quería que nadie pudiera relacionarme con… Había alguien que…

—¿Sí…?

—No, no importa.

—¿Qué iba a decir?
—Que alguien más lo sabía.
—¿Quién?
—Stephanie Craig, la ex esposa de Gregory.
—¿La esposa divorciada del señor Craig?
—Sí.
—¿Qué sabía?
—Lo de las cintas. Las escuchó un día. Estábamos sentados en el salón de la casa de Craig, escuchándolas, cuando llegó ella. El magnetófono siguió funcionando, y Stephanie lo oyó al menos en parte.
—¿Por qué fue a ver a su anterior marido?
—Siempre iba a visitarle. Le…, le quería aún.
—¿Y ella oyó las cintas?
—Sí. Bah, no tenía que preocuparme por ella. Se ahogó aquel mismo verano.

Durante el trayecto desde el hospital Buena Vista al Mercy General donde se estaba recuperando Meyer Meyer, Carella meditó lo que había declarado Jack Rawles. Los motivos para matar nunca dejaban de asombrarle. Claro que, descontando el asesinato de Marian Expósito, considerado desde el principio como un crimen accidental, los motivos para matar a Gregory Craig y a Daniel Corbett eran complejos y contradictorios. Rawles visitó a Craig porque deseaba una satisfacción, bien en forma de pago total, bien en forma de pago parcial, por su contribución a un magnífico best seller. Mató a Craig cuando éste le negó tal satisfacción. Después, mató a Corbett y trató de hacer lo mismo con Hillary Scott porque, precisamente estaba, en realidad, asustado de lo que ansiaba: ser reconocido como autor de la obra.

En su declaración hubo algunos agujeros; siempre los había. Claro que era imposible que no le condenasen. Saperstein logró enlazar todos los hechos, por lo que Carella estaba seguro de que el fiscal del distrito no tendría ninguna dificultad en convencer a un jurado de que Jack Rawles era el asesino de tres personas, crímenes perpetrados en la época de Navidad, y del intento de asesinato de una cuarta. Mientras estacionaba el coche en el aparcamiento del

Mercy General, y luego, al subir en el ascensor, reflexionó sobre aquella extraña colaboración de tres veranos atrás, y respecto al modo cómo Craig habría logrado convencer a Rawles para que renunciase a ver su nombre impreso en la portada del libro. En muchos aspectos, Rawles era lo que dijera Hillary: un fantasma… al menos, en términos literarios. En efecto, era el verdadero autor de un libro grabado en cinta. Sin embargo, le había sido negado lo único que hubiese podido concederle algo más que una mera sustancia ectoplástica: el nombre como autor.

Carella también reflexionó, cosa que le trastornaba bastante, sobre el accidente sufrido por Stephanie Craig. La joven escuchó la voz de Rawles en las cintas, indudablemente sabía que su ex marido estaba escribiendo un libro, y si los poderes psíquicos debían ser creídos, le había amenazado con revelar que el material de la obra lo había robado, que no era suyo sino de otro hombre. De todos modos…, ¿había amenazado realmente a Craig o se trataba de algo que existía únicamente en la imaginación de la médium? Porque, si Stephanie había amenazado a Craig, y éste era el responsable del accidente de su esposa, la deducción lógica era que desde el principio planeó robarle el libro a Rawles sin abonarle absolutamente nada de sus derechos. Nunca había tenido la intención de hacer honor al contrato.

Suspirando, llegó al fondo del corredor donde estaba situada la habitación de Meyer.

El herido se hallaba sentado en la cama, leyendo. Dejó el libro a un lado al entrar Carella, le estrechó la mano y escuchó el relato de cómo un patrullero llamado Tack Fujiwara había atrapado al asesino. También escuchó la declaración de Rawles y las cuestiones que todavía no tenían contestación.

—Me irrita no conocer todas las respuestas —terminó Carella.

—Bah —le consoló Meyer—, si las tuvieses todas serías Dios.

Carella sonrió. Meyer le devolvió la sonrisa. Los dos amigos volvieron a estrecharse las manos, deseándose mutuamente un próspero Año Nuevo.

Carella se dirigió a su casa de Riverhead. Fanny acababa de marcharse a casa de su hermana, en Calm’s Point. El detective y su esposa permitieron a sus hijos estar levantados hasta la medianoche, e incluso les dejaron tomar unos sorbos de champán

para brindar juntos por el Año Nuevo. Más tarde, ya acostados los niños, la pareja hizo el amor, tradición que seguían desde el primer año de su matrimonio porque, como decía Teddy, era estupendo empezar el año con el cuerpo satisfecho.

De madrugada, Carella se despertó y se sentó en la cama, mirando la habitación a oscuras, molesto ante la idea de que jamás sabría si realmente Gregory Craig fue el asesino de su esposa.

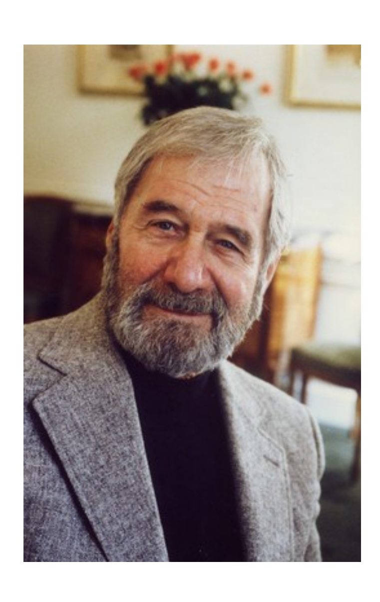
Volvió a dormirse porque, al fin y al cabo, él no era Dios. Y posiblemente, en el gran esquema del Universo, hubiese respuestas que ni siquiera podría imaginar.

Colección *Círculo del crimen*

Nº	TÍTULO	AUTOR
1	Llamada para el muerto	John Le Carré
2	El tercer hombre	Graham Greene
3	Mi policía anda suelto	Mickey Spillane
4	Nunca te cruces con un vampiro	Stuart Kaminsky
5	Los cuatro hombres justos	Edgar Wallace
6	La cara del asesino	Fredric Brown
7	Mundo oscuro	Robert Bloch
8	La piscina mortal (La piscina de los ahogados)	Ross MacDonald
9	Un crimen en Holanda	Georges Simenon
10	El plazo expira al amanecer	William Irish
11	El caso de la secretaria insistente	Erle Stanley Gardner
12	Trampa para Cenicienta	Sebastien Japrisot
13	Al final del arco iris	James M. Cain
14	Fantasmas	Ed McBain
15	El misterio de las cerillas	Ellery Queen
16	Por favor, pase el acusado	Rex Stout
17	Estado de sitio	Eric Ambler
18	Amor en Amsterdam	Nicholas Freeling
19	No des la espalda a la paloma	[illegible] Ibáñez
20	La lista de Adrian Messenger	Philip MacDonald
21	Rafferty, teniente de homicidios	Bill Ballinger
22	Un trago de veneno	Charlotte Armstrong
23	El hermoso barco de oro	Peter Chambers
24	El asesino está a bordo	Quentin Patrick
25	El detective negro	Ed Lacy
26	El misterio de la casa roja	A. A. Milne
27	La muerte y el lacayo bailarín	Ngaio Marsh
28	Súbita muerte de mi dama favorita	Stanton Forbes
29	Calle siniestra	Wade Miller
30	El hombre de Londres	Georges Simenon
31	El color del asesinato	Julian Symons
32	El octavo círculo	Stanley Ellin
33	Desde Rusia con amor	Ian Fleming
34	La banda de los musulmanes	Chester Himes
35	Personaje imaginario	Doris Miles Disney
36	Asesino [illegible]	Mickey Spillane
37	La sombra de Fu-Manchú	Sax Rohmer
38	La gran redada	William P. McGivern
39	La quinta mujer	María Fagyas
40	Jugando con la muerte	Hugh Curtis
41	[illegible]	Frédéric Dard

42 El segundo más largo
Bill Ballinger
43 La llave [illegible]
George Harmon Coxe
44 Todo por la pasta
Ed McBain
45 Me casé con un muerto
William Irish
46 El caso de la coqueta indiferente
Jonathan Craig
47 Muerte va a la escuela
Quentin Patrick
48 Rififí en el Líbano
Auguste Le Breton
49 El perro chino
Tobias Wells
50 El Santo contra el Tigre
Leslie Charteris
51 Los muertos no pueden Amar
Judson Philips
52 Trampa fatal
Thomas B. Dewey
53 Semejante a un ángel
Margaret Millar
54 El hombre [illegible]
Philip MacDonald
55 Los muertos no hablan
James Hadley Chase
56 Secretos a balazos
Richard Sale
57 Las [illegible] de Bolonia
Charles Exbrayat
58 Tiempo de matar
Donald Westlake
59 [illegible] asesino
Burt Hirschfeld
60 Ante todas las miradas
Hugh Pentecost
61 La sonrisa de marfil
Ross MacDonald
62 El diente y la uña
Bill Ballinger
63 Seis hombres muertos
S. A. Steeman
64 Quisiera estar en tus zapatos
William Irish
65 La década prodigiosa
Ellery Queen
66 Horas de angustia
Bruno Fischer
67 El signo de los cuatro
Arthur Conan Doyle
68 Un loco asesinato
Chester Himes
69 El reposo de Baco
Pierre Boileau
70 El vuelo de las 12,30
Freeman Wills Crofts
71 Octavo azul
John Blackburn
72 El inocente se revuelve
Albert Simonin
73 Demasiada agua
Bruce Hamilton
74 El rapto de las sabinas
Francisco García Pavón
75 El testimonio del acusado
Roderic Jeffries
76 La bestia se acerca
Margaret Millar
77 La cola del dragón
George Bagby
78 La sombra de un hombre
Doris Miles Disney
79 El enigma de la banderilla azul
Stuart Palmer
80 Un bonito asesinato
Anthony Gilbert
81 Siete votos para morir
Bill Banister
82 La muerte ronda a la princesa
Robert Bernard
83 La cara del hombre de Saturno
Harry Stephen Keeler
84 Carambolas
Fred Kassak
85 La gran noche
Stanley Ellin
86 ¡Buena suerte, querida!
Peter Cheyney
87 El gran robo del tren
Michael Crichton
88 El momento de la verdad
Ed Lacy
89 Un Óscar para el asesino
Joseph Hayes

90. John Blackburn
Cuentos de medianoche
91. Stanley Ellin
Castillo de naipes
92. Joe Gores
Operación terror
93. Bram Stoker
La joya de siete estrellas
94. Carter Brown
Ángel
95. Robert Van Gulik
Asesinato en Cantón
96. Israel Zangwill
El misterio del Big Bow
97. Ruth Rendell
Un arrendamiento de muerte
98. Whit Masterson
Homicidio justificado
99. Hillary Waugh
Aquella noche de lluvia
100. James Hadley Chase
Poco tiempo para vivir
101. Edgar Wallace
La banda de la rana
102. Arthur Conan Doyle
Estudio en escarlata
103. A. A. Fair
¡Cuidado con las curvas!
104. Wilkie Collins
La pista del crimen
105. Antonia Fraser
La monja sin rostro
106. J. S. Fletcher
El dinero del muerto
107. Ross Macdonald
Costa Bárbara
108. Antón Chéjov
Extraña confesión
109. Henry Wade
El secuestro de Litmore
110. E. W. Hornung
Raffles, ladrón por afición
111. Peter O'Donnell
Operación Colmillo
112. Edgar Wallace
El vengador
113. Maurice Leblanc
La aguja hueca
114. Margaret Yorke
Muerte a cuenta
115. Alistair MacLean
La montaña encadenada
116. Ed McBain
Hielo I
117. Ed McBain
Hielo II
118. Fedor Dostoievski
Crimen y castigo I
119. Fedor Dostoievski
Crimen y castigo II
120. Arthur Conan Doyle
Los archivos de Sherlock Holmes



ED McBAIN fue el seudónimo que utilizó Evan Hunter (Nueva York, 1926 - Weston, Connecticut, 2005) a partir de 1956. Nacido bajo el nombre de Salvatore Albert Lombino, adoptó legalmente el nombre de Evan Hunter en 1952.

Evan Hunter prácticamente inventó la novela basada en las comisarías de Estados Unidos con su descarnada serie *Distrito 87*, que presentaba a toda una brigada de policía como protagonista.

En una carrera de 50 años, Hunter, en ocasiones como Ed McBain y en otras utilizando otros seudónimos, escribió un gran número de novelas, historias cortas, obras y guiones cinematográficos de gran éxito.

Con la publicación de *Cop Hater* en 1956, la primera de las novelas de Distrito 87, llevó la ficción policíaca a un nuevo terreno más realista, que rompía de forma radical con un formato que dependía de detectives cultos y aristocráticos que trabajaban solos y se tomaban su tiempo para resolver un caso. Fue en 1954 con *Semilla de maldad*, una novela un tanto autobiográfica sobre un joven profesor cuyos ideales se ven destruidos cuando le destinan a un instituto urbano de formación profesional.

Durante muchos años, las firmas Evan Hunter y Ed McBain se

mantuvieron estrictamente separadas para evitar cualquier confusión o impacto que pudieran sufrir los lectores de las obras serias de Hunter cuando se vieran expuestos al «caos, la sangre y la violencia» que eran la pasión de Ed McBain. Más tarde, el autor reconoció una fusión de los estilos literarios que anteriormente había considerado distintos. Evan Hunter y Ed McBain se están convirtiendo en uno, declaró en 1992 y en 2001 ambos escribieron la novela *Candyland*.

Otros seudónimos utilizados por Ed McBain son: S. A. Lombino, Richard Marsten, D. A. Addams, Hunt Collins, Curt Cannon, Ezra Hannon, John Abbott y Ted Taine.